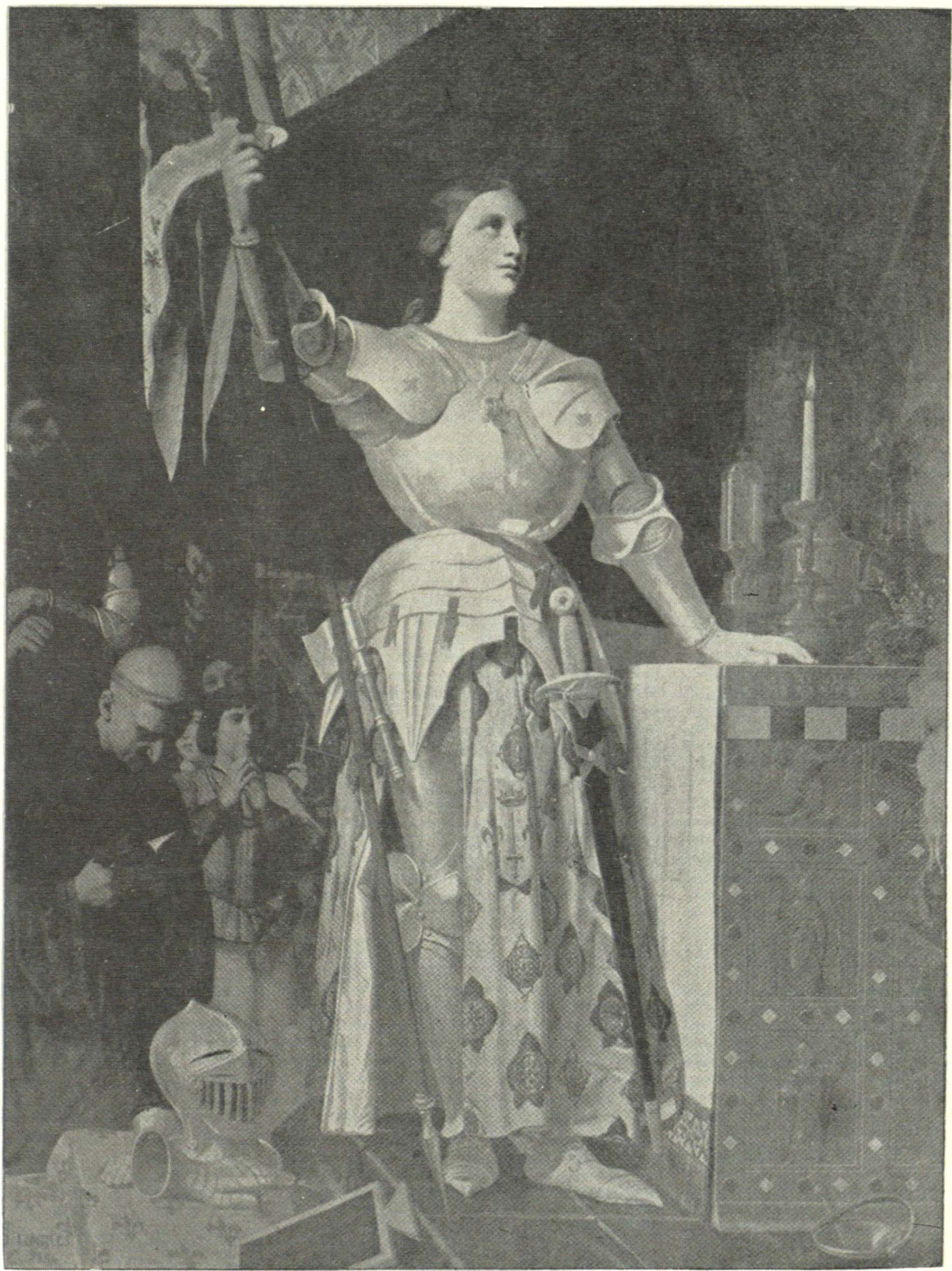


EL COJO ILUSTRADO

Año VIII	15 DE ENERO DE 1899	Nº 170
PRECIO SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4 UN NUMERO SUELTO.....B. 2	DIRECTOR: J. M. HERRERA IRIGOYEN EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA	EDICION QUINCENAL DIRECCION: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA. Este 4 — Número 14 CARACAS — VENEZUELA NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



JUANA DE ARCO. — Cuadro de T. A. D'Ingres



CORREOS Y TELÉGRAFOS DE VENEZUELA

Hoy, en tiempos en que el Estado,—con algunas excepciones en Inglaterra y Norte-América,—tiene á su cargo en todos los países la organización, dirección y cuidado del servicio postal, ocupa éste lugar de importancia entre los principales ramos de la Administración pública.

No solamente el interés colectivo reclama de los Gobiernos la mayor asiduidad y escrúpulo en el manejo de los resortes del movimiento postal, sino que el propio interés de esos Gobiernos, como delegados del pueblo, les ha aconsejado prestar á este servicio esmerada atención, como que es medio poderoso y de indiscutible eficacia para la extensión, facilidades y aun garantía de las relaciones internacionales.

Considérese con cuánto aplauso fue acogida, á mediados del siglo, la idea de la Alemania del Norte, de establecer la liga postal germánica. Acaso entraba tal proposición entre los detalles del plan que había de conducir á la unidad y al imperio teutónicos.

Recuérdese cuán inmensos beneficios derivó la civilización actual de la reunión del Congreso de Berna, en 1874; y obsérvese cómo no ha existido, entre representantes de intereses internacionales, tratado alguno mejor aceptado que aquél, ni se ha llegado á consolidar imperio tan vasto como el que desde entonces logró tundar la primitiva Liga Postal; con gobierno superior hasta ahora nunca irrespetado; confederación avasalladora de 300 millones de hombres, en 1874; extendida en dominio sobre setecientos millones para la época de la reunión del Congreso de París, en 1878; llevada en 1885, en Lisboa, á cerca de ochocientos, y que hoy, después del Congreso de Viena, sube en territorio á cien millones de kilómetros próximamente, con una población de más de novecientos millones de individuos, ligados en universal familia por los más poderosos vínculos que hayan podido crear el interés, el afecto, las ambiciones y las esperanzas.

Mejor que pudiéramos nosotros encarecerlo, creemos que conocerán estas ideas y en ellas

vienen inspirados, los funcionarios á quienes el Gobierno de Venezuela ha encomendado, junto con el celo y manejo, las responsabilidades del servicio de nuestros correos y telégrafos.

Ha sido la Empresa "El Cojo" una de las que con más constancia ha expuesto sus observaciones, en cuanta ocasión ha habido lugar, ante los encargados del despacho y manejo de la correspondencia, y tanto el Jefe del Departamento como sus inmediatos colaboradores, se han apresurado á atenderlas y solicitar pronto remedio al mal que les hayamos indicado, recurriendo, y haciendo público el recurso, á cuantos medios han permitido los elementos de que disponen y las atribuciones que les corresponden, las cuales suponemos les conceda la ley en número y extensión suficientes al mejor servicio: aumento de empleados, restablecimiento de estafetas, encarecimientos á los empleados subalternos.

Sin embargo, nunca será bastante el empeño que se ponga en la regularización y excelencia del ramo telegráfico y postal: apenas se ha comenzado, con la mejor y más encomiable decisión y con plausible esfuerzo, á reparar y moralizar; pero ello es fundamento para esperar que no se desmayará en la tarea emprendida.

Los directores principales del Despacho y oficinas centrales son jóvenes inteligentes, bien inspirados, entusiastas y sinceros. En estas mismas columnas nos hemos ocupado ya de la personalidad del Ministro, señor doctor José Loreto Arismendi: sus antecedentes le tienen obligado para con la sociedad, para con el Gobierno y para con la Patria.

El señor Rafael Domínguez, Director Postal, ha tenido oportunidad de apreciar y estudiar en sus viajes por Europa y América, hasta qué punto de perfección ha alcanzado el servicio de correos y cómo viene laborando con incansable ardor el *Bureau* de Viena por tender y fortalecer la inmensa red en toda la faz del planeta.

También joven, ilustrado é inteligente es el señor Gonzalo Picón Febres, Director de Telégrafos, y acaso sea á él á quien corresponda en este loable empeño de su superior y colegas, la más esforzada colaboración, dada la

inmensidad de nuestro territorio, el sistema empleado en nuestras líneas telegráficas y la formal y definitiva reorganización que requiere el gremio de profesionales.

El señor Gustavo Terrero Atienza, de quien nos será grato ocuparnos con más despacio en otra oportunidad, es el Director General de Correos: es un joven de claro criterio, de recto carácter, de aptitudes irreprochables para el manejo de los asuntos públicos que se le confien, contraído á su deber y versado en las materias administrativas á cuyo servicio le han llamado en repetidas ocasiones algunos Gobiernos de la Nación.

El Director de la red telegráfica nacional es el señor Carlos M. Velázquez, á quien sus profesores, discípulos y subalternos rodean de las más distinguidas muestras de justa consideración y afecto, por sus méritos y largos servicios, constantes por espacio de más de treinta años, en pro de la buena marcha y moralización del ramo.

Lejos está de ser completa la obra de estos servidores; pero esperamos que continuarán tomando y haciendo efectivas las medidas que permitan los elementos puestos á su disposición, en el propósito de realizar las mejoras que ya otros países, inscritos en la Unión Postal Universal, han puesto en práctica: hasta ahora, y entre las que recordamos por el momento, se han creado los agentes postales á bordo de los vapores de la Nación, se ha reformado el sistema de contabilidad telegráfica, se ha establecido la estampilla oficial, se ha uniformado el cuerpo de repartidores de correos y telégrafos, se ha reorganizado la Escuela de Telegrafía y colocádose bajo dirección idónea; y sabemos que el joven y progresista Ministro ha dispuesto la formación y publicación de la Carta Postal y Telegráfica de Venezuela, cuya importancia no es necesario encarecer, medida por la cual felicitamos muy cordialmente al doctor Arismendi.

La reciente creación de la Tesorería General del ramo permitirá sin duda al respectivo Despacho continuar en sus propósitos de mejoramiento.

Así lo deseamos, para bien de todos los intereses, particulares y colectivos, y satisfacción de quienes realicen tales progresos.

I

Dijo el consultor, en el número 108 del mismo diario: “*degreto* se empleó como corrupción de *decreto*, y es asimismo, en el sentido que nosotros le damos, participio contracto del verbo *degradar*.”

Esto no es más que pura fantasía.—*Degredo* no es, ni ha sido nunca desde el origen de nuestro idioma hasta hoy, ni lo será jamás, participio contracto del verbo *degradar*. Lea cualquiera por orden alfabético el diccionario de la Real Academia, como también el “Glosario de voces antiguadas y raras que se hallan en el texto castellano” del Fuero Juzgo (edición del mismo Cuerpo. 1815), y en ninguno de los dos hallará el tal participio contracto, sino únicamente el sustantivo *degreto* por “decreto, ley, ordenamiento.” Si quisiera ahorrar tan minucioso trabajo, recorra la lista de los ciento sesenta y un participios contractos ó irregulares de la gramática de Salvá (9ª edic., pág. 87 y 88), y tampoco lo hallará en ella.

Es más: estudiando D. León Galindo y de Vera el “Progreso y las vicisitudes del idioma castellano en los Cuerpos legales de España, desde que se romaneó el Fuero Juzgo etc.” (1), después de recorrer la Nueva Recopilación y la Novísima, se expresa así: “Tampoco lograron más que sostenerse los (participios) pasivos irregulares: pero no se aumentaron cual debieran en el tiempo transcurrido desde Felipe II: *puesto, impreso, sito, incluso, nato*, que ya vimos en el Fuero Juzgo escrito *nado*, por *ponido, imprimido, situado, incluido, nacido*, y algunos otros, muy pocos en verdad, son todos los que existen en las leyes que examinamos.”

Véase por ésto, que después de aquella Recopilación del citado Rey (1567), no ingresaron participios contractos, ni en las posteriores providencias del Consejo conocidas bajo la denominación de “Autos acordados,” ni en la Novísima, de D. Carlos IV (1805-8). Apenas “el participio irregular *electo* es el único nuevo,” el cual aparece en el artículo 100 de la Constitución española del 19 de Marzo de 1812: “Y fueron *electos* por diputados.”

Fuera de esto, que no es poco, ningún literato, ni curioso en letras, puede dar á verbo alguno participio contracto si éste no lo tiene. Recuérdese que el sistema de la Real Academia es el contrario,—regularizar, en lo posible, lo irregular: así lo ha hecho declarando que en el infinitivo del verbo *podrir* es indiferente el empleo de la *o* radical, ó el de la *u*; pero que el participio es *podrido*, para convertir así en casi regular un verbo que no lo era. La Ilustre Corporación ha declarado también, que conveniría no emplear el verbo *yaer* con otra irregularidad que la de los verbos terminados en *acer*. (3ª clase de Salvá)

Pero demos de barato que exista el dicho participio contracto; siendo entonces, como tal, adjetivo calificativo de dos terminaciones, podríamos decir, con toda propiedad (!): un hombre *degreto*, una mujer *degreto*, como decimos: un hombre *recluso*, una mujer *reclusa*; pagaré *incluso*, la *inclusa* letra de cambio. *Risum teneatis?*—Como queda dicho arriba, *degreto* no es otra cosa que un sustantivo anticuado. (2)

II

En el citado número 107 de *El Monitor Liberal* expusimos la buena y corriente doctrina que sigue: “Recuérdese que en las palabras compuestas de un prefijo unido á un radical ó raíz, el prefijo modifica la idea principal del radical,” y lo comprobamos sin necesidad de citar á Larousse (3), ni á ningún otro etimologista, con la anteposición sucesiva de ocho partículas distintas al infinitivo radical *portar*.” “No hay que confundir (añadimos) la desnaturali-

zación, ni menos el cambio del prefijo, con ciertas variaciones de forma que á las veces, y por ley de composición, sufre su consonante final; lo primero no puede hacerse nunca.”

Á esto se ha contestado diciendo que: “en materia de etimología no tiene *grande* importancia el truco de vocales;” ni se da el pueblo cuenta del valor de los componentes de un vocablo cuando su pronunciación adultera éste.”

Conque ¿no tiene *grande* influencia el truco de vocales en materia de etimología? Conque ¿la tiene insignificante, aunque sin decirse cuándo, ni en qué manera, ni para qué? Oigamos sobre esto las autorizadas palabras del Conde de la Cortina (4): “Si no se respeta la etimología, llegará tiempo en que sea casi imposible descubrirla, y más aún el verdadero significado de las voces; y acaso llegaremos á concebir lo contrario de lo que ellas expresan, como puede suceder principalmente en las que se derivan de otras lenguas.” Sépase, pues, que es cosa muy seria la etimología, ó sea la doctrina de la *composición* de las palabras con respecto á sus simples, y de su *derivación* con respecto á sus raíces, para que nosotros toremos se las trate con tanta presunción y desdén por hombres que se pican de entendidos en cosas tamañas. Sépase, una vez por todas, que ni en latín ni en castellano esa importancia es insignificante sino muy grande. Pocos ejemplos bastarán para comprobarlo.

En efecto, el verbo latino *redhibere*, compuesto de *re* (*d* medial eufónica) y *habere*, tener, sin otro cambio que la *a* radical en *i*, nos da las significaciones de “restituir, devolver” y otras, esencialmente modificativas de la de “tener.” De aquí el adjetivo derivado *redhibitorius*, sobre el cual hemos calcado nuestro *redhibitorio* forense (acción redhibitoria).

Perimere, verbo compuesto de *per* y *emere*, comprar, vale “extinguir, aniquilar, destruir.” —significaciones muy distintas de la del infinitivo radical, en que aparece la *e* cambiada en *i*. Del supino *peremptum* nace el sustantivo *peremptio* de éste, nuestro calco forense *perención*, que es la extinción de toda instancia en ciertos casos de los litigios, y “perentorio, perentoriamente.”

Deficere es otro verbo, compuesto del prefijo *de* y *facere*, hacer; vale “faltar,” cambiada la *a* radical en *i*, y nos ofrece derivados latinos que, traducidos al castellano, son nuestros vocablos: deficiencia, deficiente, defecación, defectible, defectivo, defectuoso, defectuosamente, y déficit, voz latina transplantada á nuestro idioma.

Para no cansar con ejemplos, citemos por último el verbo *decipere*, “engañar,” compuesto del prefijo *de* y *capere*, coger; no ofrece otro cambio que la *a* radical en *i*. El supino *deceptum* da, entre otros derivados, el sustantivo *deceptio*, decepción, y el adjetivo *deceptorius*, deceptorio.

III

Evidenciada así la modificación del significado de las palabras compuestas, debida al concurso del prefijo y de la importancia sustancial del vocalismo en el elemento simple ó radical, pocos ejemplos bastarán para demostrar que ni en latín ni en castellano puede alterarse, ni menos cambiarse el prefijo de las dicciones compuestas, so pena de adular ó cambiar esencialmente el significado de las mismas.

En efecto, sabida es de todos la diversa significación de los vocablos compuestos que siguen: de-ferencia y di-ferencia, de-ferir y di-ferir, pre-nombre y pro-nombre, pre-ferir y pro-ferir, pre-nunciar y pro-nunciar, pre-venir y pro-venir, pre-poner y pro-poner, pre-visión y pro-visión, pre-lación y pro-lación, pre-scribir y pro-scribir. Imposible sería cambiar uno por otro los prefijos en los anteriores vocablos, sin variar por completo la significación de estos mismos.

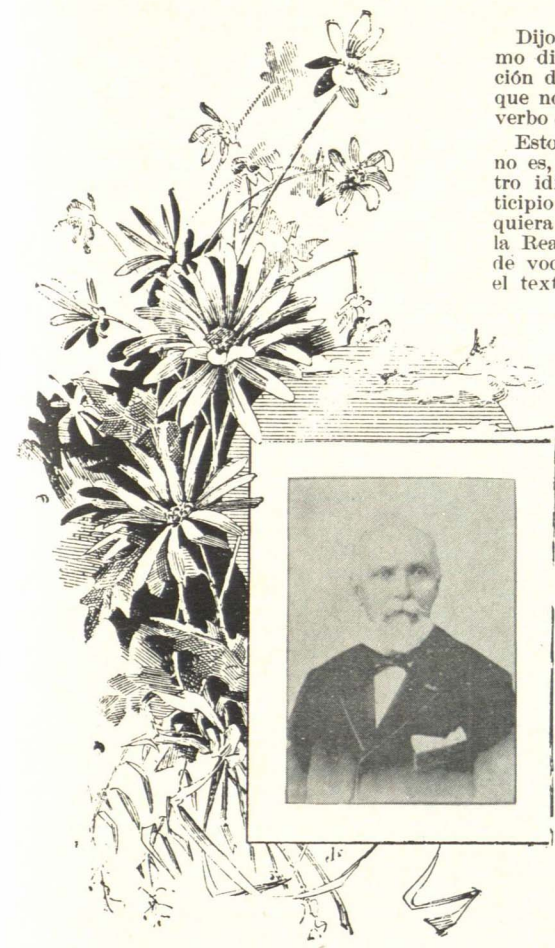
Y si esto no es posible tratándose de prefijos en la apariencia semejantes, con mayor razón no lo será si fueren desemejantes los prefijos. Hágase la prueba en los siguientes, y resultará desde luego el absurdo: a-traer, contraer, de-traer, dis-traer, ex-traer, re-traer, sus-traer; a-spirar, con-spirar, e-spirar, in-spirar,

(1) MEMORIA premiada por la Real Academia Española en 1863.

(2) GLOSARIO etc., pág. 219, col. 1a

(3) JARDIN des racines latines.

(4) DICC. de sinónimos castellanos.—México. 1853.



DISQUISICION FILOLOGICA

(ESTUDIO DEDICADO Á LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

Indocti discant,
ament meminisse periti.

En el número 96 del ilustrado diario *El Monitor Liberal*, correspondiente al 10 de Septiembre del año próximo pasado, se publicó una opinión acerca “del origen y propiedad del vocablo *degreto*,” opinión reducida á contestar el consultor, en tono magistral, á un amigo suyo que se la había pedido, lo que sigue: “No es este un neologismo como has supuesto, sino un arcaísmo, que considero de conveniente uso.” “Ciertamente parece ser que sólo se usa en Venezuela, lo cual acontece asimismo con muchas otras voces arcaicas.”

Pidiéndonos á nosotros después nuestro parecer sobre el mismo punto uno de los ilustrados redactores del citado diario; se lo dimos, y él tuvo á bien publicarlo en el número 107, del 23 de aquel mes. Opinamos del modo siguiente: “*degreto*, *degradar*, no son arcaísmos; tampoco son neologismos, sino vocablos muy usuales de tiempo inmemorial entre nosotros.” Para dar esta opinión tuvimos en la mente, no sólo nuestros documentos oficiales y el buen uso corriente, sino también la composición de Bello intitulada “*Á la Vacuna*,” en la cual se halla empleada, como castiza, la palabra *degreto*, con referencia á los asilos de virolentos:

“¿Qué mucho si las leyes autorizan
tan dura división!.....Tristes *degredos*,”

Era, pues, uno mismo el dictamen del consultor y el nuestro, difiriendo sólo en cuanto al erróneo reparo de arcaico con que aquél lo tachaba. Pero bastó y sobró el haber opinado entrambos sobre un mismo punto, para que el consultor (persona digna de loa por lo dada á buscas para trabajos literarios de índole nacional) se alzase á mayores, poniendo fútiles tachas á los sólidos fundamentos de nuestro parecer. Son las siguientes, que pasamos á enumerar, refutándolas una á una.

re-spirar, su-spirar. Todos esos cambios serían hechos contra los principios morfológicos, y darían por resultado enormes despropósitos.

Tocante á la insustancial especie de que "el pueblo ni se da cuenta del valor de los compuestos de un vocablo cuando su pronunciación adultera éste," traída tan por los cabellos en apoyo de esta empírica *teoría de fin de siglo*, ella nada quita ni añade á la influencia del vocalismo en la composición ni en la derivación de los vocablos. El pueblo ignora también las leyes que presiden al sistema planetario, sin darse cuenta de los fenómenos de los cuerpos que giran en el espacio y que él, sin embargo, aprovecha. Todo lo cual está revelando los inesperados bríos de algunos hombres que se aventuran á tratar materias como ésta antes de adquirir literariamente cabal idea del alfabeto, ni del papel de las vocales y de sus permutaciones en la formación y la derivación de las palabras de una misma lengua. Los latinos,—nuestro modelo,—dieron tan grande importancia á las vocales, que entre sus diez y seis consonantes ó mudas hay siete semivocales, y no bastando á su artificio ortológico y prosódico sus seis sonidos elementales, formaron con ellos otros tantos diptongos que son medios y recursos para la cantidad de las sílabas, y, en general, para su ciencia métrica.

Nosotros,—imitadores suyos,—tenemos entre diptongos y triptongos gran número de combinaciones, en lo cual por cierto no nos andan zagueros los franceses; y la abundancia de sonidos elementales en la armoniosa lengua del Dante y del Petrarca, de suyo demuestra la importancia de aquéllos. Hasta los ingleses, en cuya lengua hay palabras de cinco, seis, siete y aun ocho letras, con un solo sonido, han dado á las vocales de su alfabeto cerca de veinte sonidos bien caracterizados.

Todo esto nos permite concluir que la vida,—el alma de la palabra, digámoslo así,—está en las vocales, como lo demuestran *stirps*, *sero*, en el latín; *cons*, *trans*, en el castellano y el francés; *which*, *length*, *stretch*, *strength*, en el inglés. A esto conviene añadir la autoridad de M. Auguste Brachet (5) tratando de la permutación de las vocales. Dice así: "Si se compara la palabra con un organismo viviente, podemos decir que las consonantes son su esqueleto, y que éstas no pueden moverse sino con la ayuda de las vocales, que son, por decirlo así, los músculos que ligán las unas con las otras. De esta suerte, las vocales son la parte móvil y fugitiva de la palabra, mientras que las consonantes forman la parte estable y resistente."

IV

Torciendo el consultor nuestras expresiones, nos atribuyó el dicho de que "degradar" no procede de *digredier* (*digredi*?), porque la *proposición di no puede trocarse por de*. Lo que dijimos fue que de *digredior* no procede nuestro verbo *degradar*, y que sería irregular y vano el truco del *di* por *de* "para hallar paternidad á *degradar* en aquel verbo." La tergiversación de nuestras palabras, por el consultor, hecha con afectado desgaire, fue para deducir el adefesio de que, según nosotros, se podría sostener que *derecho* no procede de *directus*, ni *derrota* de *dirupta*.

Agradecemosle la tergiversación, tanto como la ilógica deducción de tamaño adefesio, porque así nos depara la feliz ocasión de sostener que ni "derecho" procede de *directus*, ni "derrota" de *dirupta*.

Confundir en disquisiciones filológicas la lexicología, que nos enseña á conocer el origen etimológico de las palabras, con la lexicología, ó sea la ciencia de las palabras consideradas en sus elementos de formación,—en otros términos, tomar la *derivación* por la *composición*, ó al contrario, es gatuperio que hacen siempre los que discuten para salirse del terreno de los principios y entrarse de rondón, por error, por impericia, ó por una pasión innoble, en el inmensurable campo del empirismo, donde siempre se discute sin utilidad ni término, se disputa sin miramiento, y hasta se controvierde ofensivamente.

El pueril desenfado con que al consultor se le escapó error tamaño, es prueba inequívoca de incienia acerca del origen y desenvolvimiento del castellano.

El término *procede* en estas materias y ocasión es, por su vaguedad, impropio de hombres de letras, porque no se trata de subir en busca de la fuente de las dos palabras en tela de juicio al tronco thraco-pelágico ó al greco-latino, sino de señalar su origen inmediato en nuestra habla. Cuando se trata de la morfología de las lenguas, esto es, de "la doctrina acerca de la formación de las palabras y de sus transformaciones," debe decirse claramente si su forma es por *derivación* ó por *composición*, sin efugio posible. En el presente caso, hay por lo tanto que reducir el verbo "procede" á límites determinados, y concretarnos: 1.º á averiguar si el vocablo "derecho" es primitivo ó derivado, simple ó compuesto; y 2.º á inquirir su etimología, ya como *sustantivo*, ya como *adjetivo*. Sólo así podremos dar con la paternidad que se busca, la cual no hallaremos etimologizando empíricamente por apariencias de filiación inexistentes, ó remotas, ó guiándonos por la engañosa teoría de los sonidos.

En cuanto al primer punto, observamos que el vocablo "derecho" no teniendo su origen en palabra alguna de nuestra lengua, es *primitivo*; tampoco es *derivado*, porque no nace de otra palabra de nuestra lengua: es por lo tanto erróneo el origen latino *directus* dado á aquel vocablo.

Por idéntica razón es igualmente erróneo el origen *dirupta* señalado al sustantivo castellano "derrota." Este no es más que un sustantivo compuesto de *de* y *rota*, en sus distintas significaciones de rumbo ó dirección que llevan en su navegación las embarcaciones, de vereda ó senda de tierra; y de fuga desordenada de un ejército vencido. Monlau en la palabra *derrotar* de su Dic. etim., remitiéndose á nuestros sustantivos *rota* por derrota, y á *ruta* por rota, camino abierto, nos ofrece el sustantivo compuesto "derrota." Todo lo cual se confirma por el francés,—lengua hermana de la nuestra: Littre nos dice en su Dic. que *déroute* vale, en sentido recto y como voz de milicia, "huida de tropas rotas y en desorden;" y que *dérouter*, en sentido figurado, vale "hacer que uno pierda el hilo ó pista de una cosa ó negocio."

Véase por esto que la etimología (*directus*, *dirupta*) dada erróneamente á los vocablos castellanos *derecho*, *derrota*, proviene, sin duda, de una semejanza de estructura ó de sonido, que se ha deseado y creído encontrar.

No era menester subir tan alto, remontarse al Lacio, buscando á "derecho" la paternidad en *directus*, cuando al salir de casa cualquiera habría tropezado en la puerta con nuestro anticuado *derromper*,—romper, quebrantar, violentar completamente,—reclamándola con el muy legítimo título de su participio pasado.

V

Mas no quedaríamos nosotros contentos con haber evidenciado lo erróneo del origen dado á nuestros dos vocablos, y señalado el carácter *primitivo* del primero y la forma *compuesta* del segundo, sin exhibir el justo título con que uno y otro han ingresado en nuestra lengua vulgar. Debemos antes recordar que ésta, así como las demás neolatinas, reconoce por su primera y principal fuente el latín; pero no el latín literario, sino el dialecto popular de los romanos en la forma que había tomado poco antes de la caída del imperio de Occidente. "El romance,—dice D. León Galindo y de Vera,—se encarnó en él, fundiéndose en el dialecto de cada provincia conquistada." "Cada región romaneó el latín según el espíritu de las palabras indígenas. España, Galicia y Francia eran partes del imperio godo distintas y separadas entre sí, aunque formando una entidad política. Véase el prólogo del Fuero Juzgo, compárese con el resto del mismo, y salta á la vista que el primero, amén de su mayor antigüedad, se escribió en Galicia ó en Asturias, y el segundo en Castilla ó en León." "Nacido de las ruinas del latín y de sus infiltraciones en los dialectos provinciales, adoptó mudanzas que en su mayor parte quitaron rotundidad y fuerza al idioma primitivo." (6) Lo cual explica satisfactoriamente la diversidad de estructura de una misma palabra en distintos lugares ó leyes del Fuero Juzgo, tales como *mugier*, *müier*, *mujier*, *mulier*, *muller*, del latín *mu-*

lier; *iglesia*, *eglesia*, *iglesia*, de *ecclesia*; *siello*, *seytlo*, *seyelo* y *seello*, de *signum* y *sigillum*; é infinito número que huelga acumular.

Entremos ya en pormenores. Hundido el imperio romano de Occidente bajo el peso de la invasión de ultra Rhin, desaparecieron desde entonces las letras, y con ellas el latín literario, inaccesible al vulgo,—lengua muerta relegada al dominio de los sabios; quedando el latín vulgar, ya despojado de los arreos del clásico, señero y dueño del campo, apercebido á dar origen á las lenguas modernas, sujetas ellas, como todo lo demás, á la ley social de las mutaciones. Pocos ejemplos bastarán para comprobar, en seguida, este proceso histórico de filiación: del latín clásico *hebdomas*, pasando por el tamiz romance *septimana*, viene nuestro vocablo *semana*; de *osculari*, *hesiare*, *hesar*; de *equus*, *caballus*, *caballo*; de *iter*, *viaticum*, *camino* ó *viaje*; de *os*, *oris*, *bucca*, *boca*; de *felis*, *catus*, *gato*; de *duplicare*, *duplare*, *doblar*; de *oleum*, *olio*, *aceite*; de *implicare*, *implicar*, *emplear*; de *venditio*, *vendición*, *venta*; etc., etc.

VI

Hemos llegado ya al punto de parada, que es el vocablo *derecho*, cuyo origen verdadero, ya como "sustantivo," ya como "adjetivo," precedemos á dar.

Estudiémoslo primeramente en su carácter de *sustantivo*. De sólo los setenta ejemplos de vocablos romaneados del latín, que para el castellano trae D. León Galindo y de Vera (7), fuera de los cuarenta y siete que ofrece para el francés, tomamos la muestra concerniente á la etimología que buscamos, y es la siguiente:

Latín: *JUS*... Romance: *iur*... Castellano: *derecho*.
— *JUR* — *iuria* — *derechos*.

Comprobemos ahora este origen del sustantivo *derecho* con pasajes del Fuero Juzgo latino y su versión en romance:

"Cum decursis ergo transactis temporibus dure dominationis sese potestas gravis attolleret et in subjectis populis imperium dominantis non formaret *jura* regiminis, etc." "Onde como enno tiempos que son pasados los señorios fosen muy graves, et los señores non governasen elos poblos que los eran dados por *derecho*, etc." (8)

"Omnia in serenissimi atque clementissime nomine domini nostri Jesu Christi Recesvinthi principis perenni transeant et perpetuo deputentur *jura*, etc." "Todas sean en poder, et en *iur* por siempre del muy piadoso, et del mucho onrado Rey Don Rescindo, etc." (9)

"Iam vero a die huius late legis, vel tempore quicumque Pontificem de his que a fidelibus in Dei ecclesiis testata vel conlata esse noscuntur, aliquid exinde abstulerit, suoque *iuri* vel ecclesie principali adplicaverit, etc." "Mas si del tiempo que fue fecha esta ley adelante, si algun omne forzar, ó forzó, la iglesia alguna cosa de lo que dieron los fieles de Dios, si lo tuviere en su *iuria*, ó lo diere a otri, etc." (10)

"*Ius* nature *directum* in spem procreationis future transmittitur, etc." "El *derecho* de natura á fuerza de buena crianza entonces quando el casamiento es fecho *ordenadamiente* cuemo deve;" (11)

"*Iur*. Derecho, poder.—*iuria*. Derecho, poder.—*iuro*. Derecho, poder, posesión."

La penúltima de estas dos citas, por sí sola, habría bastado para evidenciar que "*derecho* no procede de *directus*"; es absurdo decir que el adjetivo *directum* (p. p. de *dirigere*) de la enunciada cita da origen al *jus* (derecho), sustantivo calificado por él. La filología no admitió nunca en sus dominios semejantes promiscuidades!

VII

Fijado ya el origen mediato latino y el inmediato romance de nuestro sustantivo "*derecho*," aquí en *jus* y éste en *iur*, *iuria*, respectivamente, recordemos que *jus* es una contracción de *jussum* (12), supino del verbo *jubere*, mandar. Su significación tuvo origen entre los roma-

(7) MEMORIA cit., pág. 46.

(8) Pról., ley IV.

(9) Id., id.

(10) Ley 5, tít. 1.º, Lib. V. Id.

(11) L. 5, tít. 1.º, Lib. III. Id.—GLOSARIO cit., pág. 223.

(12) ORTOLAN. *Explicat. histor. des Instituts de Justien*. Lib. I, tít. 1.º, § 10.

(5) GRAMM. de la langue française.

(6) MEMORIA citada, pág. 43, 44 y otras.

nos, en el hecho real de un mandamiento ú orden imponiéndonos la necesidad de acción ó de inacción; y de aquí, el derecho civil, el derecho escrito y no escrito, el derecho pretorio, etc.

Este *ius*, que es el sustantivo francés *droit*, y nuestro *derecho*, da para ambas lenguas hermanas los derivados siguientes: (13) *juriste*, *jurisconsulte*, *jurisprudence*, *jurisdiction*, *juridique*, *jurande* (veeduría), *jury*, *juré*, *juror*, *jurement*, *juron* (juramento execratorio, palabrota), *abjurer*, *abjuration*, *abjurer*, (exorcizar), *conjurer*, *conjuración*, *injure*, *parjure*. Con la autoridad, pues, del insigne etimologista francés M. Larousse, queda también comprobado el origen del sustantivo "derecho." Pasemos ahora á dar el del mismo vocablo en su carácter de *adjetivo*.

VIII

En los principios de nuestro idioma, el adjetivo *derecho*, *a*, tuvo esta doble significación: en sentido propio, "lo que no tuerce á un lado ni á otro, lo que no tiene curvatura"; y en sentido figurado, "lo justo, lo razonable, lo fundado en la rectitud de corazón." Es conforme á aquel sentido esta frase familiar: "ser más *derecho* que un huso"; y figuradamente: juicio *derecho*, por juicio *justo*; juez *derecho*, por juez *justo*, como lo evidencian los dos siguientes pasajes en latín y en romance del Fuero Juzgo:

"Habeant ergo deinceps per hanc nostram sanctionem jure coditi reges cum Dei timore in regendo corda sollicita, in operando facta moderata, indecernendo judicia *justa*, etc.—"Onde los reys daquí adelante por esta nuestra lee mandamos que ayan los corazones mucho entendidos de ben regnar con temor de Dios, et en facer bonas obras, et con mansidumpne, et en iulgando juicio *derecho*, etc." (14)

"Deus *justus* judex, qui iustitiam intemporalibus diligit, etc."—"Dios que es *derecho* juez, é ama iusticia en todo tiempo, etc." (15)

Anticuado el adjetivo *derecho*, *a*, en su significación figurada, no pudo ya decirse correctamente "mi proceder *derecho*, mi conducta *derecha*;" pero conservando la propia, continuó y si fue diciéndose en buena ley: "camino *derecho*, calle *derecha*." Hoy empleamos los adjetivos *recto*, *justo* (16) en ambos sentidos, sin perjuicio de conservar *derecho* el suyo primitivo ó propio; así es que decimos, con igual corrección: "camino *recto* ó *derecho*, *recta* conducta, sentencia *justa*, seis metros *justos*;" pero no "conducta *derecha*, sentencia *derecha*, seis metros *derechos*."

Averiguado ya que el adjetivo *recto* fue sustituido al adjetivo *derecho* en sus dos sentidos del romance, busquemos ahora su equivalente latino, y veamos á qué vocablos para entrambos él dio origen. Sin ayuda del Dicc. etim. de D. Raimundo de Miguel y el marqués de Morante, ni del de Monlau, cualquiera caerá en que el adjetivo *recto* es calco de *rectus*, part. pas. del verbo latino *regere*, regir. Este *rectus* es el radical mediato de vocablos derivados y compuestos, tanto castellanos como franceses, que

constituyen una misma familia de individuos con una semejanza de estructura caracterizada en cada uno por la reproducción de las mismas letras *rect* y naturalmente con una semejanza de significado. *Rectus*, pues (*droit* adj. fr., en ambos sentidos; *recto*, adj. cast., también en ambos sentidos), da la familia siguiente: (17) *rectangle*, *rectangulaire*, *recta*, *rectifier*, *rectification*, *rectiligne*, *rectitude*, *recteur*, *rectoral*, *rectorat*, *recto*, *direct*, *directement*, *directeur*, *direction*, *directoire*, *directo-*

declinación latina; la *segunda*, menos empírica, más reflexiva y erudita, comenzó siglos después y terminó en el décimo quinto. En esta segunda época todo se hizo también sobre el molde del latín, y la reforma de los vocablos se acomodó igualmente á la forma latina correcta.

Conforme á esto, de los primitivos latinos correspondientes *alter*, *aurum*, *bucca*, etc., se han formado los derivados *alterno*, *auréo*, *buccal*, etc., y no de los primitivos romanceados *otro*, *oro*, *boca*. Elevóse el castellano, en esta segunda época, "de humilde dialecto á la categoría de idioma nacional;" y natural era, por lo tanto, acudir entonces, como se hizo, á tomar los derivados y compuestos, de los primitivos latinos y no de los primitivos romanceados, teniendo aquella fuente para el tecnicismo científico por más culta y de uso más noble. Á las voces latinas no romanceadas tuvo que acudir por fuerza en busca de origen para muchos vocablos; tal es nuestro sustantivo *equitación* que viene de *equitare* "ir á caballo," para cuyo origen se fué directamente á *equus*, "caballo," no romanceado, en lugar de acudir al verbo del bajo latín *caballicare*, cabalgar, en busca de un derivado correspondiente (*cabalgación*?)

Para rematar el punto acerca del origen de los vocablos "derecho" y "derrota," decimos en resumen:

El origen mediato del sustantivo *derecho* es el infinitivo *julere*, verbo latino que vale mandar, y cuyo supino *jussum*, apocopado, ha dado el sustantivo *ius*, derecho.

El origen mediato del adjetivo *derecho* *a*, es el infinitivo latino *regere*, regir, cuyo supino *rectum* da el participio pasado *rectus*, y éste nuestro adjetivo *recto*, *a*, en sentido propio y en sentido figurado.

En cuanto al origen de *derrota*, queda dado arriba.

Y para terminar el presente Estudio, debemos decir que, al dedicarlo á la Real Academia Española, hemos querido cumplir dos deberes. Estando nosotros en Madrid el año de 1866, fuimos honrados por la Ilustre Corporación con el nombramiento de Miembro de su seno, en la clase de Correspondiente Extranjero, no sin haber precedido pruebas de nuestra aptitud, bastantes á juicio de los tres Académicos proponentes. Tamaña honra no la habían alcanzado sino dos venezolanos, muertos para aquella fecha: D. Andrés Bello, nombrado Académico Honorario; y D. Rafael María Baralt, de número.—Quedó así empeñada por siempre nuestra gratitud á la Real Academia.

Desde entonces, comprendiendo bien nosotros los altos fines de la Institución y las obligaciones del honorífico y laborioso cargo, dímonos en Europa y hoy en nuestra patria á trabajar en pro de aquéllos, aunque siempre convencidos de no haber hecho lo bastante. No han sido parte á desviarnos de esta senda, ni el habitual desabrimiento y salidas de tono de algunos aspirantes á tener mano en letras, ni la falta de respeto social con que á las veces, como en la presente, creen ellos llevar la mejor parte y aun vencer en toda la línea en las discusiones literarias, desnaturalizando con desmaña las cosas y agriando adrede los ánimos. Obre cada cual conforme á la ley de su naturaleza, y salga el sol por Antequera.

FICARDO OVIDIO LIMARDO

Individuo Correspondiente Extranjero de la Real Academia Española

Caracas: 12 de enero de 1899.



POR V. PALMAIROLI

rial, correcteur, correction, correctionnel, indirect, indirectement.—Idéntico, pues, fue en este punto el proceso histórico de filiación para ambos idiomas.

El origen inmediato de nuestro adjetivo *recto* del latino *rectus* como queda visto, obedece á un verdadero trámite, digámoslo así, del proceso morfológico del castellano, y nos lo da á conocer Monlau en su sabio "Discurso acerca del arcaísmo y el neologismo." Este insigne etimologista expone y desenvuelve claramente las dos épocas de la formación de nuestro idioma y de los demás idiomas neo-latinos: la *primera*, popular y tosca, destructora de la

(17) Por las mismas razones que no tradujimos al castellano los individuos de la familia del sustantivo *ius*, derecho, no traducimos los de la familia del adjetivo *rectus*, *recto*. Entre éstos se nota sublineado *direct* (*directus*), lo cual comprueba, una vez más, que el sustantivo *ius* (derecho) no puede nacer del adjetivo *directus*.

(13) Hemos copiado estos vocablos en francés, tomándolos del *JARDIN des racines latines* de M. P. Larousse, ya porque son, como los equivalentes nuestros, calcos del latín, y cualquiera puede traducirlos por la semejanza de estructura, ó por el sonido, ya principalmente para que se palpe la identidad de origen. Hemos traducido solamente tres, porque son los que pueden ofrecer, para su versión, alguna dificultad.

(14) Pról. Ley IV.

(15) Ley 5, tít. 1º, Lib. V

(16) GLOSARIO cit., pág. 219.



CAMARA DE COMERCIO DE VALENCIA

Antonio Braschi, Primer Vicepresidente
Th. Gosewisch, Tesorero

Antonio Braschi, Primer Vicepresidente

Eugenio F. Serizier

Miguel Alfonso, Presidente

VOCALES:
JUAN NÚÑEZ

Rafael Carvallo, 2º Vicepresidente

Henrique A. González

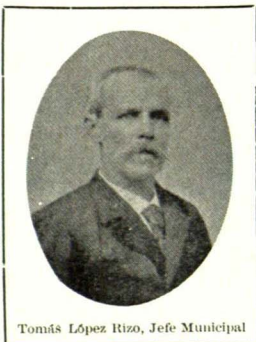
Lisandro Lecuna, Secretario

CAMARA DE COMERCIO DE VALENCIA

Durante la última epidemia de viruelas que azotó al país, las asociaciones y los gremios, así como todos los ciudadanos de las poblaciones en donde se presentó el mal, emplearon hasta donde les fue posible su actividad, sus energías y sus recursos en prevenir ó remediar las desastrosas consecuencias de aquella calamidad.

A la acción de las autoridades, acudió en inmediata y eficaz colaboración el esfuerzo individual, afanándose todos por aliviar ó salvar la suerte de las clases más necesitadas ó desvalidas; se construyeron degredos provistos de todos los elementos indispensables al tratamiento y curación de los reclusos; servidos por abnegados facultativos y por la más loable y cristiana devoción de heroicas hermanas de la Caridad; se dictaron medidas preventivas; se procedió con incansable empeño á la preparación del fluido vacuno; se riñó, en suma, la más sostenida lucha contra el mal y su funesta acción, hasta obtener completo triunfo, á costa, empero, de centenares de infortunados.

Valencia fue la más acosada: en breves días, una como atmósfera de consternación, de soledad y de pavor envolvía la antes risueña ciudad del Tacarigua; no había en sus hogares otro ruido que interrumpiese el lúgubre silencio sino el quejido de los moribundos ó los gritos de dolor de la viuda ó de



Tomás López Rizo, Jefe Municipal

los huérfanos. Sus calles estaban solitarias; la saludable actividad de la industria fue interrumpida por la penosa faena del mutuo socorro; sólo estaban abiertas las puertas de sus templos, á donde acudían las madres, las esposas y los hijos á implorar piedad.

En tan crueles días y en medio á tan magno desastre, un grupo de honorables caballeros se lanzó valerosamente á combatir á brazo partido contra la tenaz é inclemente enemiga: los señores miembros de la Cámara de Comercio. Constituidos en cuerpo de salvación, allegaron recursos, construyeron hospitales, aliviaron dolores, remediaron crecientes miserias, llamaron á concurso cuanta voluntad fuese necesaria y útil en la noble obra.

Un auxiliar poderoso se presentó en medio de la lucha: el señor doctor Laureano Villanueva, enviado por el Gobierno de la República, para prestar á la infortunada Carabobo sus servicios eminentes como médico y como estadista. La epidemia estaba en toda su fuerza devastadora: en la ciudad se contaban trescientos cincuenta enfermos y cuatrocientos cincuenta reclusos en el improvisado degredo del Hospital Civil, el que solamente tiene espacio para ciento cincuenta camas.

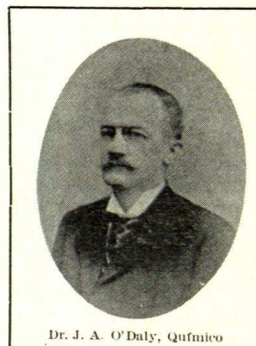
Calcúlese el espectáculo y las impresiones que produciría aquel hacinamiento de dolores y miserias!..... Al día siguiente de la llegada del doctor Villanueva comenzó, ruda, incesante y dolorosa, aquella verdadera campaña contra la muerte: tres meses después, á principios de noviembre, cedió la epidemia.

Preside la Cámara de Comercio el señor Miguel Alfonso, ciudadano circunspecto y laborioso, miembro distinguido de la sociedad y del comercio valencianos.

Los señores Antonio Braschi y Rafael Car-

vallo son los Vice-Presidentes; es el primero un hombre respetable y meritorio; el segundo, un joven probo y correcto.

El señor Th. Gosewisch es el Tesorero de



Dr. J. A. O'Daly, Químico

la Cámara: su acción fue inmediata y oportuna en cuantos casos lo reclamaron las necesidades de aquellos angustiosos días.

Sirve de Secretario el señor doctor Lisandro Lecuna, joven médico tan serio como ilustrado y modesto.

El señor doctor J. A. O' Daly, reputado químico, tuvo á su cargo la Dirección del Instituto de vacunación gratuita, fundado por la Cámara de Comercio.

A los retratos de estos meritorios ciudadanos acompañamos los de los señores Juan Núñez, Henrique A. González y Eugenio F. Serizier, vocales de la Cámara y los cuales prestaron con encomiable decisión servicios de todo género durante el largo tiempo de la epidemia.

Insertamos también el retrato del señor general Tomás López Rizo, Jefe Municipal de Valencia, el cual secundó á general satisfacción los esfuerzos de la Cámara de Comercio, en favor de las víctimas del terrible azote.

Todos ellos merecen bien y aplausos por la alteza de sus sentimientos y su valerosa y abnegada conducta.



MI ÚLTIMO AMOR

LECCIÓN REALISTA DE IDEALISMO

I

DE una minuciosa pesquisa hecha en el estado de mi alma, de un examen de conciencia, si se quiere, he venido á caer en algunas conclusiones literarias, cuya publicación se me antoja oportuna y útil.

Será un artículo del todo profano que, mal que pese á los curas por una parte, y arrojando por otra el calificativo de *sermón* con que pueden agraciarse algunos críticos, habrá de principiar obligadamente por un texto de San Agustín; ya que, según se ve, el sutilísimo Doctor, autoridad muy experta en el asunto, había pasado por algo de lo que me sucede en este instante, cuando dijo: "El hombre tiene por corazón un abismo impenetrable, y más fácilmente podrían contarse sus cabellos que determinar la infinita variedad de los arranques y sentimientos que guarda en él."

Justo! Y de ello puedo ser hoy una prueba, un irrefutable testimonio. Había yo pensado siempre que el amor era un sentimiento definido, con manifestaciones bastante claras para tener su diagnóstico al alcance de todos; y héteme que, de súbito, siento invadir todo mi sér por una vaguedad inexplicable, mezcla de atracción y desvío, sin deseos, sin interés, sin propósito que tal pueda sustancialmente decirse, y á pesar de ello, con un palpable arrebató que me perturba y desvela.

Es un fenómeno psicológico de que intento en vano darme cuenta. Cuanto más lo estudio, más se me intrinca y confunde. Insistiré, no obstante, en explicármelo.

II

Allí, en el Teatro, sobre la escena y perdida entre las comparsas, he visto, como han podido hacerlo todos, á una mujer bellísima; pero de una belleza que no ha llegado á mi corazón escoltada por los deseos ni derramando el ánfora prodigiosa de las alegres ilusiones. (1)

No: hasta hay momentos en que la miro como á la *terra-cotta* que adorna mi escritorio, y en la cual se detienen, sin curarme yo, mis extáticas miradas. Casi hallo como un defecto que la luz le prenda brillantes en los altivos ojos, y que sonrisas pasajeras desgarran algunas veces la rosa delicada de sus labios. Sospecho que, si la escuchara hablar, si la viera á mi lado, si pudiese percibir el ritmo ó el aroma, testimonios de su existencia, mi amor se extinguiría al punto; como que sólo vive de una lontananza ideal, que lo esfuma y hechiza, casi en la forma con que la material, allá en el horizonte, pinta los

collados de un difuso azul, que es señuelo y reposo de los ojos.

Creo que, si yo viese á esa mujer, muerta, imposible para la posesión y los gores, la amaría supremamente: hasta me atrevería á besarle la mano, como Miguel Angelo á Victoria Colona. Mis ojos conservarían presta siempre su imagen á los continuos reclamos de la memoria, y mi corazón se haría el sagrario de este inefable idealismo que me inspiran conjuntamente, el mágico esplendor de su belleza y los luctuosos errores de su vida.

Bien considerado ese idealismo, nadie podría decir con propiedad que es amor; pero aquel aplauso perdido que se oye al levantar el telón es siempre mi aplauso á su belleza; aquellos otros que resuenan desatinadamente, cuando ni la música ni los personajes los imponen, son también míos, y celebran un escorzo, un movimiento, una actitud que exhibe sus correctas líneas bajo una faz que no les había sorprendido. Yo no tengo, durante la representación, sino ojos para admirarla, pero con una admiración que tiene algo del muelle embeleso, que acompaña á las reminiscencias de una dicha imposible, soñada ocasional y fugitivamente. ¿Será acaso que he amado á esa mujer en otra existencia, ó que el amor puede escaparse del cuerpo, y permanecer flotando en torno de él, como la emanación suavísima de un bálsamo; ó existirán ciertamente esos fluidos ideales que insinúa la ciencia materialista haber descubierto y palpado? No lo sé, pero jamás salgo del Teatro sin traer en el alma una curiosa melancolía; ni me duermo después, sin mirar la imagen de esa mujer, erguida como una estatua de inmaculado albor, sobre el fondo más intensamente oscuro, en un deslumbramiento inexplicable que deja caer poco á poco sobre mi corazón la más real, la más embriagadora tibieza.

(1) Este artículo fue escrito en noviembre de 1894.

Podría, es verdad, decirse que algo de amor hay en ese cortejo de síntomas. Pero, si la amo ¿por qué no tengo celos de sus amantes; por qué, contrariamente, me gozo en representármela entre los brazos de ellos; por qué me deleita imaginar en qué inefables armonías han de combinarse las líneas de sus formas, azotadas pasajeralemente por el ala de un amor siempre fugaz; en concebir las disonancias encantadoras, si se me permite la expresión, que han de prestar á su belleza las curvas fatigadas ó los músculos eléctricamente convulsos, en una palabra, los infinitos cambios que sufre la gracia femenil, poseída de un numen aún más enloquecedor que el de Delfos? Tampoco lo alcanzo, pero sí siento entonces una tristeza que, por ser muy placida, nadie podría tildar de envidia.

Ni qué habría de envidiar tampoco? Quién puede disminuir un ápice los goces íntimos en que se inebria mi fantasía encariñada al recuerdo de sus hechizos?

Si sigo estudiándome, hallo que esa falta de deseos, esa inverosímil castidad no es la indiferencia invicta de Jenócrates, ni la triste postración de Tíbulo, pero ni siquiera el arrobamiento del Monje de que nos habla San Juan Climaco, el cual "mirando la hermosura y gracia de los cuerpos, sentía levantarse su espíritu á la mayor admiración por la gloria del Artífice Soberano, y con ese espectáculo se encendía más en su amor y se derretía en lágrimas; siendo cosa de pasmo ver, como lo que en otro fuera desafiadero y escándalo, en este, sobre toda la naturaleza, era materia de merecimiento y de corona."

III

Después de tan loco fantasear sin poder explicarme esa lucha entre mi corazón, ya proclive á encenagarse, y mi espíritu, negado á sufrir que se desmenguie su celestial alteza, óbrase en mí un curioso equilibrio, que degenera á poco en una especie de compasión; y siento ya, que cuanto me mortifica es ver cómo esa desdichada pone en espectáculo su belleza, y pide por su pública exhibición un tristísimo precio; cómo, después, obligada por éste, hace que las contorsiones bufas del histrionismo degraden toda la solemnidad de su cumplida belleza, empeñada así en mostrarse, no ya á la admiración, sino al deseo; y finalmente cómo, desmañada, no concibe que, si el Cielo la hizo á tal grado bella, le dio con esto la mayor de las distinciones, la alzó más grande que la más grande de las Reinas, y tan noble y prestigiosa, como aquella Helena, á quien los ancianos de Troya saludaban llenos de respeto y cariño. Pero, si llego aquí, si logro elevarla siquiera á tal categoría, mi entusiasmo renace, y crece, y me lleva hasta el delirio. Finjomela rendida, desplomada entre mis brazos. Negrísimas las desatadas crenchas, cortan en vívido matiz la blancura de su frente y cuello, contraste que así atrae mis ojos como cautiva mi pecho; desmayados sus párpados, velan toda la luz de su alma, subida por un momento á sus ojos; el calor de su corazón le enciende las mejillas, y anhelo de amor, esencia palpable de sus gracias, brota en suspiros por sus labios, de entre perlas que deslumbra con su blancura y rosas que embriagan con su ambiente. Toda ella me está entregada, y con el inmenso tesoro de su belleza me imagino feliz, el más feliz de los mortales, casi un Dios.

Pero de repente la odiosa comitiva de sus extravíos pasa y se interpone entre ella y mi espíritu. El frío de la repulsión discurre en seguida por todos mis miembros, y mi amor divino vuela á buscar el ángel con que está desposada mi fantasía. Aquel cuerpo, aquella carne se me aparece la de una Ménade, despojo ya de los Faunos y los Sátiros, no la de Psiquis, cubierta de rubor, y temblando y vertiendo la lámpara, al percibir que su amante dormía desnudo. Es

sólo un hermoso cuerpo, no una mujer. El ideal no encuentra en todas sus gracias un punto de donde partir. Cobre desnudo, hasta le falta el falaz baño de oro que da una culpable educación ó una espontánea coquetería. Se comprende que admite á los amantes, como el cementerio á los cadáveres, anticipándoles el olvido y la indiferencia, y que su seno, si cáliz admirablemente modelado, resulta, al tocárselo, macizo y sin capacidad para la embriaguez. Difícilmente se escaparían de él ni los vapores ruborosos de la castidad, ni los prolongados deliquios del amor.

Y casi lo bendigo, porque, si yo pudiera por un instante, por un solo instante, reconstituir la virtud en esa mujer, caería sobre mi alma el más cruel remordimiento, tendría que llorar mi inocencia perdida, mi corazón prodigado, no concibiendo que á tamaña hermosura debiera ofrendarse nada que el ceno de este mundo hubiese perecido. Mi fantasía sobreexcitada de esa manera va algunas veces hasta arrancar á su alma impura aquel cuerpo divino para darlo á la mujer primera que interesó mi bisoño corazón; y entonces, cuán pequeño me miro delante de esa mujer!

¡Cruel, crudelísimo amor este, en cuyo pábullo entra siempre el desprecio por el bien amado, y que no puede adormirse, ni dilatándose en los sentidos, ni retrayéndose al corazón; que tiene que esconderse como una joya mal habida, como una mancha de lepra!

IV

¿Será que la lectura y el estudio presenten nuevos rumbos al pensamiento, y que el arte, una vez concebido, nos preste facultades delicadas é imperiosas en que quepan pasiones indefinidas, tormento de la mente y el corazón? ¡Ay! ¡y cuántos á la verdad no habrán muerto ó enloquecido hostigados por una aspiración, perceptiblemente caprichosa, que vuela en el infinito, sin encontrar jamás donde posarse; que pretende con esmero ahínco hallar en una mujer de pura carne aquel perfume oculto de la belleza celestial, como increíble y curiosamente lo llamó el poeta amante de Lucrecia Borgia! ¡Pobre Gottschalk condenado, según decía uno de sus mejores amigos, á amar con vergüenza y sin esperanzas, el cuerpo, sólo el cuerpo, de una trapezista! ¡Pobre Giorgione, que no pudiste consolarte de la pérdida de aquel colorido y aquellas líneas que te había robado el Morto da Feltro, y que, aun devueltas, no habrían podido existir para tus ojos!

Ya en este camino, siento que, para reconciliarme con su ofensivo recuerdo, bastaría un cambio que pudiera presentármela dignificada bajo cualquier aspecto, por ejemplo el de la pintura. Así, dóime á suponerme, quizás con mayor insulto para mi cariño, durmiendo en su regazo á un chiquitín, que le sonríe balbuciendo su vaguísimo amor, y con sus manecitas inciertas le aja las gasas ondeantes del seno, en busca de aquel corazón que él oye repetirle sin descanso, *todo tuyo! todo tuyo! todo tuyo!* Mírola, orgullosa de la instintiva gratitud de aquella criatura, dar á su hermoso rostro la expresión llena de beatífica dignidad con que lo unge, puede decirse así, el amor materno; y esa expresión, visible para cada uno, pero sólo debidamente apreciable para el pincel, me la trueca en una Madonna, y la juzgo rehabilitada y la otorgo mi respeto y estimación.

Teniendo en sus brazos á ese mismo niño, no ya exuberante de salud, sino moribundo, imagíneme verla también. Su pálido rostro es el espejo de aquellas angustias; su corazón se empeña en acordar el ritmo de la vida á los espasmos de aquel estertor, en la esperanza siquiera de hacerlos durar ó cesar juntos; muda, solemnemente muda, atesora en sus

ojos la elocuencia toda humana de dos lágrimas que los embellecen más, duplicándoles el punto luminoso, y que, vueltas al Cielo, parecen clamar eficazmente por misericordia y auxilio. Esa conjunción en tan hermosa faz de las tres expresiones: del amor materno, del dolor y de la esperanza, sería, á no dudarse, asunto digno del pincel de Dolce, y reconociéndolo, bórranse mis crueles recuerdos eclipsados ante la imagen luminosa de esa transfiguración, obrada por el sentimiento más puro y transmitida al lienzo por el arte más elevado.

V

Pero ni fue tampoco sino de este, de donde partió Diotima para alcanzar el amor que expone Sócrates en el banquete de Agathon y que, revelado al mundo por el maestro de la Academia, corre por él con su divino nombre. Aquella mujer, *sabía en amor y en muchas otras cosas*, había logrado penetrar cómo Policleto, Fidias y Praxiteles, al esculpir una Diosa, sentían guiado su cincel por un amor ultraterreno, que les daba extrema lucidez para la concepción de la belleza acabada. Así las historias de Pigmalión y de Clitopho de Selembría no eran fábulas, por el contrario, tenían que repetirse en cada artista, como que sólo de tal manera podía él comunicar á los otros hombres esa admiración que nos lleva hasta admitir una alma de Diosa, impenetrable por eso para nosotros, en un pedazo de mármol inerte y frío, cuya solemne impasibilidad, ya prenda segura de ileción y pureza, ofrece asidero á esas codicias vagamente plácidas en que se mece el espíritu, sublimado á impulsos de su solo *Aroma*, y, por tal modo, independiente de un cuerpo influido sin cesar de la atracción terrena que le imponen su pesadez y corruptibilidad.

Y Grecia tenía que ser la divulgadora de ese amor, homenaje desinteresado á la belleza corporal. Entra casi en la Historia traída por él, y se la ve con una flota de mil doscientas naves, y un ejército de cien mil hombres ir, por recuperar los hechizos de una mujer liviana y adúltera, á destruir un poderoso imperio. Hace más, incorpora á su melodiosa lengua tan singular hazaña, y la transmite sin descanso á la posteridad, para eterna consagración de su genio y de su innato culto á la belleza. Porque, ciertamente, ya dejará de saberse que hubo una Helena, cuando en el mundo deje de sentirse que hay un Homero.

VI

Y ¿podría por ventura erigirse platónico mi amor á la corista? Tampoco, porque si tal fuera, me sentiría sumido en una deleitosa apacibilidad, no experimentara esta desazón, este empeño de tener siempre su belleza en el fondo de los ojos y su desprecio en el fondo del alma.

Tengo que reconocer, sin embargo, que la amo de una ú otra manera, y que no encuentro ya más obstáculo para confesarlo paladinamente, sino ver sus gracias desprovistas de aquel sello dado por Fidias á sus obras, en el propósito de *hacerles inspirar más devoción que la que el culto mismo prescribía*. (2)

Me irrita, me exaspera la imposibilidad de darle, ó por lo menos de concederle, fingiéndomelos, el candor de la inocencia ó la sobrehumana coquetería del pudor. Siendo tan bella ¿cómo admitir que no guarde algo de celeste? ¿No es acaso la belleza el atributo cardinal de cuanto concebimos divino? Ah! sí, y el hombre no adquiere completamente la idea de ella, sin darle á la par una tendencia á levantarse del suelo y cernirse sublime en el espacio. De ahí que Grecia, al tener una hija, por la devolución de cuyos encantos se acen-

bildaban todos sus caudillos, y en cuyo renombre se inspiraban después Homero y Zeuxis, la hiciera venir de un sér alado, de un cisne; como más tarde otro pueblo, al caer de rodillas ante el tipo acabado de la belleza moral, lo hará descender de una paloma. En uno y otro caso, ora concibiendo lo bello, ora concibiendo lo bueno, el hombre, urgido inexorablemente por su doble naturaleza, ha tenido que apelar á las alas para explicar el elevado culto que, con natural fervor, acordará siempre á aquellas dos singulares perfecciones.

Siento que principio en este instante á comprender aquella vaguísima expresión del caballero neoplatónico de la corte, no recuerdo si de Urbino ó de Ferrara (3), quien, modificando ligeramente una idea de Plotino, asentaba con aplauso, que *la belleza era sólo el trofeo de la victoria del alma*. Concebía, pues, sin residencia en la forma corporal, y la hacía nacer de las fuerzas del espíritu. El amor, con sus extraños caprichos, casi se declara de esa opinión, lucidamente corroborada por el hecho de sentir nosotros, con no poca frecuencia, que la mujer en abstracto, y aun las galas femeninas anónimas, y hasta un bello nombre, sin apellido ni nada que lo explique, bastan á despertar y hacer difundir en nuestro barro la dulce esencia del alma florentísima. ¿Quién negaría eso? ¿Quién diría que no ha sentido nunca bajar á su sér, huérfano y viudo, una emoción incierta, dilatada, aromal tal vez, en cuyo fondo hay siempre una mujer, en la expresión indefinida y lata del nombre, que ni aun de esa manera dejó de ser *álgo derramado*, como dice el rey sapientísimo? ¿Quién no ha visto á ese carifantasma fantasma señalarle algo más allá, desconocido y nebuloso, anhelo sin límites apreciables, amargo deleite, dulce escozor que yo quisiera comparar á los dolores llorados por la Música?

VII

Pero, acortemos el vuelo y descendamos! Si no me siento conforme con el tesoro de aquellas gracias, cuya posesión recelo que ha de ser la tumba del hechizo y arrebató que me inspiran ¿estaré acaso limitándome á los beatíficos anhelos del Dante? No, lo que ambiciono, lo que pido es la suma de esas dos dichas: la posesión de las dos bellezas, la física y la moral, del materialismo y el idealismo, de la flor y el aroma, del fuego y de la luz.

Si los ojos, el sentido de más extensión, tienen por fondo y límite inevitables ese horizonte en que aparecen tocándose el cielo y la tierra ¿cómo esperar que el hombre, esencialmente sensualista, dé á sus ideas otra senda y otro límite; ni cómo, querer así que no ame conjuntamente el cuerpo y el alma?

Ah! fuerza es convencerse, para los galeotes de este misero lodo la belleza acabada no puede existir exclusivamente ni en el Cielo ni en la tierra. Cuando más existirá flotando entre ambos.

Sí; entre ambos, y por eso, no acertarán mucho los Condores del pensamiento que por buscarla, se pierdan entre las nubes, y dejen de ver las flores y de oír el ruiseñor, y de sentir la dulce tibieza de esta atmósfera. Por eso, errarán también los Leones de la idea que sólo se aplazcan en husmear voluptuosamente el suelo, sin ver las nubes tornadizas, ni las aves que pasan ni las estrellas que apuntan. Por eso, sólo estarán en razón los que, como la alondra, se alzan de la Tierra á saludar el sol, sin olvidar la poesía del nido en el bosque; los que, como el rocío, que descende del Cielo clamado por las flores, se conserven siempre en actitud de remontar á la primera caricia del Sol.

(3) Baltasar Castiglione, autor del *Diálogo del Cortesano*.

(2) Palabras de Quintiliano.



UDALRICH Y BOZENA - Cuadro de E. Zenisek

VIII

El gran mérito del escritor está en abrazar lo más que pueda en pocas palabras é imágenes; en interesar el corazón hasta adolorirlo y el pensamiento hasta arrebatarlo. Si os sentís poseídos de la omnipotencia que llaman talento, estáis en definitiva condenados á hacer oro cuanto toquéis. En vano concebís á Vulcano herrero y cojo, tenéis que hacerlo Dios, en vano decís de las Euménides que son zafias y van desgrefiadas, tenéis que añadir que son vírgenes. Cuasimodo puede presentarse deforme y mísero, pero al punto le halláis sagrario del más puro y noble amor. Eso está en vuestra naturaleza de taumaturgos. Ni cómo tampoco romper el hilo sin término, que ata la percepción al pensamiento? Si veis la oruga hórrida y tarda ¿cómo valeros, para que al instante no revuele en vuestra fantasía la mariposa ágil y abigarrada, y tras ella la imagen encantadora de Psiquis? Si percibís la nube negra preñada del rayo, ¿cómo impedir que surja en vuestra mente el iris hechicero, y tras él la promesa consoladora de lo alto? ¿Habráis de negar que en vuestro pensamiento, singularmente dotado por la naturaleza y enriquecido tal vez por la instrucción, existe un impulso estético, inevitable é irresistible, que os hace ver las cosas no como son, sino como ese mismo pensamiento, móvil y exaltable, os obliga á verlas?

Cuando os ponéis á escribir ¿se os ocurre pensar, por ventura, que vuestro corazón es sólo un músculo que os golpea el pecho, y que la mujer que lo embriaga es sólo la hembra de vuestra especie? De ninguna manera: en ese instante todo en torno ha perdido su aspecto material, todo, hasta la palabra misma: la *pluma* no es ya el instrumento de que os valéis, sino *el lenguaje* que usáis, y aun á este mismo rehuís llamarle por tal nombre, y le decís *estilo*, dándole, con cierta graciosa afectación, una magia que bien pudiera creerse idealismo, ya que entra por mucho en vuestro propósito llevar un poco de él á la comprensión del lector, á quien desde la primera plumada habéis ofrecido el anca de vuestro Pegaso. Y después de haber escrito ¿la página obtenida será solo una hoja material de papel, garrapateada de negro? ¿No será á la vez la expresión de vuestras ideas, de vuestros juicios, de vuestros razonamientos, inadmisibles en conciencia como cosa simplemente terrenal? ¿Hallaríais, en ningún caso, que un libro pudiese dejar de ser un alma?

IX

Ya es también embarazar las facultades eso de ceñirlas cuanto se pueda á la percepción, como eso de desterrarlas á las nubes, condenándolas á vagar sin posarse jamás. Si para cada cual, acá *inter nos*, esas facultades son una bandada de águilas ¿por qué no admitir que alternativamente se posen asidas con sus garras ó se ciernan robustas en sus alas, cuando de una ú otra manera se las ve en la altura y con la cabeza dirigida al Cielo?

Buscáis la verdad, sí; pero también la gracia, y os empeñáis, á pesar de ello, en disolver su unión, negándoos á seguir el na-

tural eclecticismo que surge del consorcio de la razón y la fantasía, alojado sin contrariedad en nuestro cerebro.

No es que se os niegue siquiera el uso del abono negro y repulsivo. No, bien podéis emplearlo, pero á condición de producir la flor más colorida y fragante, y la fruta más dulce y delicada; es decir, á condición de transformar, de idealizar. Esquilo, para encajear, con el más humano toque, el dolor de Gilisa la hace decir, cómo Orestes, cuya muerte acaba de anunciársele, siendo niño,



UN SECRETO

por las bien sabidas flaquezas de tal edad, la había condenado, sin repugnancia de parte de ella y antes bien con la plácida abnegación del afecto, á ser, además de nodriza, atareadísima lavandera; y eso á juicio de los cultos Atenienses lejos de innoble aparecía como la más delicada muestra de afecto y de ternura. Ya se ve, era un realismo, el más crudo ciertamente; pero presentado bajo las flores más cautivadoras del corazón!

X

Grata misión la de los escritores reducida á embellecer y reembellecer, á tomar, por decirlo así, el iris para formar la luz y esta para desplegarla luego en las siete bandas, hechizo de los ojos, en una palabra, á vagar de lo bello á lo sublime y viceversa, sin darse más descanso que posar ocasionalmente en lo gracioso, no abandonando así jamás la escala admitida en Estética. Eso, por lo menos, es cuanto se deduce de lo salvado y venido hasta nosotros en la múltiple literatura de las edades. Si la estudiamos, vemos que en sus producciones el realismo y el idealismo, ponderados en la medida que aceptan la sana razón y los sentimientos que todavía nos son comunes con

el primer hombre, campean siempre juntos, como hermanos que se estrechan para ayudarse.

En esas producciones, las diferencias de lo bello pueden compararse á las fisonómicas de las mujeres que nos agradan: existen en las circunstancias adjetivas de la expresión, el color etc., pero jamás en la sustantiva de la proporción y armonía pedidas por el agrado de los ojos y la plenitud del alma.

En ningún caso la profanación de las primeras, y sí en todo la de las segundas, es lo que ha de producir la deformidad, esa deformidad que, abusivamente al amparo de la teoría del Arte por el Arte, quiere introducirse hoy como belleza y admisible originalidad; acaso por un estragamiento del espíritu, comparable á aquel del paladar que nos lleva á sentir gratos el ají y las especias resquemantes.

Pero eso no es el arte, por lo menos el arte que pueda caber en el hombre y satisfaga al par sus dos naturalezas. Verdaderamente, nada que esté un punto bajo la dignidad de él, ni nada que exceda otro la vasta comprensión de su cerebro puede tomar aquel nombre, sino por usurpación.

Enhorabuena que así y todo nos digamos Poetas, pero cuidémonos de agregar siempre el calificativo *modernos*, en justo homenaje y reverencia á los llamados *Antiguos*, que diría yo eternos, en cuyo corto número no ha de incluirnos seguramente la posteridad, si persiste el criterio inmutable que, contra todo intento, ha logrado prevalecer en los últimos treinta siglos; que puedan mencionarse. Y tanto más probablemente cuanto que la hemos inducido, con el ejemplo, á despreciar todo lo pasado, y á crear sin calma escuelas y más escuelas, estableciendo, con pasmosa facilidad, una multitud de *bellos-absolutos*, extravagantes y antojadizos; y edificando, por tal manera, la futura Babel, en cuyas ruinas habrán de sepul-

tarse los queridísimos frutos de nuestro ingenio.

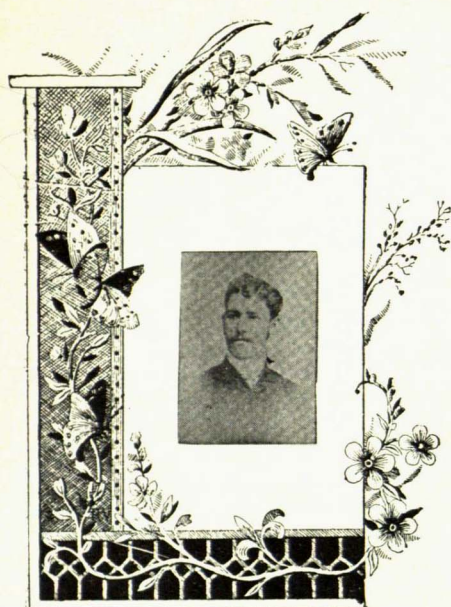
Pobre literatura, en lo que ha venido á parar! No obra ya del estudio de consagrados modelos, sino del simple capricho de la moda, tiene que cambiar en cada estación, y pasar luego y desaparecer con sus currutacos y figurines. Adios, inmortalidad! Adios, templo de la gloria! Oh! amables lectores de hoy! Gracias! Vosotros seréis los últimos que repitáis nuestros nombres, y que podáis jactaros de habernos entendido. Gracias! Gracias!

XI

Ah! cómo tengo que bendecir mi quimérico amor á la corista, curado desde el instante en que llegué á comprender que era sólo un alucinamiento, hijo de la capital aspiración del alma humana á amarlo bueno al través de lo bello; y cómo tengo también que agradecerle esta divagación en las regiones del Arte, que, así me ha entretenido, como refirmado en mis convicciones literarias!

P. ARISMENDI B.





GENIOS INDUSTRIALES

Por lo mismo que son genios los trata la suerte como los trata: á puntapiés.

Mientras los que ejercen industrias baladías como la *pediduría* de pesetas, por ejemplo, ó la confección de biografías baratas, celebran sus éxitos, el «industrial genio» parece de necesidad en medio de la indiferencia general.

El tranvía marcha, es decir, está parado en un desvío hace más de media hora; el colector y el cochero se entretienen en requebrar á una sirviente que viene en el carro, los pasajeros se impacientan, y mi *adláter*, un sujeto grave y pensativo, me dice:

—¿Le parece á usted soportable esto?

—No señor, no me parece.

—Pues todos estos vicios se extirpan con mi tranvía.

—¿El tranvía de usted?

—Sí, señor; tranvía automático, en el cual no se necesitan empleados de ninguna clase.

—¿Y cuándo se realizará eso?

—Ahí está la cuestión. Hace diez y ocho años que vengo consagrado á la realización de esa idea, en absoluto, sin ocuparme de más nada.

—De manera que usted no trabaja.....

—No; por ahora me ocupo de formar la compañía. Treinta y siete Ministros me han ofrecido su protección sucesivamente.

—Y nada.....

—Nada.....Amigo, ese es el país..... Como yo no he tenido con qué untar las ruedas del carro.....

—¿Qué carro?

—El de la protección oficial

—Usted sabrá lo que dice. Mientras tanto la esposa y los hijos de usted.....

—Ahí van viviendo. Ellos saben lo que tengo entre manos.

—Y tendrán fe en el tranvía automático. Eso debe ser muy alimenticio.

—Lo que le digo á usted es que mi día llegará.

Hay muchos «industriales genios» que están esperando su día.

Mientras éste llega van por ahí con los bolsillos llenos de proyectos, planos y croquis. Quien proyecta un ferrocarril, que partiendo de la Plaza Bolívar vaya á Upatá; quien un viaducto entre Galipán y El Chimborazo; quien la fabricación de ganado artificial. (Idea tomada de la de fabricación de pollos artificiales introducida aquí por un compatriota nuestro, de la misma familia.)

Uno de estos genios emprendedores ideó no sé qué empresa colosal, y al efecto ocurrió

á un rico comerciante, le detalló el proyecto, y le dijo á cómo le tocaba en las «bases económicas».

—Son muchos millones, exclamó el comerciante.

—Lo demás se hará por acciones, replicó el individuo emprendedor.

—¡Nó! contrarreplicó la presunta víctima.

—Dé usted un millón, pues.

—Tampoco.

—Medio.....

—No puedo.

—Un cuarto; es decir, doscientos cincuenta mil.....

—Los negocios están muy malos y.....

—Cincuenta mil, pues.....

—Mire; yo no quiero meterme en ciertas empresas.....

—Bueno.....Présteme cien pesos.

—Siento no servirlo; pero acabamos de hacer unos pagos que.....

—Caramba.....Déme un cigarro.

—Tome usted.....¿Fósforos?

—Tome usted.

—Abur.

No siempre los «genios industriales» se encuentran con ricos que son «genios» también. A veces dan con quien afloje los puños. Entonces el «empresario» recibe lo que sea, y el socio capitalista lo vuelve á ver en el valle de Josafat.

El «industrial genio» es verboso, enemigo de la rutina, progresista, innovador, y tiene siempre en la imaginación un negocio pingüe, que viene á ser también una reforma provechosa.

Modelo del género era don Proto.

Sólo una de sus creaciones citaré para que ustedes lo juzguen por ahí.

—Tengo pensado un negocio, me dijo un día.

—Cosa buena será.

—Se trata de una gran economía para las familias, y de asegurar la excelencia de un artículo de primera necesidad.

—A ver; ¿qué es lo que usted pretende?

—Alimentar las vacas con café para ordeñar «café con leche».

—¡Oh, gran Proto; ¡inmenso Proto! Las familias del presente y del porvenir lo bendecirán á usted!

JABINO.

NEGRURAS



CUÁNTO júbilo, cuánta algazara, cuánta explosión de ruidosa alegría en el Bulevar!

Dijérase que han terminado las desdichas, por no decir las vergüenzas nacionales. Mucha fiesta en la terraza, mucho bullicio en el «bar», mucho lujo á la puerta de los teatros; sa-raos, banquetes, animación inusitada, regocijo violento: un verdadero torbellino de vida nueva.

Los cronistas de gran talla en el periodismo parisiense saludan esa vida nueva con frases nuevas también; con las mismas frases que usaron el año pasado por esta misma época.

Nadie se acuerda de la negrura de esa gran infamia que pesa sobre la existencia del prisionero de la Isla del Diablo; nadie se acuerda de otras más recientes, pero no menos humillantes negruras—que deben callarse—París pasa cantando, haciendo guiños y *calembours* por sobre todo eso. Y vaya usted á ver por qué se olvida París de sus más íntimas dolencias? Porque ha sentido que le golpea la cara el primer sople de invierno, de un invierno crudo, seco, formidable, que se inaugura con una espantosa noche bajo cero.

Y en eso cifra París, *por ahora*, toda su felicidad: proscribire la tristeza, destierra la aflicción y condena á olvido perpetuo la desgracia.

Confieso, francamente, que no participo de la alegría del París que se divierte con el frío; pertenezco al número de los que aquí y en toda Europa ven el invierno tal como es en realidad: la estación más horrible del año.

Alguien ha llamado á estos días «los días negros» y es el calificativo más piadoso que se les puede aplicar. Son días que ponen miedo en el ánimo.

Se camina, mejor dicho se corre, para no helarse, por sobre montañas de nieve y lodo; y corriendo los pies se resisten aun á entrar en calor; las piernas se doblan; se llevan las narices rojas; las orejas se parten, ó se cree que no son de uno y estorban; los labios chorrean sangre; las manos tiritan entorpecidas y locas de dolor no encuentran á tiempo los bolsillos para guarecerse de los latigazos del frío.

Y todavía dicen que es «bello» el invierno. Bello,.... nó!... anti-estético.

Cuando llueve los hombres se arrollan enérgicamente los pantalones hasta el tobillo y así arrollados y empaquetados en los abrigos de pieles, de solapas que llegan á la nuca, parecen osos que huyen. Y las mujeres!... Las mujeres cuyas mejores formas y encantos desaparecen bajo las burdas capotas de astracán semejan líos de trapos dando saltitos y rebotes por entre los caballos humeantes y las ruedas sucias de los ómnibus.

Un ómnibus en día de lluvia ofrece un aspecto muy triste, casi siniestro. Como los paraguas abiertos se amontonan en el imperial y se balancean azotados por el viento, el ómnibus, de lejos, es un mismo carro fúnebre cuyos plumajes hacen vaiven entre los giros de la niebla.

Y ahora díganme ustedes cual es la belleza del invierno para el que no gasta coche, ni vive en grandes hoteles, ni va todas las noches al *foyer* de la Opera, ni se regala con banquetes á diario, ni posee muchos felpudos, muchas cubre-pies, muchas mantas y una renta fija para alimentar las cuatro ó cinco chimeneas de la casa, de esas chimeneas que consumen leña y carbón por toneladas.

El invierno tal vez sea hermoso para los ricos. Para los que traban lucha titánica con él y se defienden desesperados de su feroz invasión contando con una manta de lana y un brasero; para esos el invierno es algo así como la estación de la muerte: la estación de «los días negros» como la ha calificado el otro.

Salid á la calle!

Todo resulta borroso, gris, feo! el cielo, la tierra, los edificios, la gente que pasa temblando... Los cristales de las tiendas húmedos y empañados, el arroyo un fangal.

Las dos nutridas hileras de árboles de los Campos Eliseos, desnudos de hojas con sus numerosas, enmarañadas y tendidas ramas raquíticas, dan idea como de un ejército de esqueletos que elevaran sus descarnados brazos al cielo pidiendo misericordia; el Arco de la Estrella fijo, inmóvil, visto desde la Plaza de la Concordia dijérase un peñón siniestro agujereando el horizonte.

En vano lucha y se esfuerza el sol por enviar sus tibios rayos de piedad á los humanos: los agentes del invierno que se llaman nieve, lluvia, viento furioso y neblina invasora forman diques formidables en donde quiera que encuentran espacio para hacerlos y se ríen de la potencia del sol.

Así se explica que la entrada al Bosque produzca estremecimientos de pavor en el espíritu. El Bosque está solo y como envuelto en un sudario de sombras; y en sus más hermosas avenidas reina una tristeza vaga, un silencio solemne, el silencio de «la selva»



EL CATECISMO. — Cuadro de Muenier (Museo del Luxemburgo)

que agoniza... Y por ende han desaparecido de allí las carretelas cargadas de lujo; las orquestas de los kioscos al aire libre; las "falanges de valerosos ciclistas y los peatones "felices" y bulliciosos que ahora no encuentran donde meterse.

Los que *pueden* van á señorear esa felicidad siempre triunfante en los palcos de los teatros. Los demás van al Bulevar.

Pero el Bulevar es inicu. Los que enterados de sus vergüenzas que á veces tienen fulgores de mentira adorable, hemos acabado por odiarlo, nos refugiamos en la honesta tertulia, ó nos quedamos al amor de la lumbre. Y después de todo, es la mejor manera de pasar el invierno: contemplándolo á través de las ventanas... Viendo con cierto regocijo, acaso con verdadero egoísmo, todo borroso, todo gris: el cielo, la tierra, los edificios, los omnibuses que parecen carros fúnebres llenos de gente viva, bamboleando los paraguas como plumajes siniestros en los altos imperiales; los hombres corriendo; las mujeres rebotando como paquetes mal liados sobre el adoquinado sucio; y todo el mundo á prisa, temblando sin encontrar á tiempo los bolsillos para guardarse las manos latigueadas por el frío...

..... Aunque mayor y más grande sería mi regocijo si en vez de esos grupos de desconocidos que van por ahí helándose, fueran otros muchos que yo conozco; á quienes quisiera ver con los dientes "castañeteando," las narices amoratadas, las orejas partidas, y no ya con los labios sino con el corazón chorreando sangre en abundancia.....

MIGUEL EDUARDO PARDO.

PARIS-CARACAS



Il n'y a point de semaine au Palais de justice sans enfant martyr, ha dicho un cronista. Cuando transcurren veinte y cuatro horas sin saberse que un niño ha sido inicua-mente martirizado, puede decirse que París ha perdido el día . . .

París vive ensimismado en la lectura de los terroríficos folletines que se llaman *Lucía Guyon*, *Juana Deblander* y *Germania Deblander*, entre otras niñas muertas por sus padres: Lucía, arrojada por la ventana de un piso quinto; Juana y Germania Deblander, *escupidas* á un foso de las fortificaciones y machacadas á pedradas. Allí en el foso, alrededor de los cadáveres de las pobres niñas, entre despojos de trituradas carnes y enjambres de ventrudas moscas que las picaban, destacábase la boina de la niña más pequeña y el bordado encaje de su blanca enaguilla.

Es humillante para la humana especie la descripción de los brutales atropellos que diariamente se cometen contra infelices criaturas, privadas de toda defensa. El descubrimiento del asesinato de la niña Lucía Guyon fue como el punto de partida de otros descubrimientos dolorosos y aterradores . . . El asesinato de Juana y Germania Deblander es de una crueldad inaudita.

"Las dos pequeñas—ha declarado el parri- cida—se quedaron dormidas al pie de las forti-

caciones. De repente tomé una resolución, y cogiendo á Germania por la pierna y el brazo derechos, la arrojé al foso. No gritó. Pero despertada de repente, fijó en mí sus grandes ojos, abiertos por el espanto. Hice lo mismo con Juana. Luégo, oi. Ningún ruido subió del fondo . . ."

No repuestos del terror que nos causó esta horrible visión, descubrióse el espantoso martirio del niño Desjardins, vilmente maltratado durante cinco años. Renovando el suplicio de Tántalo, el padre le acercaba á la boca, sin dejárselo beber, un vaso de agua; y la madre le enseñaba un cartucho de bombones cuando el chico tenía un hambre devoradora . . . Maltratado atrocemente, privado de comida y bebida, el chico rompía á llorar; y entonces, temerosos de que se alarmase la vecindad, los padres le obligaban á cantar en el balcón;—y cuentan los vecinos que había sollozos en el fondo del triste cantar! . . .

Los niños sacrificados por sus padres son un terrorífico folletín que se saborea con fruición: pero sin el piadoso sentimiento y sin el reflexivo dolor que tenemos los que sabemos lo que es sufrir, cuando recordamos á la pobre niña que echada por su padre al fondo de un pozo seco, vivió allí varios días, con las pierne-cillas rotas, viendo con espanto el ir y venir de unas ratas enormes que se acercaban á ella, y el cauteloso andar de una culebra que se arrastraba entre los hierbajes; y con mayor espanto aún, cuando alzaba la vista para implorar misericordia al cielo sordo, la espeluznante negrura de viscosa y velluda araña, moviéndose en el fondo de su red, que tapaba la boca del pozo . . .

El más infame de todos los crímenes del siglo XIX es el crimen contra la infancia. Compréndese á Schopenhauer anatematizando el amor como fuente de vida de otros seres que han de ser tan infelices como los que les engendraron. Hasta se explica la doctrina de los que recomiendan y santifican la esterilidad en el matrimonio, porque la perversa raza humana no merece multiplicarse. Y rebuscando mucho podría hallarse una atenuación de la idea, hartos más grosera, que predice la extinción de la familia, porque son los hijos pesada carga de los padres y causa determinante del desbarajuste físico de nuestras modernas bellezas y hermosuras, que sacrifican todos los deberes en aras de las formas plásticas. Lo que no tiene posible explicación es que aumente de día en día la raza infantil, la especie de los malos padres que odian á los hijos, ninguno de los cuales pidió nacer, y que haciéndolos responsables de que hayan venido á este triste planeta, "á contribuir á las cargas de la menesterosa familia," los explotan

impíamente, al obligarles á trabajar como trabajan las personas mayores, cuando no les matan poco á poco, como mata el gato al ratón, ó lanzándolos á las fortificaciones cuando sobreviven á los malos tratos y martirios que chorrean sangre.

La explotación de la infancia ha llegado á ser tan general en París, que no sólo padres, sino también titulados empresarios, *alquilan* chicos, que se encallecen física y moralmente en brutales trabajos de doce y catorce horas diarias; y da pena el espectáculo de estos pobres niños, macilentos, raquíticos, prematuramente reflexivos, tristes y viejos, que pasan la infancia en un claustro para dar de comer á sus padres ó empresarios, y que son, con sus rugosas fisonomías, verdaderas miniaturas de la senectud.

Pero hay algo más odioso, á mi juicio. Extinguida de hecho, en París y buena parte de Francia, la institución del matrimonio—siendo así que no merecen tal nombre los enlaces que

responden exclusivamente á la conveniencia de los cónyuges,—el hombre y la mujer suelen hacer blanco de sus querellas á la prole que hubieron de otro ó de otros enlaces tornadizos y pasajeros.

Vivir mucho y vivir bien: hé aquí la concepción de la moderna sociedad parisiense, que, como Ugolino, se come á sus propios hijos; porque los hijos significan cuidados, trabajos, preocupaciones, coartación de la libertad, *sacrificio* en fin; y la refinada sociedad parisiense no ha averiguado todavía que el placer más refinado es el dolor, y que no hay *soirée*, ni teatro, ni *toilette*, ni nada que emocione tanto el corazón de una madre como la vista de la cuna, cuando, después de haber leído el terrorífico relato de un infanticidio, va de puntillas á cerciorarse de que su niño está dormido, de que duerme bien.

LUIS BONAFOUX.



NUESTRA CIVILIZACION Y SUS DETRACTORES

Ernesto Renán, en su "Histoire du peuple d'Israel," tomo I, pág. 64, hace observar el dato curioso de que toda civilización desarrollada y floreciente, en cuyo derredor existen pueblos menos civilizados, ó bárbaros ó nómades, ejerce sobre estas poblaciones dos influencias completamente contrarias: una de atracción y otra de repulsión. Verifícase la primera merced á las ventajas reales que una civilización mejor y más perfecta ofrece á una inferior, pobre y primitiva; y tiene lugar la segunda por cierto carácter de rudeza é inmoralidad que en ella encuentran. Hecho cuya existencia se comprueba en los árabes de Argelia quienes, aun reconociendo la superioridad material de la civilización francesa, sólo sienten por ella repugnancia y disgusto, porque dadas sus particulares concepciones sobre moral y sobre política, encuéntranla despojada de principios superiores y ofensiva para la dignidad humana.

La observación es exacta, y este fenómeno no sólo se verifica entre los pueblos bárbaros que merodean en torno á civilizaciones más perfectas, sino también entre los hombres civilizados que viven en el seno de la misma civilización.

En efecto; en medio al tejido prodigioso de contradicciones que forma la conciencia del hombre moderno, hay motivo suficiente para que existan sentimientos también contradictorios respecto á nuestra civilización. Enamorado rendidos del dogma del progreso, creemos que todo el mundo está satisfecho con los beneficios de nuestra civilización, cuando en el fondo de todos los espíritus palpita dolorosamente, si no un sentimiento de repugnancia, de desprecio por nuestra civilización, si al menos una inquietud torturante.

Bajo el punto de vista de las necesidades de la vida material, nadie puede negar que nuestra civilización es excelente; excepción hecha de algún Ruskin chiflado que proteste contra los ferrocarriles y las aplicaciones de la mecánica porque ellas destruyen la belleza de

la vida; ó de un Tolstoi que afirme que todo ello es inútil porque no contribuye á resolver el problema moral. De resto todo el mundo está satisfecho de nuestro progreso creciente; y si alguna queja se levanta contra él, ella es debida no al mérito de los bienes que él procura, sino á la desigualdad en la distribución de ellos; pues aun aquellos que más pequeña parte han recibido, lejos de rechazarla por pequeña, tratan por todos los medios de aumentarla, de multiplicarla; lo cual demuestra que la encuentran buena.

Juzguemos nuestra civilización bajo su aspecto moral.

Para muchos ella no es sino un semillero de vicios repugnantes y odiosos... de aquí que esos muchos vivan pensando en antiguas *edades de oro*...

Aunque nadie podría afirmar racionalmente que el hombre era más feliz antes que hoy; hay sin embargo en muchos espíritus una vaga inconformidad, quejosa de las condiciones morales en que viven.

Impresión instintiva insomitable hoy por hoy á ningún examen racional y riguroso y que por la misma causa ha producido fenómenos verdaderamente psico-páticos.

Uno de estos fenómenos nos lo presenta el eminente sabio, geógrafo, etnólogo y escritor brillante Eliseo Reclus en su obra "Les Primitifs." En ella el autor desarrolla la idea de que nuestro grado de civilización no nos autoriza á despreciar á los salvajes, y que en sus errores y en sus locuras debemos buscar el camino que ha trillado la humanidad para llegar á la razón.

"Estamos, agrega, muy habituados á mirar desdeñosamente, desde la altura de la civilización moderna el producto intelectual de los tiempos pasados, las maneras de sentir, de obrar y de pensar que caracterizan las colectividades humanas anteriores á nosotros; se ha imaginado que la etnología de los pueblos inferiores era un conjunto de divagaciones, de necias nimiedades, y ha llegado hasta á creerse que no ha habido inteligencia como la de nosotros, ni fórmulas morales como las nuestras."

Hasta aquí el más sereno espíritu de justicia ha informado las apreciaciones del autor; pero en el resto de la obra (1) el instinto se sobrepone á la razón; es incapaz de referirnos nada sobre el candor y la lealtad de alguna tribu salvaje, sin pensar en la falsedad y el hábito de la mentira propia á los hombres civilizados. No nos dice que sería mejor para nosotros ser salvajes como los esquimales; pero se conoce, por la aspereza de sus ironías, que

el hombre civilizado no le inspira sino repulsión, y que conserva todas sus simpatías por los *primitivos*.

Este estado de alma tan curioso de M. Reclus, es mucho más general de lo que se cree. Hay gran número de personas inteligentes, honradas, instruidas, que viven profundamente disgustadas del estado moral de la sociedad moderna, de la insaciable sed del dinero, de la falsedad, del egoísmo, de la falta de generosidad que caracterizan nuestras costumbres.

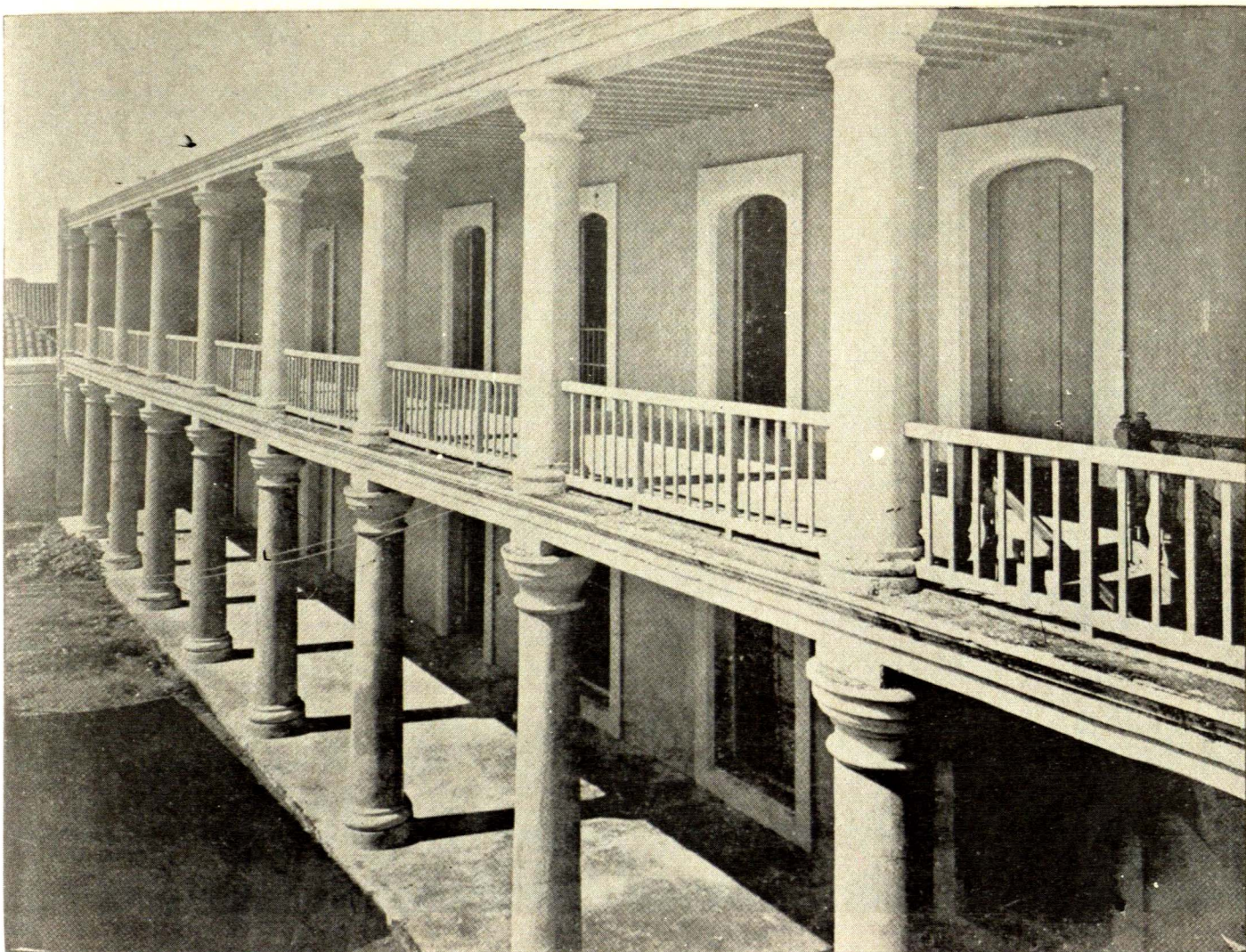
Si todos estos pesimistas no son capaces de expresar su disgusto con la ironía virulenta de M. Reclus, no por eso dejan de sentirlo. Así leen con verdadera avidez todos los libros que critican nuestros vicios; y no es aventurado suponer que el éxito literario de M. Tolstoi sea debido, más que á la reforma moral que él predica á sus invectivas contra los vicios modernos. De aquí también que la teoría anarquista, antes de los actos criminales de sus fanáticos, haya tenido prosélitos entre la gente instruida, pues que ella se anunciaba como una reforma moral.

Más todavía. El socialismo que es un movimiento político y social más que una reforma moral; que antes que todo quiere cambiar las instituciones políticas y el sistema económico, preocupándose muy poco de la moral humana, está también inficionado de ese disgusto por la moral contemporánea, lo cual constituye una de sus fuerzas; de aquí la contradicción fundamental que se observa en las ideas de Karl Marx.

Karl Marx hace justicia á los méritos intelectuales de la burocracia, á la obra colosal que ha realizado en virtud de la cual las ciencias, las artes, las industrias y el comercio han alcanzado tan prodigioso desarrollo; pero no ha comprendido que la burocracia ha producido también un progreso moral considerable; lejos de eso; la era burocrática la considera como una época de maravillosa prosperidad social; en cuanto á su moralidad, él no siente por ella sino profundo disgusto y desprecio, porque no ve en las costumbres burguesas sino egoísmo cínico y brutal. Disgusto tan marcado que llega hasta el punto de encontrar algo de ideal en la moral del feudalismo.

Este estado psíquico es más común de lo que parece; y está más intensamente pronunciado en el mundo científico alemán, entre los profesores de la Universidad y aun entre los hombres de letras. El sentimiento más común entre ellos es una antipatía profunda contra la plutocracia y el reino del dinero, contra el poder siempre creciente de las clases comerciales. Afirman que de allí dependerá la ruina moral de la civilización alemana; los ideales desaparecerán para dar paso á la innoble sed del dinero.

(1) Locus cit.



PALACIO MUNICIPAL. — Maricao. — (Galería del Oeste)

Examinemos el valor moral y social de estos sentimientos.

No hay duda de que la incontormidad es la madre del progreso; si hubiéramos estado siempre conformes con viajar en coche, no se habrían inventado los ferrocarriles, y si nos hubieran bastado los trenes de 30 kilómetros por hora, no habríamos llegado á los expresos; así la inconformidad moral puede ser un bien y expresar la aspiración á una moral superior.

Las críticas que á este orden de ideas se hacen, adolecen de un gran defecto, el de atacar el vicio en sí, sin considerar los males más graves que él puede evitar.

El mal puede ser en la sociedad en ciertos momentos un instrumento de bien, una conciliación momentánea entre un mal mayor y un bien futuro.

El salvaje que coloniza el inglés, por ejemplo, no miente, no roba, no es codicioso; cuando está bastante rico comparte sus riquezas con sus compañeros; el inglés, al contrario, es falso en los negocios, cruel con sus inferiores, implacable en la lucha por la riqueza, la sed del dinero lo atormenta.

Pero juzgar la moralidad de dos sociedades comparando el número de sus vicios, sin tener en cuenta las funciones que realizan, es tan absurdo como juzgar de la buena fabricación de dos instrumentos por sólo su aspecto, sin tener en cuenta el tiempo en que han sido empleados.

Se dice: la sociedad inglesa es más viciosa que una tribu indígena, por ejemplo; pero ella ha logrado asegurar la continuidad progresiva

de su existencia material y moral; ha protegido eficazmente un gran número de hombres contra muchos peligros exteriores: el hambre, las pestes, las catástrofes de la naturaleza, la miseria (2); ha ensanchado los horizontes de la conciencia moral é intelectual de millones de hombres, creando ciencias, artes, sectas religiosas y una moral complicada que va siempre en progreso. El primer derecho y el primer deber del hombre es progresar, crecer; podría entonces compararse la existencia precaria del indio salvaje que depende del capricho de la naturaleza y de sus compañeros, á la existencia garantizada y sólida de los pueblos civilizados?

Muchos de esos vicios, tan criticados, de la sociedad inglesa y de otras sociedades igualmente civilizadas, han sido precisamente condición necesaria que ha venido á facilitar la grandiosa organización de la vida social.

Cierto que la sed del dinero es un vicio repugnante, tanto más cuanto que tiene una progenie numerosa: perfidia, falsedad, hipocresía, crueldad; pero ese mismo vicio ha sido hasta hoy la más poderosa fuerza de actividad y de impulsión progresista.

(2) Nuestro eminente pensador Dr. Gil Fortoul, dice en una de sus notables conferencias: "No sólo se multiplican donde quiera los hospitales, asilos y casas de socorro bajo la protección de los Gobiernos, pero también se multiplica el número de individuos, pertenecientes á todas las clases sociales que consagran, unos la vida, otros su ciencia y todos parte de su fortuna á obras de caridad, de tal suerte que, en ninguna época de la historia ha prevalecido más que en la nuestra el sentimiento de la simpatía para con todos los desgraciados."

Curioso fenómeno: las ventajas de que hoy gozamos son fruto directo del trabajo, y resultado indirecto de esa avidez por el dinero que causa tanto disgusto y que es sin embargo la más poderosa impulsión al trabajo.

Condenar un vicio, sin reconocer la cantidad de bien que él puede producir en un momento histórico dado; es indicio de ligereza intelectual ó de una forma de moral verdaderamente *neuropática*.

Cuando Gautier y los Goncourt llamaban al burgués el *néant fluide* como reproche á la moral utilitarista, al amor al dinero, de esa clase social, no pensaron que el dinero distribuido por la aristocracia feudal á los artistas, era extraído, por la fuerza brutal del látigo, á los pobres obreros; en tanto que el capitalismo burgués ha introducido quizás el mayor progreso moral que se ha visto en la historia: la abolición de la violencia física entre individuos y clases.

Los críticos apasionados de la moral contemporánea, arguyen á esto, que ese progreso moral sólo es ventajoso al capitalista, que se llega á las puertas de su fábrica á los obreros que van á ofrecerle su trabajo. ¿Y qué más? Un estado de cosas en que el dueño puede organizar su trabajo sin *violencia*, produce naturalmente cierta suavidad en las costumbres, provechosa no sólo al capitalista sino también al obrero.

El capitalista moderno no sólo ha depuesto la espada y el látigo con los que forzaba al esclavo y al siervo al trabajo ímprobo, sino que se encuentra desarmado para reprimir las rebeliones de sus *esclavos voluntarios*. Verda



RIO CARIBE: El Caño. — Fotografía de Avril

deras carnicerías humanas tenían lugar cuando los esclavos y los siervos pedían su parte de derecho; hoy los obreros pueden organizarse tranquilamente en confederaciones internacionales. . . .

Muchos de los que protestan contra los vicios modernos y se complacen con las invectivas de los críticos *de efecto*; creense espíritus superiores y refinados que aspiran á una moralidad superior; ilusión muy natural en todos aquellos individuos que no están habituados á analizar profundamente sus conciencias. Porque lo que muchos llaman: repugnancia por el vicio, sólo es cierta antipatía mezclada de envidia por cualidades que no poseen.

El hombre se siente naturalmente inclinado á despreciar lo que no posee, y á considerar superior á todo aquello de que está en posesión.

Los que más han reprochado á la burguesía su sed de lucro, su degradante pasión por la riqueza, han sido aquellos que no se han sentido capaces de entregarse á esa ardiente persecución del dinero á la cual se entregan tantos hombres. Prefieren la vida tranquila de la reflexión y del trabajo intelectual, no porque desdeñen la riqueza, sino porque sus inclinaciones no los ponen en aptitud de conquistarla. De aquí que esos no lleguen nunca á ser ricos, y vean con dolor que los que poseen mucho dinero inspiran á la generalidad una admiración más sincera; de aquí se deriva naturalmente cierto celo, revestido con la forma, que en todos los espíritus orgullosos toma la envidia: el desprecio.

En otros casos lo que produce ese pretendido disgusto moral de la civilización es un sentimiento de pereza egoísta.

Hay en la vida cosas muy bellas y dignas de posesión: la gloria, el poder, el amor, la riqueza.

Pero todas estas cosas es necesario conquistarlas en luchas encarnizadas con aquellos que están resueltos á tomar también su parte; y muchos hombres, aun inteligentes, ó no, entran en esa lucha ó se retiran de ella deseperados.

Estado de alma muy común sobre todo entre los jóvenes que se inician en la vida con grandes aspiraciones y poca fuerza.

En los momentos de abatimiento pocos son los que comprenden la verdadera naturaleza de ese sentimiento para confesarse débiles y pusilánimes; el amor propio, ese gran *fantasma psicológico*, como lo llama Ferrero, les habla al oído y los persuade de que si no entran en esa lucha es porque no quieren conquistar bienes que nada valen y que sólo á precio de infinitas bajezas podrían lograrse, siendo la civilización una verdadera podredumbre donde sólo pueden vivir y prosperar los hombres desprovistos de todo sentido moral.

Para hacer la síntesis de estas humildes apreciaciones, cedemos la palabra á un sociólogo eminente:

"Sería un absurdo creer que hoy todo marcha bien y que hay razón para estar completamente satisfecho.

"El alma moderna manifiesta toda su grandeza en ver siempre horizontes infinitos al progreso moral y al progreso intelectual. La conciencia del porvenir, esa clarividencia de las sociedades, es hoy infinitamente más grande que

lo que era hace dos ó tres siglos; el porvenir nos preocupa, y una de las grandes fuerzas de nuestra época es el empeño que ponemos en precipitar los acontecimientos y las transformaciones sociales.

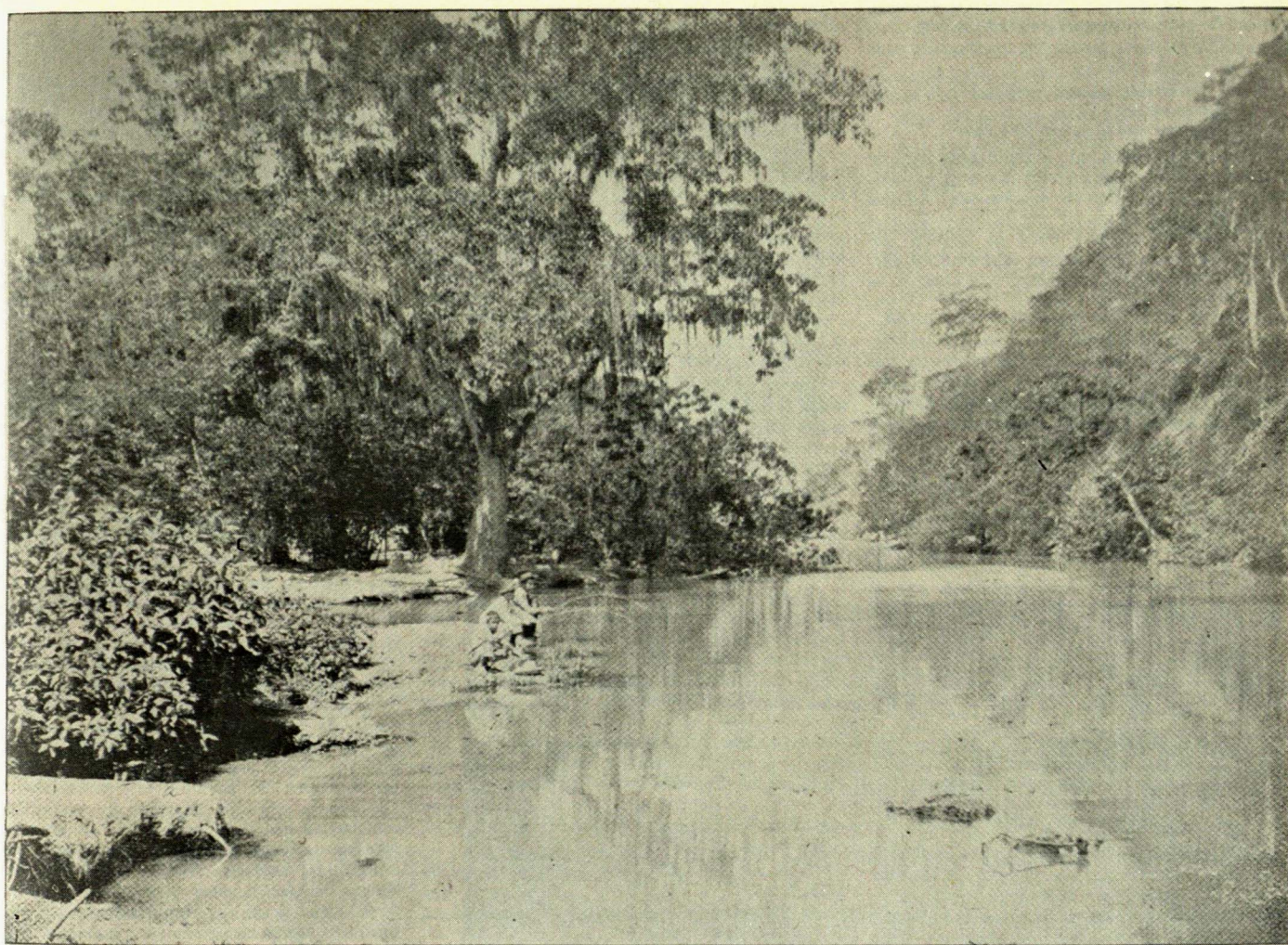
"Hemos comprendido que todo es susceptible de mejoramiento y con la esperanza de ese porvenir futuro trabajamos por vencer las dificultades del presente; en tanto que las épocas pasadas sólo se ocupaban del presente sin inquietarse un ápice por lo que viniera después.

"El diletantismo pesimista de filósofos, literatos y sabios no tiene nada que hacer con ese grande y noble afán que hace avanzar la humanidad en el camino del porvenir; ese diletantismo doloroso es más que todo disgusto egoísta por el presente que entusiasmo generoso por el porvenir; considera como vicios repugnantes esos sentimientos en virtud de los cuales la actividad humana ha alcanzado tan prodigioso desarrollo.

"Esos sentimientos pueden desagradar, pero mientras no se encuentren medios de hacer funcionar sin ellos la sociedad, no se tiene el derecho de considerarlos como vergüenzas sociales, desconociendo los servicios actuales que ellos nos prestan y los males mayores que nos han evitado.

"La incontormidad por nuestra civilización bien puede persistir, pues en ella estriba, sin duda, la razón de nuestro futuro progreso, excitando nuestros pensamientos y dirigiéndonos hacia mejores ideales; pero ese desprecio que se afecta hoy por nuestra civilización nos enerva y nos debilita.

La primera impulsa el movimiento evolutivo, el segundo lo paraliza.



ORILLAS DEL "NIBALDO." — Río Caribe. — Fotografía de Avril

Este diletantismo pesimista ha llegado hasta el punto de proclamar como ideal la moral del feudalismo en frases como ésta:

"La burocracia ha destruido las relaciones patriarcales é idílicas del feudalismo; ha roto los lazos feudales que sometían al hombre á sus superiores naturales, no dejando entre los hombres otro lazo que el interés brutal y el "salario." Ha apagado la santa exaltación religiosa y los entusiasmos caballerescos en el agua fría del cálculo egoísta.

"Ha calculado el precio de la dignidad personal y ha proclamado como única conquista: la libertad comercial sin escrúpulos."

Con tales apreciaciones, ¿á dónde llegaríamos? . . .

ELÍAS TORO.

Caracas: enero de 1899.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

(Poesías.—Caracas.—Tip. "El Cojo"—MDCCCXCVII)

Para el autor de las *Flores del Mal*—el más genial y el más esteta de los poetas del país de Francia—"la Poesía por poco que quiera reconcentrarse en sí misma, interrogar su alma, evocar sus recuerdos, no puede tener otro objeto sino la Poesía misma. Y ningún poema es tan noble, tan verdaderamente digno del nombre de poema, como aquel que haya sido escrito únicamente por el placer de escribir un poema."—El Poeta es un obrero consciente y sabio que educa la originalidad, trabaja pacientemente el verso y vive consagrado al culto de la Belleza, transmitiendo las emocio-

nes eséticas que su *yo* recibe, sin curarse de la Moral.—Y el Verso debe poseer la plástica armonía del mármol, las sonoridades de la nota, la sutileza del perfume y las coloraciones de la gama.

Los poetas que acogieron las teorías de Baudelaire, y en éxtasis místico adoraron la eternal Belleza, que "reina en el azul como una esfinge no comprendida—une un corazón de nieve á la blancura de los cisnes—odia el movimiento que rompe la línea y jamás llora y jamás ríe."—se apellidaron *parnasianos*.

Descendiente de esos nobles poetas es el colombiano Ismael Enrique Arciniegas. Pero Arciniegas, temperamento inquieto y rebelde de tropical, no ha conservado la impasibilidad de los maestros, y ha mezclado el vino de Samos del Parnaso con el vino del Rhin del Romanticismo y con el *absinthe* del Modernismo. Y de esa mezcla extraña, absurda, ha resultado un poeta original, que posee tres distintos modos poéticos.

Poesías, es uno como invernadero, donde un artista refinado cultivara exclusivamente tres familias de flores: *parnasianas*, *románticas* y *modernistas*.

El poeta parnasiano, invoca la Musa:

Oh Musa, de mis éxtasis testigo
En las oscuras noches desoladas.....
Al bañarme en la luz de tus miradas
De la carne el espíritu desligo.

De Grecia hermosa bajo el cielo amigo,
A la sombra de olímpicas arcadas,
Sobre las viejas ruinas olvidadas
Quiero soñar y meditar contigo.

Suélta al aire tu blanca vestidura;
Muestra á mis ojos las radiantes cimas,
Y ahuyéntame el rigor de hados adversos.

Traspórtame á región serena y pura;
Da á mis estrofas las brillantes rimas
Y pon frialdad de mármol en mis versos!

La musa parnasiana ha sido la inspiradora de las más brillantes poesías del tomo; sus caricias han engendrado: *Iglesia vacía*, *Edad Media*, *El Café*, *Cautiva*, *Mármol* y *Carne*, *Acuarela* y *Extática*, absolutamente bellas.

La rima de Arciniegas es rica, millonaria y musical: el léxico abundante, vigoroso y colorido. Tal parece en leyéndolo, que el poeta enfrasca la imaginación en la árida lectura de diccionarios, enciclopedias, obras técnicas, de ciencias y oficios, catálogos, libretos de museo, anuncios, para aumentar el repertorio de palabras conocidas, suerte de gimnasia que recomienda Banville en su *Tratado de poética francesa*.

El ritmo del verso ondula suavemente, con elegantes movimientos; el color es exacto, real. Composiciones hay que leídas en un crepúsculo de otoño, se desparraman por el aire con un melancólico rumor de besos, de hojas muertas, y las palabras al brotar de los labios impregnan el ambiente de un perfume voluptuoso y los versos tienen la tonalidad de los cielos otoñales.

Arciniegas, poeta erótico, es romántico, sinceramente romántico. Ama como los errantes trovadores de la Edad Media, que al pie de las almenadas torres, en el paroxismo pasional del amor, daban al viento sus amorosas baladas. Ama vestido de paje, paseando sus amores en la oscura noche, por las mis-

teriosas alamedas, donde su amada de rizas trenzas le cuenta lo que ha soñado en sus noches, sus imposibles quimeras, sus ternuras, sus tristezas y él le narra

Cuentos de hermosas princesas
Enamoradas de pajes
Que han muerto de amor por ellas.

Sus versos eróticos son voluptuosos, pero de una voluptuosidad sana y viril, sin satánicas alucinaciones de histérico ni monstruosas lujurias de sátiro.

Ensueño, Su Alcoba, Para tu corpiño, Su Corsé, son himnos venusinos, dithirambos perfumados en rosa, que cantan la Forma y la Carne, bella y virgen.

El poeta modernista ha creado entre otras magníficas piezas, *En Colonia y Tropical*.

En Colonia, tiene la nebulosidad característica de la poesía germana, de tristeza pujante, de un color local tan exacto que alucina y más parece creación de un Heine bebedor de cerveza y enamorado de Loreley—el hada de los cabellos verde alga—que inspiración de un colombiano; y *Tropical* la más vigorosa de las poesías del tomo, un poema *naturista*. El poeta sintió palpar la Vida en el combado vientre de la Tierra ubérrima, fecundada por el Buen Sol, y admirable artista, ritmó sus palpitaciones, copiando hasta el más leve y desleído de los tonos y arrancando á la sonante selva su himno de epilépticas armonías; respiró el ambiente lujurante del trópico, en la hora meridiana, cuando ebrio de voluptuosidad el Sér desfallece, en tanto que

Pan jadea, de líbricos ardores
Henchido el pecho, bajo el cielo urente.....
Y pasa un soplo vívido y ardiente
Fecundados los nidos y las flores.

Cuando terminé de leer *Poesías*, el joyante libro de Ismael Enrique Arciniegas, en la calma de un día estival, las impresiones producidas eran de estatuas gloriosamente blancas, de lienzos suavemente coloridos, de perfumes sutilmente carnales, y de melancólicas sinfonías de violines lejanos.

TULIO M. CESTERO.

DIA LLUVIOSO



VIGO. Es la España, es Galicia, un rincón viviente y poco conocido de los franceses. En cambio, abundan en él los ingleses, los cuales llegan allí, ó á embarcarse para su país, ó á continuar su viaje á través de España, por Santiago de Compostela, la antigua peregrinación romántica y cristiana.

En Vigo he pasado un día inolvidable. Ya he hablado de la guerra y de los *repatriados* españoles. Necesito insistir acerca de tan interesante asunto, cuyo solo recuerdo oprime el corazón.

Desde la víspera de aquel día, el vapor *San Francisco*, de la línea de Barcelona, había llegado al puerto, trayendo á la patria los soldados del batallón del Principado, los del batallón de Córdova y mil trescientos hombres de Cuba y Puerto Rico, que volvían á ver á su tierra, con indecible emoción. Nunca son más dichosos los niños que cuando ven realizada la esperanza desesperante de encontrar de nuevo á la madre!

Veo pasar los soldados en uniforme de gala, ceñida la cofia del blanco *ros*, marchando á compás de las músicas del 379, por delante del Capitán General de la Coruña, que ha venido al encuentro de los que vuelven á la patria.

Es preciso oír esa palabra: *los repatriados*,

para comprender cuánta melancolía y cuántas esperanzas encierra!

Allí están, sobre el gran vapor que lleva el pabellón español, por sobre una banderola amarilla. Ya van á descender; ya está en la Aduana el Estado Mayor, aguardando el desembarco de los oficiales.

En pie al principio, se hacen llevar bancos y sillas, uno ó dos *rocking chairs*, y conversan en tanto fuman sus pitillos. Veo hacia el horizonte cómo el vapor destaca su masa negra sobre la mar gris,—gris, porque esta mañana amenaza lluvia; gris de reflejos verdes, verde esmeralda. Cerca del *San Francisco* hay anclado un vapor inglés, y al lado, más pequeño, elegante, grácil, un barquillo lleva el tricolor francés, que bate al viento con chasquidos de fusilería.

Gentes del pueblo cubiertas con la boina de sombría lana azul, rodean lentamente á los oficiales que charlan. Los miran. Miradas al parecer indiferentes, sin embargo de ser curiosas, pensativas acaso. Los imberbes y gallardos oficiales se envuelven en sus impermeables. Uno de ellos lleva en la mano un libro de cubierta ilustrada con el retrato del autor. Observo: es el retrato de Lamartine. El libro es una traducción de *Rafael* y de *Graziela*.

De pronto, sobre la silueta de ese grupo de pantalones rojos, se destaca una fila de soldados vestidos de gris, tirado sobre la frente un bonete redondo de galones rojos, fila que lleva, del lado del muelle, parihuelas de lona para trasportar los heridos y los enfermos, y otras de cuero para los muertos. Son los enfermeros, que van hacia una barraca de tela sobre la cual flota la bandera blanca, de roja cruz, de la Convención de Ginebra, el triste y consolador pabellón de las ambulancias, que me hace recordar las mujeres de Francia y el sitio de París.

Nada más siniestro que esa larga teoría de ambulancias que va hacia la orilla con sus parihuelas vacías, como van los pescadores á la pesca. Quizá no pasará una hora sin que haya dentro de esa tela rayada de azul, dolientes moribundos. Abren paso ante las ambulancias los cordones de carabineros, calado el tricornio de cuero, tirada á la espalda la capota de paño, ceñido el pecho por el amarillo correa. Los carabineros están ahí para contener la turba. Dan paso á las parihuelas, porque los vivos deben dejar pasar á los agonizantes.

Permanezco allí contemplando aquel espectáculo, repitiéndome: "hé ahí los detritus de la guerra."

La mar arroja á la pobre España sus soldados, como después de una tempestad arroja despojos á la playa!

~

Pero todavía son bravos, ellos, los soldados de firme corazón y cabeza erguida, los repatriados que saben morir y que aún saben combatir. Acabo de verlos. La lluvia ha retenido á bordo á esos batallones que los habitantes de Vigo quisieran aclamar, regociar por su devoción, darles gracias en nombre de un pueblo, sin pensar en que ha sido adversa la fortuna. Para ir á verlos tomé una barca, gracias á la benevolencia del distinguido oficial que comanda el batallón del Principado de Asturias.

Una hora antes había visitado, cerca de la *Tabacalería*, el hospital militar, en donde se encuentran los enfermos, recogidos á un antiguo convento de paredes emblanquecidas con cal, de aspecto repulsivo, espesos muros, ornados de blasones, con una figura de santo esculpida sobre la puerta, horadados por ventanas de férreas rejillas, desde donde, en 1809, llovía fuego sobre los franceses; pintoresco el interior, con su jardín de vivaces flores, que mezclan su aroma á las emanaciones del ácido fénico. Cuántos miserables en los lechos de ese Hospital Militar! Una rápida mirada

sobre las salas os llenas de piedad. Pálidos, amarillos, moribundos, silenciosos, los repatriados que vienen á pedir un asilo, quizá una tumba, á la patria, están tendidos allí, os siguen con sus grandes ojos negros, muy tristes, en manera alguna admirados, ni siquiera dolientes: indiferentes y resignados. La muerte es una redentora.

Hay cuerpos humanos que tienen ya la *facies* cadavérica, miembros como de esqueletos. Un enfermero friccionaba á uno de ellos, de una delgadez siniestra, con las piernas salidas fuera del lecho, pobres piernas cuyas rodillas semejaban cráneos de niño, y en tanto que el camarada frotaba esas rodillas que agureaban la piel, el enfermo llevaba á la cabeza una mano cuasi desecada para levantarla venda que le ceñía la frente atravesada por una bala. Fue á esos desgraciados á quienes hicieron reembarcar los americanos, diciéndoles: *Marchaos!*

Ante la puerta de entrada del antiguo convento hecho hospital, montones de cajas que contenían hilas y remedios y que llevan este letrero: *Croce Rosse Italiana*. Aquellos latinos envían á estos su óbolo.

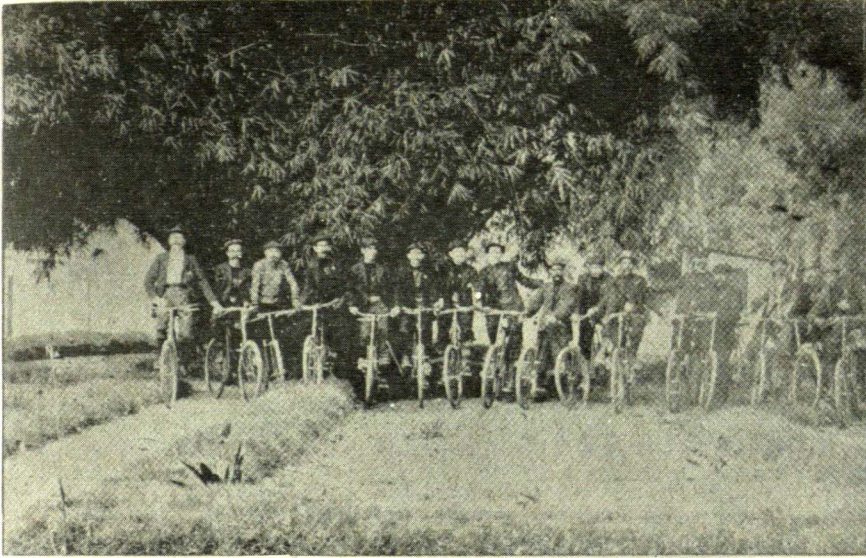
Salgo de esas salas con el corazón oprimido, salas en que velan fraternalmente los enfermeros. Después de los moribundos, voy á ver á los supervivientes. Lluve. La lluvia traspasa mis vestidos; pero ya en el mar, me apresuro por llegar á ese gran navío que contiene tantos bravos, tantos esfuerzos inutilizados, tantos dolores morales, tantos males físicos! El *San Francisco* crece, se agranda á medida que el marinero de diez y siete años que maneja el remo en tanto que yo sostengo el timón, se acerca á él: ya veo sus flancos negros, rayados de rojo, y como un friso humano, á lo largo de las jarcias se alinean cabezas pálidas, quemadas, varoniles y soñadoras, que observan. Miran hacia Vigo, cuya silueta,—casas blancas teñidas de rosa, escaleras trepadoras, los campanarios de la catedral, el aspecto sonriente á pesar de la lluvia,—se destaca sobre el húmedo horizonte. Observan también la barca que se acerca, los desconocidos que suben.

Al rededor del *San Francisco*, giran las blancas gaviotas, lanzando gritos estridentes. Y, cuando franqueamos la escalera, al llegar arriba, un centinelá armado de un sable-bayoneta muy corto,—una navaja militar,—me dice que no se puede pasar. Es preciso la autorización de un oficial de guardia.

Pregunto por el jefe, el cual nos ha precedido en otra barca. Viene hacia nosotros, con maneras distinguidas de español de escogida alcurnia; bello hombre, de aire triste, rostro delgado, circundado por una barba clara: sobre el lado izquierdo del pecho, la placa de comendador militar. Como su gente, lleva el uniforme de los soldados de Cuba: túnica y pantalón de tela rayada de azul, una especie de bocacé que parece gris y el ancho sombrero de paja llamado *panamá*, con una gran escarapela española sujeta por un gancho de oro. Hace señal á los soldados de que nos dejen pasar. Todos se apartan. Parece que goza de obediencia, de respeto y de afecto.

El puente del buque está lleno de gente. En el *San Francisco* no hay rincón en donde no se haya alojado una criatura. Y, apretados, amontonados, los soldados de Córdova y de Asturias, los guerrilleros, con sus amplios sombreros, parecen colonos trasportados. Es la hora del almuerzo. Hunden las cucharas en sus grandes fuentes llenas de *garbanzos*, que nadan en una salsa rojiza,—y comen con apetito, lejos del hambre, y del mar. De buena gana gustaría ese *puchero*! Pobres gentes! Cuán felices en sentirse revivir. Uno de ellos, completamente joven, un sarjento, me habla de las batallas de allá abajo.

—Habéis hecho lo que habéis podido, le dije.



—¿Verdad que sí, señor? No es culpa nuestra. Volvemos, pero traemos ileso el honor.

No tiene veinte años. Lo miro. Sus grandes ojos negros están llenos de lágrimas.

Lágrimas que corren cuando le aprieto la mano. Mañana se hará matar, si es necesario, por esa cosa intangible que es la vida de las naciones: *el honor!* Pobres niños! En todos los países tienen la misma alma!

Fue preciso que aceptásemos, entre el grupo de oficiales, una galleta y una copa de jerez, ofrecida por el capitán, quien nos invitó con exquisita cordialidad.

Han concluido los soldados y van ahora los oficiales á sentarse á la mesa. Imposible no partir un pedazo de pan con tan amables compañeros. Levanto mi copa:

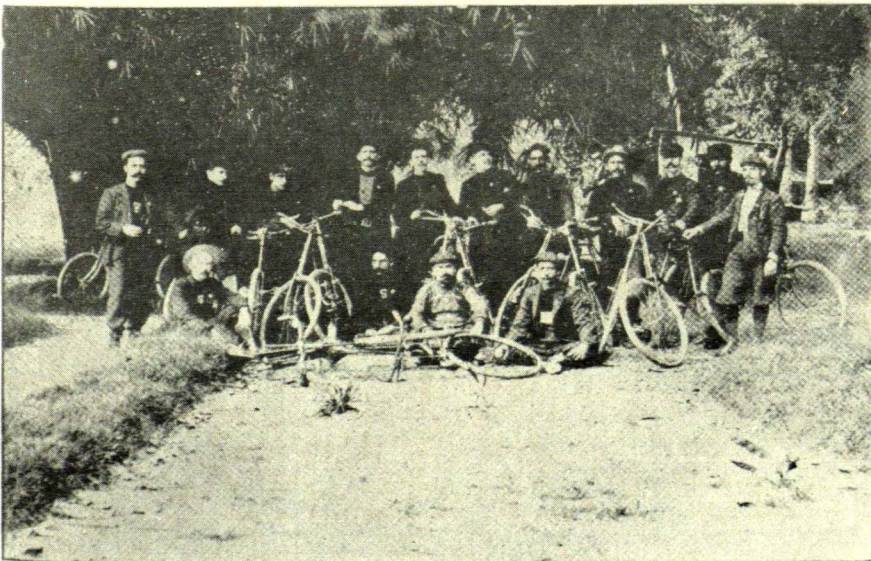
—Por la España!

—Por la Francia!

Centenares de cabezas, tostadas por los soles del trópico, miran por todas las puertas.

Los oficiales están de pie. Hay una emoción y como una angustia. El capitán y el comandante nos acompañan hasta el puente y nos señalan hacia el horizonte.

—Allí están los buques de Cámara, el *Pe-layo* y otros que reunidos á los de Cervera habrían podido formar una temible escuadra. . .



EXCURSION VELOCIPEDISTA A LOS VALLES DE ARAGUA — Fotografías de los Hermanos González A.

Luégo, movió la cabeza:

—En fin, todo se pagará!

Hay altívez y esperanza en esas palabras. Los soldados repatriados no tienen el sentimiento de una situación desesperada.

Uno de sus jefes me decía, sin embargo:

—Las naciones jóvenes son los terribles enemigos de las viejas naciones!

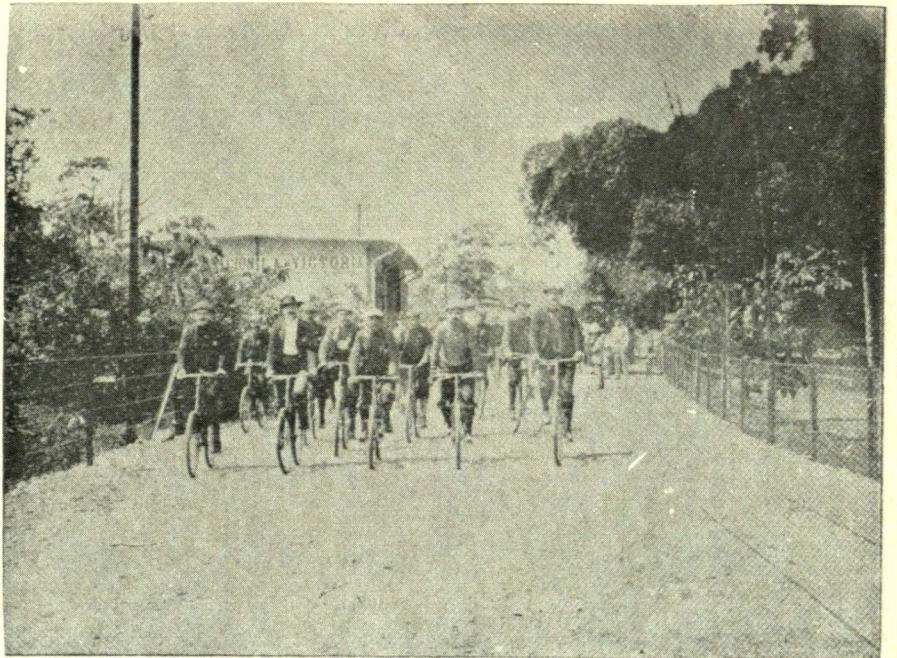
Luégo, mirando lejos sobre el mar, agregó:

—Los cubanos van á saber lo que son los americanos, y los americanos sabrán lo que son los cubanos!

Vamos á descender; pero es preciso dejar pasar algo de oblongo, de extraño y de negro, clavado por cinco grandes clavos de cobre brillante. Cuatro hombres llevan aquella cosa, á lo que parece muy pesada, hacia una barca que espera.

—¿Véis en el muelle un coche fúnebre? Miro. En efecto, en la playa espera un cortejo. Lo que los hombres llevan á la barca es un ataúd. Una urna que contiene un cadáver.

En la mañana ha muerto un hombre, á la vista de Vigo: siempre ha ganado con venir á dormir en tierra de España, antes que ser



arrojado al mar. Por eso las blancas gaviotas revolotean al rededor del navío, lanzando estridentes gritos y aguzando sus picos!

El negro ataúd, largo, lúgubre, desciende á la barca. Se le coloca de través sobre el bote que la mar sacude y que la lluvia moja, y bajo las ondas, mecido como una arista, el muerto, acompañado por sus camaradas, se va hacia el cortejo de la playa. . . .

A los balcones de hierro de un hotel-restaurant, se asoman lindas muchachas morenas, delgadas, de faldas rosas y blancas, que miran con sus binóculos la fúnebre barca.

No es un soldado de Cuba, es un marino del buque "repatriador" el que ha muerto. Humilde marino! El, á lo menos, no pensó con horror,—como los soldados de Córdova y de Asturias,—en el beso húmedo y salado del océano!

Y cae la lluvia, cae siempre sobre la costa de España. ¿Son lágrimas, lágrimas del cielo, lágrimas de las cosas, que acogen á los repatriados? De todos modos, el sol del país está ausente. Hoy no ha salido. Sin duda brillará mañana, cuando los soldados vestidos de

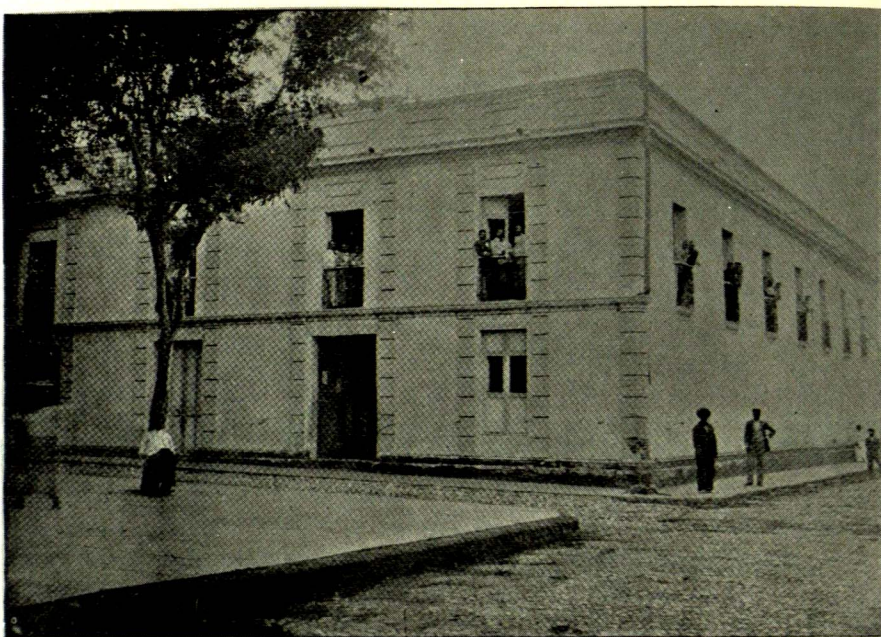
bocací, pongan el pie sobre la tierra natal. Se levantará y alumbrará. las naciones no mueren.

En tanto que regreso en mi barquilla, soplada por el viento y azotada por la lluvia, veo flotar á lo lejos, claro y alegre entre la bruma, á pesar del diluvio que me inunda, la banderola, el pequeño pabellón tricolor del barquichuelo francés.

Lanza al viento su nota alegre, parece palpitante, batir el ala como un pájaro marino, con su azul color de cielo, su blanco de cisne y su rojo color de batallas. Y lo sigo con la mirada, lejos de mi país; tricolor que encarna para mí la patria, como los campanarios de Vigo, para los repatriados de Cuba y de Puerto Rico.

Y,—amigo de la paz, no teniendo sino sentimientos de admiración para esa fuerte raza que aquí se llama *yanqui*,—me parece, sin embargo, y por ello me siento feliz, que nuestro pequeño pabellón, en este sitio mismo en que españoles y franceses derramaron tanta sangre combatiendo, envía el saludo de la vieja Europa á esos hijos de España que vuelven febriles ó heridos á la playa;—pero como vino Cervantes después de Lepanto: quedándole una mano para escribir el *Don Quijote*!

JULES CLARETIE.



CASA DE GOBIERNO. — Villa de Cura



CALLE BOLIVAR. — Villa de Cura. — Fotografías de Ascensión Molero

LA MEDALLA DE CÉSAR

—
Á PEDRO CARLOS MANRIQUE
—

Para que muestre el Calvo su faz á las edades,
En oxidado bronce le copia la medalla
Donde semeja un grifo de gigantesca talla
Que desplumó las alas contra las tempestades;

Ese laurel que cifre fue el dón de mil ciudades
Rendidas á sus huestes; esa vetusta malla
Domó de Vercingétorix las iras, la muralla
De Alesia, el negro Egipto, la raza de Milciades.

Por el reverso alternan los trigos en gavilla
Con las redondas fascas y la marcial cuchilla
—Mellada, corta y ancha—que desató la muerte;

Y al pie, como talladas por áticos buriles,
Nos dicen altas letras de itálicos perfiles:
—A TÍ LA GLORIA, OH CÉSAR, EL INMORTAL Y EL FUERTE!

GUILLERMO VALENCIA.
(Colombiano).

DIÓGENES

—Soy Alejandro, al extender mi mano
Tendrás honores, gloria y opulencia;
Del destino del mundo soberano,
Se inclina lo imposible á mi presencia.

Y extraño fuera que viniese en vano
A visitar mi orgullo tu indigencia;
Es mi igual, es mi émulo, es mi hermano
Quien tiene como tú virtud y ciencia.

¿Qué quieres, dime? . . En mi palabra fía,
Que lo que sueñe tu ambicioso anhelo
Con gusto mi poder realizaría.

No temas. Dí. ¿qué quieres? . Sin recelo.
—Que te apartes no más. Gozar querría
De ese rayo de sol, que es dón del cielo.

HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA.

PAGINAS PARA LAS DAMAS

(Expresamente escritas para EL COJO ILUSTRADO)

El Teatro REAL—Elegancias madrileñas—Novedades de Viena—Modas de París—Caprichos de la temporada—San Eugenio y el Pardo—Una exhumación—Las perlas en boga—Cacerías aristocráticas—Negru-ras en el horizonte—Los soñadores—A nuestras lectoras—¡Feliz año nuevo!

Madrid: diciembre de 1898.

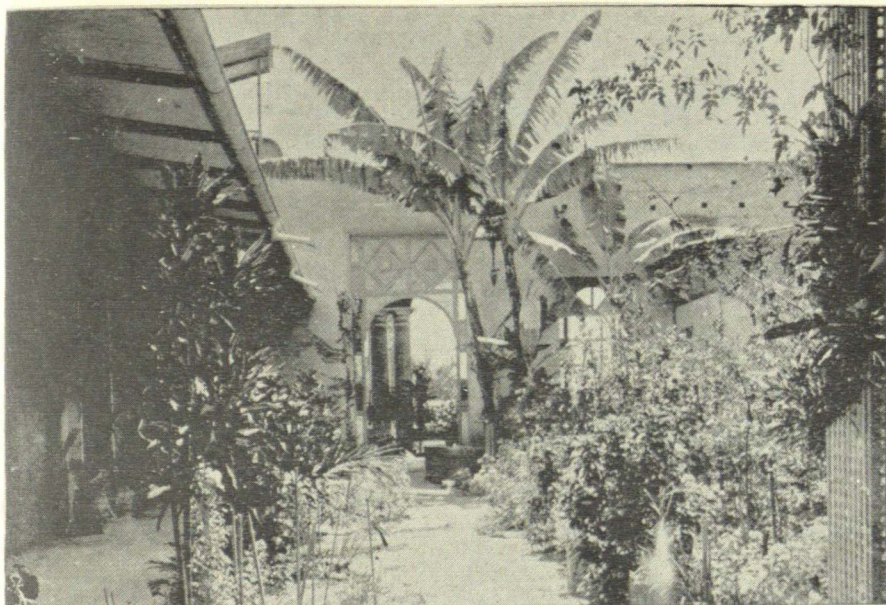
Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Caracas.

El Teatro Real suele ser todos los inviernos, el centro donde con más complacencia se reúne la sociedad elegante madrileña, pero este año el abono no se ha llenado, y mucho influyen las circunstancias tristes que atravesamos, en la desanimación de aquel aristocrático conjunto. Sin embargo al regimiento coliseo hay que acudir, para escribir con conocimiento de causa una crónica de modas, que refleje fielmente el buen gusto de la capital de España. Es indudable que los trajes *princesa* son los más indicados para reunión, y algunos hemos visto notables por su originalidad y buen gusto, recurriendo al enlace maravilloso de dos telas, y por lo menos de dos colores. El malva y el crema, el blanco y el azul, el rosa y el verde, armonizan bellamente, y para de noche, su efecto es elegantísimo. De escotes en variadísima forma, hemos visto muchos, y bien puede asegurarse, que entre el escote redondo y el escote puntiagudo, no hay preferencias: se llevan por igual, y el efecto en ambos casos es de todo punto artístico.

Los escotes más elegantes, que ha puesto á la moda en este invierno la fantaseadora Viena, son sobre viso en tonos claros, de puntos de Venecia ó de Inglaterra, innovación no exagerada, capricho afortunado, que en menos de un mes, ha triunfado en los más distinguidos centros femeninos europeos. Los collares de perlas cuadradas bien á esas fantasías candidas de la moda, pero también gozan de favor especial, las turquesas para aderezos, combinadas con brillantes, predominando en las monturas el estilo Renacimiento.

Los sombreros invernales más caprichosos que ha puesto en boga París, desde principios de mes, son de felpilla negra tren-



PATIO DE UNA CASA DE CARACAS

sada, con penacho de plumas y lazos de terciopelo por adorno. Predomina en casi todos ellos, lo negro, cuya severidad es por extremo distinguida. Puede decirse, sin temor de equivocación alguna, que los sombreros de terciopelo á dos tonos, que contrasten entre sí, y los completamente negros, condensan el gusto europeo en su expresión más bella. En las tocas y sombreritos para teatro, se coloca un grupito de violetas de Parma, de seda ó terciopelo, detalle éste por extremo poético, y que pone de relieve, toda la poesía desplegada por la mujer en su modo de vestir.

Las bolsitas—ridículo para teatro, continúan usándose, pero bastante más severas, en sus adornos, que hasta aquí: una margarita de gran tamaño, un rosa thé y también un pequeño grupo de jacintos, es el único adorno risueño que se les permite, puesto que la bolsita, ha de ser de un solo color y sin bordados ni fantasías.

A despecho de los oscuros días que caracterizan el actual otoño, los madrileños han rendido tributo á su inveterada costumbre de ir al Pardo el día de san Eugenio. Aquel Real sitio no es muy alegre, sus arboledas acusan, particularmente en noviembre, cuando el viento las azota desposeyén-



GRUPO TOMADO A ORILLAS DEL NIBALDO. — Río Caribe. — Fotografía de H. Avril



DESCANSANDO. — Cuadro de A. Ferraguti

dolas de sus hojas, incesantes melancolías; pero ello no ha sido obstáculo, repetimos, porque á la romería acudiera bastante gente y diera margen en la fiesta del referido san Eugenio, á animadísimas meriendas.

Sobre aquel paisaje otoñal, melancólico de suyo, despierta mayores tristezas el recuerdo de la prematura muerte allí acaecida del inolvidable Alfonso XII, y por cierto que expirado el plazo en que el malogrado monarca debía permanecer en los pudrideros del Escorial, días pasados la comunidad de agustinos, guardadora de la famosa Basílica, trasladó los regios despojos, al panteón real, y fue colocado Alfonso XII en la urna de mármol, junto á Carlos IV. Al acto solemne de la traslación, no asistió ningún individuo de la familia real y solo dieron fe del acto los jefes superiores de Palacio y el prior de la comunidad agustiniana.

Nada menos que un millón de francos valían las perlas lucidas en el teatro *Olimpia*, de París, por la célebre actriz Liane de Pougy, en el baile de la ópera de gran espectáculo *Nerón* y el espléndido derroche de la artista, tanto ha sorprendido agradablemente á las damas de orillas del Sena, que ahora las francesas, usan collares de perlas,

no sólo para las reuniones de noche, sino también para visitas de tarde, de cumplido, mas como las perlas son caras, y no pueden usarlas cuantas damas las convierten en objeto de su predilección, un sabio, Mr. Boutan ha concebido la idea de crear la perla artificialmente, y después de repetidos y felices ensayos, acaba de presentar á la Academia francesa, una luminosa memoria, en la cual hace constar que ha encontrado el modo de multiplicar las perlas, por medio de la ostra perlera.

El otoño es la época de las grandes carcerías en Francia, y una aristocrática dama que suele reunir todos los años muchos amigos, acaba de introducir una novedad en las costumbres de caza, que á buen seguro contará con entusiastas imitadores. Después que cobrado un venado ó ciervo, se ha servido la carne en la mesa, con la piel hace construir elegantísimos portamonedas y carteras, para los caballeros. La forma de los portamonedas es cuadrada como un sobre, y en uno de los ángulos resalta las cifras de la espléndida donante, quien regala dichos objetos de utilidad y adorno á sus invitados, á guisa de recuerdo.

Hay un pavoroso problema por resolver en Madrid, la mendicidad; y como en tan gran número acuden los pobres de los pueblos á la capital de España, apenas si en los *Asilos* de noche, se puede dar albergue á tanto necesitado como discurre por las calles. La Reina Regente, siempre compasiva y buena, remedia de su particular bolsillo, las necesidades que llegan á su conocimiento, pero las autoridades locales y también gran número de generosos particulares, tienden á aliviar las miserias con que se inaugura un invierno, que se espera por todos conceptos cruel. Ha nevado en muchas regiones españolas y en Madrid mismo el frío es bastante intenso y prematuro.

Y como el dinero anda escaso, en muchos hogares empieza á soñarse con el premio gordo de Navidad, destinado á obrar los más estupendos milagros. Van vendidos muchos billetes y ciertamente no hemos de llegar á mediados de mes, sin que agotada la tirada, cada uno de los jugadores se crea predestinado á los halagos de la suerte olvidando que la fortuna más positiva y duradera se cifra en el trabajo, ó en la dulce resignación, con que aceptemos el destino, que al cielo plugo señalarnos.

La humanidad siempre es la misma: la eterna enamorada de lo maravilloso, de lo imprevisto; sin embargo nosotros prescindiendo de ilusiones deslumbradoras, que suelen trocarse en amarguísimos desencantos, deseamos á nuestras constantes y queridas lectoras venezolanas, en el seno del hogar, templo de las positivas dichas de la tierra, feliz año nuevo, y la renovación incesante de todas las venturas, que embellecen los días, á través de las variadas contingencias de la accidentada vida.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO



MARINA

(HOJA DE ALBUM)

Á LA SEÑORITA CAROLINA VILLASANA

Cuentan que si la mar está serena,
se transparenta en las cerúleas ondas
la hermosura gentil de una sirena
de ojos radiantes y de trenzas blondas.

Y cuentan que el intrépido marino,
audaz explorador del océano,
detiene su bajel en el camino
por ver ese prodigio sobrehumano.

Y cuentan más: que la sirena hermosa
surge de aquellas ondas en bonanza
y al contemplar al nauta, ruborosa,
le aduerme con un himno de esperanza.

Yo en mi bajel, como el marino, vengo,
tras largo viaje y con el alma herida,
y, extasiado, á mirarte me detengo
en las ondas de ensueño de tu vida.

Y me detengo allí, porque adivino,
en tus ansias de niña hermosa y buena,
que sabes, para encanto de tu sino,
el himno con que aduerme la sirena.

L. TORRES ABANDERO.

1896.



El ajusticiado

(POR IGNACIO VARGAS VILA)

I

Juan Jiménez tenía cuarenta y tres años. Era fornido, alto; sus ojos de un verde-claro confuso semejaban la superficie de una mar agitada; bigote castaño, suave y abundante. La color de su piel tostada por el sol de las pampas, era casi negra. Pómulos salientes; labios gruesos; manos anchas, velludas y fuertes como las garras de un tigre.

En su pueblo nativo se contaban anécdotas terribles de su vida infantil; se decía que muy niño aún le había dado muerte á un compañero suyo por asuntos de poca importancia. Fue absuelto por falta de pruebas, y en atención á su corta edad.

A los diez y ocho años—en un lance personal provocado por él—le asestó varias puñaladas á un comerciante con quien tenía negocios.

Los Tribunales de Justicia respectivos lo condenaron á sufrir el máximo de la ley: diez años de presidio en el Panóptico de la capital.

Cumplió su condena, y salió de ella joven, vigoroso, repleto de pasiones y ávido de libertad.

No queriendo regresar á su país natal, resolvió emigrar á los llanos de San Martín, donde á fuerza de trabajo rudo consiguió una fortuna regular. Se casó con Paulina Rojas á quien amaba inmensamente, con toda la violencia de su carácter hosco y retraído.

Así vivió ignorado y oculto por algunos años.

II

Los corredores de la Casa Municipal, en el pueblo de "La Concepción," estaban plenos.

Hombres, mujeres y niños se atropellaban por oír el interrogatorio que hacía el Juez del circuito, á un individuo á quien la opinión pública acusaba en esos días de haber cometido un crimen horroroso.

La multitud se agitaba impaciente.

El rumor de la indignación popular crecía, y los gendarmes tuvieron que imponer el orden.

De pronto se hizo el silencio más absoluto. El Juez tocó la campanilla, y el Secretario dio principio á la lectura de los cargos.

El acusado no tenía defensor. Escuchó impasiblemente hasta el fin el contenido del sumario, y luego se puso de pie, respetuoso, sereno, como si fuese á poner en salvo su inocencia con incontrovertibles argumentos.

Y dijo: "Señor Juez: Se me acusa de haber asesinado á mi esposa Paulina Rojas. Las declaraciones que arroja el Expediente son irrecusables, y me satisface que la Justicia haya sido tan investigadora y feliz en este caso. Yo las ratifico solemnemente. Pero,

como faltan algunos detalles importantes—que hacen luz muy clara en el asunto—vengo á suministrarlos con toda la exquisita fruición que ellos me producen.

Escriba usted mi declaración, señor Secretario: quiero hacer aquí una confesión pública y espontánea de mi vida!

He sido por inclinación moral, y por temperamento físico, un hombre de malos instintos y de pasiones feroces.

De niño, mi placer más grande consistía en matar cuanto animal pequeño encontraba á la mano, y me gozaba en las palpitaciones de una agonía lenta y desesperante.

Tenía un hermanito pequeño cuya delicadeza de sentimientos me exasperaba de tal modo, que un día le hice varias heridas con un pedazo de vidrio, gozándome en oírlo llorar, como si fuese para mí el grito del Dolor, la nota más vibrante de una música fascinadora!

Mi madre lloraba siempre y ocultaba a todos mis perversidades infantiles.

Después maté y fui absuelto. Luego volví á matar y entonces sufrí diez años de reclusión. Durante ese tiempo perfeccioné mis depravadas inclinaciones de criminal instintivo. Esas cárceles son escuelas de vicios donde jamás se corrigen los defectos, y se aprende á odiar acerbamente la virtud!

Al cumplirse el término de mi condena fui puesto en libertad, y, como un pájaro salvaje levanté el vuelo hacia estas pampas solitarias, donde he vivido tanto tiempo consagrado á las fatigas de un trabajo rudo y constante.

El amor vino á clarear los horizontes de mi obscura existencia. Quise á Paulina con ternura infinita, y encontré en el fondo de mi alma oculto y virginal el sentimiento de esa pasión noble y grande, que puede redimirlo todo! Me creí salvado!

No encuentro palabras expresivas con qué significar la suprema amargura que sentí en mi corazón cuando supe que ella me traicionaba infamemente!

Toda la envenenada fuente de mis pasiones adormecidas se desbordó en mi alma.

Formulé un plan siniestro de venganza. Nada le dije á ella que pudiera indicarle que yo estaba en posesión de su pérfido secreto.

Recibía sus besos fementidos, y sus hipócritas caricias, que me ahogaban á veces, sin que se me alterara un solo músculo del rostro.

Al fin llegó el día fijado para la consumación de mi propósito. Salimos al campo. Ibamos con la aurora, y nos internamos en la montaña á galope tendido. Yo le había dicho que almorzaríamos lejos, casa de un amigo mío, en pleno bosque. Estaba muy alegre y sus carcajadas metálicas se clavaban en mi corazón como puñales agudos.

A las diez de la mañana llegamos al lugar elegido por mí—de antemano—para perpetrar el hecho.

La soledad del campo; la belleza de la hora; el canto armonioso de los pájaros, todo el ritmo vibrante de la naturaleza, invitaba al amor y no al crimen!

La bajé del caballo entre mis brazos, y le oprimí tan fuertemente el pecho, que lanzó un grito sordo como si la hubiese ahogado.

Me haces daño—dijo—y se quedó suspendida de mi cuello, pálida, conmovida.

Luégo quiso besarme, y entonces el vértigo de la venganza se apoderó de mí. La cogí brutalmente por la cintura, la tiré contra el césped, para romperla como un vaso de vidrio, y puse sobre su seno emocionado mi puñal desnudo. Ella permanecía inmóvil, sorprendida; de sus profundos ojos garzos salían torrentes de lágrimas, y sus cabellos negros, destrenzados, flotaban dispersos, como ríos de ébano, sobre la verde alfombra de la hierba.

Cerré los ojos y le hundí el puñal.

Dio un grito agudo, penetrante, que repercutió en el bosque como el canto de una ave moribunda!

De su pecho blanco salía á borbotones la sangre roja, espumante, que luégo cubrió todas sus formas, como un manto de púrpura. Permanecí mucho tiempo absorto, fiero, ante el cadáver de aquella esposa infiel, que hubiera podido redimirme! Después la tomé entre mis brazos, jadeante aún, la suspendí muy alto, y la arrojé con furia al fondo de una fosa que días antes había cavado para ella. Los demás pormenores del juicio los conoce la justicia."

Y se sentó en su banquillo sereno, inmutable, como si hubiese relatado un episodio natural!

Diez minutos pasaron de absoluto silencio después de extinguida en el recinto la última palabra del acusado, y la multitud no se movía: estaba hipnotizada.

El Juez hizo un esfuerzo supremo de voluntad y dio la orden para que condujesen el preso á su calabozo; tocó la campanilla y suspendió la audiencia.

III

Las calles del pueblo estaban atestadas de gente.

Por todas partes la multitud iba y venía nerviosa y anhelante.

Eran las ocho de la mañana, y á las nueve en punto debía cumplirse la sentencia del Jurado. Juan Jiménez había sido condenado á pena de muerte.

La hora que faltaba se hacía desesperante para el público impaciente, que no quería perder un solo detalle del Gran Drama que iba á representarse.

El confuso rumor de la multitud que se agolpaba, como una ola bravía, anunció al fin que ya traían al sentenciado.

Venía vestido con una túnica larga, negra, que le caía bien á su cuerpo atlético y nervudo. Llegó á la plaza acompañado de una escolta militar; un fraile franciscano que le rezaba los oficios de los que van á morir, y después, por todos lados la multitud abrumadora!

Traía las manos amarradas atrás; el paso firme, la mirada altiva.

Se colocó en el banquillo pausadamente,

Siempre que me asomo al balcón la veo en la misma actitud hierática de abatimiento y de miseria. No extiende la mano para implorar la caridad de los que pasan, ni pregona su desgracia con palabras plañideras. . . Basta con verla allí para que la compasión se dé por advertida.

Esta eterna quietud, que no tiene por causa la pereza musulmana de otros mendicantes, sino la resignación más humilde, hace pensar

en que aquel cuerpo ha ido rindiéndose poco á poco á los golpes de la mala fortuna, la cual, para vengarse de su resistencia, cuando le ve definitivamente caído no aparta de él la mano y quiere que ni por un momento deje de estar bajo su peso.

Sin embargo, la mujer no está muerta. Aún vive algo en su espíritu. Desde muy temprano, hasta que muere el día, oigo la voz de la mujer que grita:

— ¡Isabel! ¡Isaaabel!

Isabel es su hija. Nunca la llama en tono airado, ni se impacienta porque no acuda pronto al llamamiento.

La niña no tiene seguramente ni seis años. Es delgada, paliducha, con los escasos medros que puede dar al desarrollo de la infancia una alimentación irregular é insuficiente.

Todo el día lo pasa corriendo de un lado para otro la calle donde su madre permanece inmóvil y en la entrada de las calles cercanas. Tiene un genio revoltoso é inquieto, la mirada vivísima y llena de curiosidad indefinible, y unas piernecillas endebles dotadas de prodigiosa movilidad.

Durante el día no pára ni un momento; todo despierta su atención. Ahora la veo contemplando embozada los juegos de los chicos mayores, de los *golfos*, maestros y superiores suyos; no ha pasado un instante, y ya está acurrucada en la acera junto á otras niñas de más edad que ella, que riñen y gritan por un pobre alfiler. . . .

El hombre de los tiestos

que pasa con un borriquito cargado de azucenas y claveles. . . el que se pára á las puertas de las casas y vende á las criadas albaricoques y cerezas tentadoras. . . los obreros del Municipio que levantan castilletes para que ella juegue. . . los perros que se rondan y se muerden con estrepitosa algarabía. . . todo la distrae y de todos los espectáculos disfruta con una independencia de voluntad que la permite no seguir inspiraciones de nadie. Revolea como una mariposa, y en un minuto corre veinte veces la calle, asomándose á todos los portales. . . Cuando los ojos vigilantes de su madre la pierden de vista, vuelve á sonar la misma voz que grita:

— ¡Isabel! ¡Isaaabel!

Hoy cae el sol del estío á plomo sobre la calle abrasada y solitaria. Junto á la Iglesia no hay más que un hilillo de sombra, y en él está la pobre con los ojos clavados en el suelo, inmóvil como siempre. Es mediodía, y



EN EL TOCADOR. — Cuadro de Georges Roussin

levantó muy alto la cabeza, miró con indiferencia la muchedumbre que se agitaba impaciente en torno suyo, y sonrió con profundo desprecio; casi en el mismo instante una detonación de veinte bocas de fusilería resonó en el espacio!

El cuerpo de Juan Jiménez rodó por el suelo ensangrentado y palpitante!

El fallo transitorio de la Justicia humana se había cumplido.

Faltaba el fallo inexorable de la Justicia Divina!

En el arroyo

(POR LUIS BELLO)

Cerca de mi casa hay una pobre mujer que pide limosna sentada en las losas de la acera y amparada del frío y de la lluvia por las paredes y el tejadillo de una iglesia.

la niña no juega. Sobre el regazo de su madre ha dejado caer la cabecita rubia y duerme dulcemente. Desde mi habitación la veo, y veo que sus facciones infantiles son de una delicadeza aristocrática. Las mejillas pálidas, la nariz fina y nerviosa, la frente amplia, los labios apretados que no sonríen, las cejas correctísimas, y unas pestañas largas y sedosas que dejan caer bajo los ojos dormidos azuladas sombras.

Está así muy hermosa; perdidos en el sueño el desgaire y la travesura de sus ojos maliciosos, sin otra protección su cuerpecillo desmembrado que el cuerpo inmóvil de la que acaso le dio el sér sobre las mismas losas de la calle.

Algún día, no muy lejano, desplegará la flor sus pétalos al soplo de una primavera que llega para pobres y ricos; tendrán sus ojos otra luz, sus mejillas se tostarán por el aire y el sol de la calle libre, sus labios sonreirán á la vida y su cuerpo adquirirá fuerza y gallardía. . . También ella será mujer, y mujer hermosa como las hijas de los ricos.

Entonces, ¡pobre madre envejecida é inmóvil, eternamente sujeta al amparo del tejadillo de la iglesia! Tus ojos la verán ir, pero no con el vuelo incierto que hoy distrae tus soledades. Te mirará, al marcharse, con sus ojos negros muy abiertos, volverá la esquina de la calle, y entonces será en vano que grites con tu voz ya cascada.

—¡Isabel! ¡Isabel!

Isabel es presa del mundo, y corre á entregarse á su dueño. Tú acabarás tus días sin ese único consuelo. Vale más que la soledad y el abandono acaben también con tu espíritu, porque si no, tu mayor amargura será pensar en que acaso la espera á la pobre Isabel, después de los azares de una vida aventurera, otra calle apartada en la que tenga por único refugio las paredes y el tejadillo de otra iglesia, y por último lazo que la ligue al pasado otra Isabel que comience su vida en medio del arroyo.

Blumenlied

(POR RAFAEL ANGEL TROYO)



Aquella noche, después de haber escaneado muchas copas de licor, después de algunas horas de asidua y alegre charla, sintiéndome un tanto triste y cansado, dejé el cuartucho oloroso á tabaco en donde metían ruido mis compañeros y fui á sentarme al piano. Lo primero que evocó mi melancolía fue el *Blumenlied*, esa música que gusta tanto á mi alma y que mis labios murmuran cuando sueño.

No bien había dado principio á tres compases de la muy sentida canción alemana, cuando fui interrumpido. Mi amigo Fernando, con los ojos suplicantes y bañados en lágrimas, me rogaba que en nombre de la amistad que nos unía, callara aquella música. Mi querido compañero, aquel buen muchacho que tenía el cabello casi blanco como un anciano y que cuando bebía el vino miraba taciturno el fondo del vaso, como si buscara algo en la onda purpurada, tenía una historia que contar.

Más de una vez había yo adivinado que aquel cerebro joven guardaba un pensamiento muy triste, que ni el champaña con sus delirios de oro hacía alejar. Sí, ya una vez había visto, mientras nosotros reíamos como chicleos, desprenderse de sus ojos una lágrima que cayó y fué á mezclarse con la verde menta.

Pero en el amanecer de aquel día y mientras las luces agonizaban lentamente en sus bombas rosadas, oí de sus labios el poema de su vida.

Dos copas de Jerez, llenas hasta los bor-

des, luégo un cigarrillo y, á través de una humareda azul muy densa, principió la historia. Ella se llamaba Herminia. Dónde la conoció y cómo, si no recordaba; lo único que sabía era que la había visto muy recién salido del colegio, y desde entonces principió á sentir en su corazón de púber una pasión inmensa que le inspiraba cosas extrañas, algo misterioso que le embriagaba el alma de felicidad y que parecía emanar de aquellos ojos negros que veía á todas horas y en todos sus ensueños.

Aquella deliciosa muchachita, siempre pensativa, de una palidez de rosa enferma, que la ponía tan bella, había llegado de un país lejano, del que contaba historias primorosas, de lagos azules como el cielo, que habitaban cisnes color de nieve y garzas morenas, lindas garzas morenas como ella, como todas las muchachas de su tierra tropical.

Fernando pasó horas muy dichosas á su lado. Bien decía que en las noches, y cuando ya dejaba de ver á su Herminia, tornaba los ojos al cielo, porque después de su novia sólo las estrellas de oro eran tan bellas.

Luégo llegó una noche de baile, noche inolvidable que vivía en sus recuerdos con sus perfumes y armonías. Después que se hubo bailado mucho, cuando ya las parejas rendidas "como aves fatigadas después de un largo vuelo, cayeron en los blandos sillones," empezaron á oírse gemir en el piano las primeras notas del *Blumenlied*.

De pronto Herminia palideció, un temblor súbito se apoderó de ella, sus pupilas obscuras chispearon y después, como paloma que esconde su cabeza bajo el ala sedosa y ahoga en silencio su gemido, así aquella ave-cita nostálgica ocultó su cabeza tras el abanico y lloraba, lloraba á medida que aquellas armonías se iban esparciendo. Aquel pobre enamorado, creyéndola enferma, voló en busca de una copa de vino que la reanimara. Oh! habían bailado mucho!

Entre tanto aquella música melancólica, suave como un murmullo, iba creciendo poco á poco como uno de esos cánticos que se dejan oír en la alcoba de una virgen, en la mañana y cuando los sueños de oro acababan de abrir las alas....

Aquella era la misma canción que cinco años antes había oído brotar allá en las lejanías de su pueblecito amado, mientras que juraba amor..... Entonces vio aquel cielo sereno y azul..... el mar tranquilo que se llevaba sus suspiros y lágrimas y su misteriosa soledad á quien contaba sus íntimas ternuras..... Allí, junto á un rosal, la ventana, el adorado lugarecito de sus citas que daba al mar y desde donde veía alejarse la barca de su amado, lenta, lentamente hasta perderse en el horizonte borroso.

Oh! y todas aquellas cosas olvidadas surgían de su sueño y pasaban hablándole al corazón en su idioma tierno y quejumbroso. ¡Y esas notas que lloraban no le preguntaban acaso por su amor? Ah! y ser infiel, no, nunca, jamás; viviría amándolo.

A poco Fernando llegó á ofrecerle en delicada copa un vino negro como esos ojos que él amaba. Bebe, vida mía, le dijo, y déjame en el fondo del vaso una gota de tu alma que vaya á mezclarse con la mía. Herminia apuró la copa y luégo alargándosela y con una mirada en que se confundían odio, amor, venganza, y sonriendo con una sonrisa amarga en medio de sus lágrimas, exclamó: Sí, bebe las heces de mi amor: lo único que te puede dar este corazón que aún es fiel al recuerdo de su primer amor.

Pálido, tembloroso y comprendiendo todo aquello de una mirada, dejó caer de sus manos la copa que fue á quebrarse á los pies de la única mujer que había amado, y loco, delirante, dejó tras sí aquel lugar y se lanzó á la calle, y todavía lejos, allá á lo lejos, llegaban á sus oídos las últimas notas del *Blumenlied*, que morían en el piano.

Del amor de París

Y LA INFLUENCIA DE LA CAÑA DE AZÚCAR, DEL CAFÉ Y DE LOS CUEROS EN EL RASTAQUOERISMO

(POR RUBÉN DARÍO)



N el *Mercure de France* y á propósito del poema «París» de Alberto Ghirardo, he leído conceptos de Pedro-Emilio Coll que me han hecho concertar unas cuantas reflexiones.—Amamos á París como todo hombre que en el mundo tiene un átomo de arte en el cerebro, una gota de vino de fuego en la sangre, y

Si el rey Enrique nos diera
Su ciudad de París . . .

quedaríamos en una interminable gloria y olvidáramos todo por ella. Nuestros abuelos soñaban con Mabilie y nuestros hijos asistirán al Moulin Rouge del siglo XX. La moda tiene en París su imperio, y los sombreros de nuestras mujeres son flores grandes de un árbol que solamente crece allá. Francia nos enseña, nos domina, y sobre todo eso nos da algún poco de su vino de Champaña. Y París es el centro de nuestras aspiraciones. Mentalmente somos suyos; aguardamos que nos dirija una mirada, que nos descubra, pues si no somos tanto como los rusos, escandinavos ó japoneses, somos más que los finlandeses ó que los tcheques.

Pero París nos mira con desdén, no nos conoce siquiera; besamos la orla de su manto, el borde de su falda, y no se nos recompensa ni se nos mira.

Tal es la queja.

Y París tiene muchísima razón.

¿Qué le hemos enviado como muestra?

Por de pronto, hé aquí el tipo principal: un señor más ó menos café con leche, ó «color de forro de bota», según la pintoresca frase de Coppée, que ha sido más ó menos llanero, lépero, gaucho; ó un bachiller troglodita de las Américas chicas. Aparece lleno de dinero, y se instala en el bulevar. Llama la atención su tipo exótico; se sabe que ha sido presidente de república, que ha robado, que ha fusilado, que ha dirigido guerrillas en las poblaciones ó en los campos, y, á lo verdadero, se agrega la leyenda de siempre: tiene negros, tiene plantaciones. Usa brillantes y detonaciones indumentarias con una pasión de babuino ó de congolés. Es general, ó doctor, ó licenciado. Derrocha el oro, vil y ridículamente. En el Bosque se hace notar por sus bigotes, por su querida, por su carruaje, por su aire y facha. Sus tarjetas llevan una Excelencia sonora. Sus propinas, sus compras, sus lujos de advenedizo, su deseo de figurar entre las gentes de la aristocracia se hacen notar. Suele llevar la representación de su país, cuando no es un «presidente en el destierro»: y de una ú otra manera, hé ahí el *specimen*, hé ahí la flor que los ojos parisienses ven del grande hombre que hace sonar á su paso las palabras Caracas, Nicaragua, Guatemala, Uruguay, Chile, Perú y tantas más de estas regiones continentales.

El hacendado, el cafetalero ó azucarero de tierras calientes, ó el estanciero, generalmente incultos y bastos se presentan en la gran capital, en una existencia chillona y grotesca; así ese personaje que nos ha pintado Alberto del Solar en una de sus novelas y que el ecuatoriano Juan Montalvo clavara también con una de sus armas firmes y justicieras.

Ellos son los únicos que han podido ir á Europa, esos frutos tempraneros de una sociología en dentición; y ellos han dado la nota, han importado el tipo. Antes les ha precedido el cargamento de café, de palo de

campeche, 6 de azúcar, 6 de cueros, que aseguran los desbridados lujos sin conciencia, las pompas exuberantes del *fetard* inocentemente desollado en la convicción de una grandeza de caricatura. Allí Dumas, allí Halevy, allí Sardou atrapan el raro y feo bicho. Son sus condecoraciones, sus corbatas, sus derroches, al mismo tiempo que sus trampas en el juego, y su irresistible estupidez, lo que so bresale y lo que caracteriza.

Luégo serán los mocetones, los retoños de esos papás que irán á seguir una carrera y á exhibir las más feas trazas, ó las cáscaras rugosas ó perlas de abalorio indio de la educación criolla.

Las palabras no se hacen esperar. Desde luégo se inventa esa joya: *rastaquouere*. Siguen otras como *sauvage*, de una suavidad indiscutible, y *brésilien*, de flagrante injusticia para nuestros vecinos.

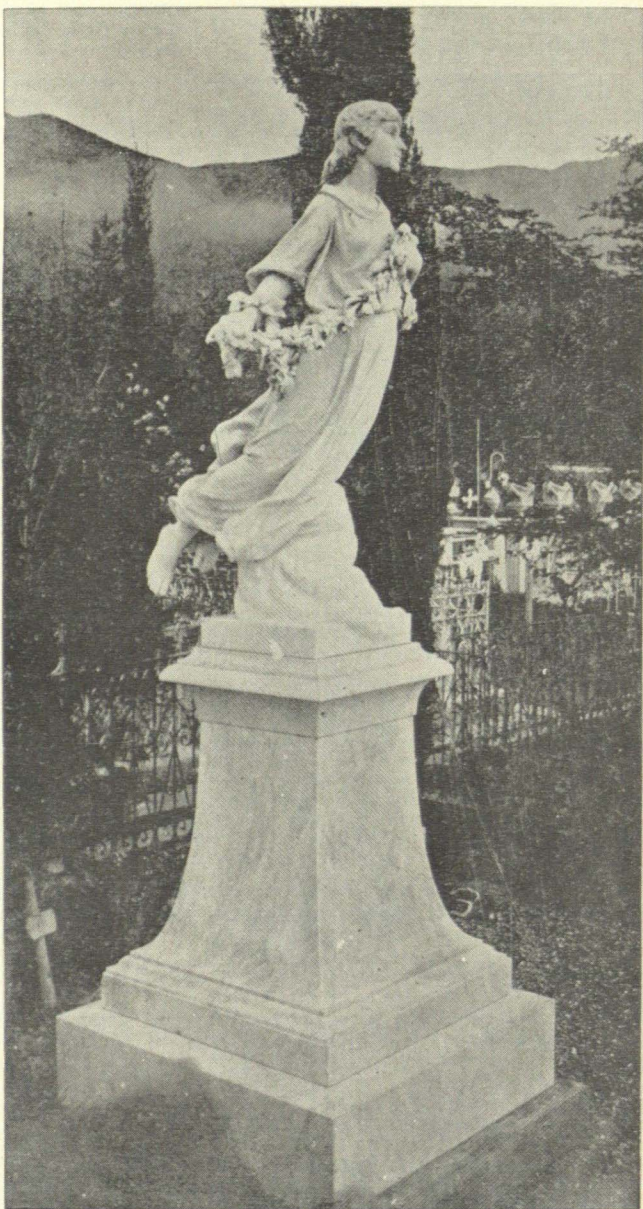
Intelectualmente? Lo que ha ido por allá de nuestra literatura en andaderas y de nuestro arte de tentativas no ha sido nada que pueda llamar fuertemente la atención. Nuestro exotismo que habría podido tocar á la punta de la curiosidad, se quedó en el lazo del gaucha, en el sombrero cónico y el pantalón mejicanos. La *Maria* de Isaacs que tiene su valor aparte del sentimentalismo que ha humedecido los pañuelos de dos generaciones sud americanas, y la *Amalia* de Mármol, de mérito histórico, encontraron traductores, críticos; y hasta plagarios europeos. Los mamotretos de nuestros bachilleres que se han expedido á Europa, naturalmente, han ido á parar á su justo destino. Pero cada vez que algo ha valido la pena de ser notado, Europa se ha manifestado bien y Francia la desdefiosa, ha sido afable. Pedro Emilio Coll debía recordar eso. Mucho es que, en un país por donde pasa, se concentra y refleja toda la luz del mundo, y en donde el español es muy poco sabido, pueda lograr un momento de triunfo alguna aislada y rara producción nuestra que merezca el trabajo de una versión ó de una crítica. No, Francia no es tan cruelmente desdefiosa como se cree. Lo que hay es que si las *Pepas* hallan matrimonio, los *Pepes* no pueden tener cabida..... Serán siempre «sauvages» y «rastas» Pero entre nuestros historiadores por ejemplo, Icazbalceta el mejicano, Barros el chileno, Mitre y López, no se pueden quejar de Europa ni de Francia en particular. Y en el terreno de la literatura Taunay el brasilero se quejará? Y en el de nuestra literatura científica se quejarán entre otros Ramos Mejía ó Coni? Es muy significativo el hecho de que una revista como el *Mercure de France* haya abierto una sección exclusivamente dedicada á las letras hispano americanas. Nótese bien el redactor de ella, Pedro Emilio Coll.

Quien estas líneas escribe se da por muy satisfecho al ser conocido y estimado por escritores como José María de Heredia, y Remy de Gourmont, que comprenden el español, y Rachilde ó Richépin, que se informan por traducciones. Mi contento es mayor, cuando el autor de *Les Blasphemes*, el poeta de *La Mer*, el dramaturgo del *Cheminéau*, toma una frase mía para escribir sobre ella un poema. No, la Francia no es tan desdefiosa cuando no lo debe ser. Y ello no es de ahora, que el cosmopolitismo literario ha tendido por el mundo una red de simpatía que une en el pensamiento contemporáneo á todos los trabajadores de la tierra. Hará unos treinta años que el señor Torres Caicedo, excelente sujeto de nuestra historia intelectual, recibía en París el homenaje de un prólogo, nada menos que de Jules Janin, para un volumen de sus mediores poesías. Pero conste que Janin, sospecho no sabía el español; y el prólogo resulta entonces un rasgo de espiritualidad generosa.

Los pocos florecimientos artísticos de nuestros últimos esfuerzos, nos han acercado más á Francia.

Y el conocimiento de nuestra alma, el conocimiento de esta alma hispano-americana aun ignorada en medio de una naturaleza extraordinaria, destruirá mucho el mal que nos han hecho los pintorescos caudillos, los ex-presidentes, los licenciados y capitalistas rústicos. Lo escaso intelectual de mérito cierto, los pocos poetas, escritores, artistas, harán muchísimo para aminorar la triste fama de nuestros países, no todos de *tierras calientes*..... Un explorador de pensamiento nos hace falta, un Humboldt, un Bompland, siquiera un Wiener de las letras. Un viajero de la idea que venga á observar el pequeño mundo que siente y medita en el continente de los rastaquouers, en donde no solamente hay facendieros, mineros, azucareros, estancieros y saladeristas, generales y doctores indígenas, ó viejos y mozos de chispa que van á París, cuando no á gastar dinero, á tomar lecciones de vicio fino y adquirir un nombre de pescado. Pues en esta clase de industrias, no ha faltado ni una cabeza hispano-americana para la guillotina: hemos tenido á Prado.

Siga Francia desdefiosa con el producto de nuestras inculturas y miserias sociales; y abra sus puertas á nuestros espíritus superiores, que sobre las pequeñeces de la vida nacional, vuelan á la gran ciudad, centro de toda luz.



MONUMENTO DE JULIETA BLANCO. — Por Eloy Palacios

REVISTA DE REVISTAS

POSTRIMERÍAS DEL SIGLO

Don Emilio Castelar traza en las líneas que á continuación insertamos el cuadro de las desdichas de Europa, al finalizar el siglo XIX, y las impresiones que experimentan los pueblos occidentales, al temer la creciente progresión de sus ya angustiosos cuidados.

«Pocas veces—dice—el horizonte político se ha visto como ahora tan cargado de nubes, y nubes tempestuosas, por cuyos hondos y oscuros senos, semejantes á cordilleras de vapores, henchidas con intensa electricidad, culebrean, cual fantásticas serpientes de fuego, los relámpagos y las fulminaciones de una inminente guerra. El precipitado regreso de Guillermo II á su capital, movido al reclamo de los tremendos problemas que surgieran en su breve ausencia; los desengaños del sultán, constreñido por la diplomacia europea unánime á evacuar Creta y consentir allí el gobierno de un príncipe griego; las manifestaciones, más ó menos reprimidas, en Tierra Santa, de plañideros armenios, requiriendo á la civilización para que les preste apoyo contra los rencores y venganzas de la barbarie ismaelita; las encrespadas agitaciones de Macedonia y Bulgaria, creídas de que van á echarse otra vez dados nuevos y nuevas suertes sobre sus respectivos territorios; el agudo malestar de Austria, disolviéndose por descomposición interior

en diversas nacionalidades, muy difíciles de cristalizar, quienes jamás pueden ni á tribus llegar como les sucedió á las gentes varias de los antiguos tiempos; el término y conclusión del ferrocarril transiberiano, cuyos hierros ponen como una espina dorsal nueva hoy al planeta, pues acercan la titánica Rusia con temible proximidad al ingreso boreal en China ó India; el intrincado litigio promovido á Francia por Inglaterra, empeñada en ahuyentar toda emulación y todo émulo en la inmensa línea extendida desde la Colonia del Cabo hasta la desembocadura del Nilo; el recelo apoderado de cuantos se interesan por la familia española en América, viendo tantos tiburones, sobreexcitados por triunfos piráticos inverosímiles é increíbles, como amenazan y persiguen las naves de sus Estados, husmeando carne fresca y sangre caliente para su voraz y enorme nutrición; las palabras de Salisbury que declaran decadentes á los pueblos inermes, cuyos territorios codicia una insaciable ambición; las maniobras europeas poniendo al Imperio chino en trance de muerte; la inteligencia entre los sajones del mundo para dominar el Océano y repartirse la tierra; los procedimientos crueles del ensobrecido yanki con España rota, inspiran un terror al siglo XIX expirante, amenazado por la guerra intercontinental, como el terror que inspiró á los pueblos cristianos en el siglo X expirante la milenaria creencia y certidumbre de hallarse inminente y próximo el Juicio final.»

POLÍTICA EXTERIOR

No ha mucho se hizo circular en Europa la noticia de que este año se trasladaría á los Estados Unidos el príncipe de Gales, para honrar con su presencia las fiestas del Centenario de Washington.

Pero tal noticia conmovió vivamente á toda la Inglaterra. Los escrúpulos británicos se avienen mal con la idea de que un príncipe de sangre real pueda, sin menoscabar su dignidad, aceptar la invitación de un simple Presidente de la República y recibir en la Casa Blanca una hospitalidad llanamente democrática.

En Londres se tiene la general creencia de que el príncipe de Gales es demasiado gran señor para asistir en persona á las referidas fiestas y que la "corrección" exige que solamente se haga representar. Pero por grande que sea la necesidad que experimentan los ingleses por conservar la "corrección" en toda circunstancia, bien quisieran también no lastimar á los americanos, cuya buena amistad les parece cada día más envidiable y necesaria. Se piensa, pues, que en lugar de enviar á Washington un simple oficial del séquito del príncipe, vaya un miembro de la familia real, que no sea el heredero de la corona: el duque de York, por ejemplo, ó el duque de Connaught.

Habría aún que evitar que el viaje no tuviese el carácter de un paso oficial; á cuyo efecto, el príncipe iría como por placer al Canadá y aprovecharía tan feliz ocasión para hacer una ligera recorrida por Norte-América.

Falta saber lo que piensan de semejante arreglo los ciudadanos de la gran República, pues no sería extraño que se admirasen de que el príncipe de Gales, que no rehusa almorzar en el Elíseo, haga tantos melindres para comer en la Casa Blanca. De manera que se hace indispensable encontrar otra combinación que, sin herir la vanidad británica, satisfaga mejor al orgullo americano.

LORD ROSEBERY PROFESOR

Según informa la *Revista Británica*, en el mes anterior tomó lord Rosebery posesión del sillón presidencial de la "Edinburgh Philosophical Institution," en sustitución de Gladstone.

Con ese motivo, y como es costumbre en tales casos, hizo el elogio de su predecesor, celebró su entusiasmo por las letras y su talento de literato; luego, ampliando la cuestión, estudió las relaciones de la política y de la literatura.

Aunque lord Rosebery es un escritor y un erudito, parece de opinión que la política y la literatura son incompatibles; juzga, no sin aparente razón, que el cultivo de las letras requiere cierta serenidad de espíritu, cierta regularidad de existencia que se concilian mal con las preocupaciones, las angustias y las luchas de la vida pública. No obstante, traza el cuadro de los estadistas ingleses que desde hace dos siglos han unido al amor por los libros la pasión del poder. La lista comprende casi todos los ministros de Inglaterra: Harley, Bolingbroke, Stanhope, John Russell, Grenville, Palmerston, Robert Cecil, Charles Fox, etc. Splamente falta Walpole en esa nomenclatura.

Deplora, además, no tener él mismo absolutamente ningún gusto por las letras. «Bien sé, decía á un amigo, que no encuentro en los libros las mismas delicias que vos. No puedo leer y esto me ocasiona un gran pesar. Descuido totalmente la lectura cuando estoy entregado á los negocios públicos. La política ha sido mi vida; á tal punto, que no podría leer una página entera. Y la lectura debía ser, en mi retiro, un lenitivo á mis males y una distracción á mi hastío; pero desgraciadamente no encuentro en ella ningún placer.»

Indiferente á las bellezas de orden puramente literario, lord Rosebery intentó refugiarse en las lecturas históricas, esperando encontrar en ellas algo de lo que lo había apasionado en su carrera de estadista. Pero, por triste que sea la historia, le pareció más bella que la realidad. «Todo esto, decía, está arreglado convencionalmente: todo es mentira.» Y por haber visto de cerca y durante largos años á los políticos de su época, no le interesaba el relato de la política de otros tiempos.

Despréndese del discurso de lord Rosebery que no deben los hombres de Estado despreciar la literatura: la lista que presenta prueba bas-

tante que la ignorancia no es una cualidad indispensable al estadista, y puede juzgarse por el ejemplo de Walpole que los políticos iletrados "se privan de un sublime consuelo en su vejez."

CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Concíbese cuánto pueden interesar á los que se dediquen á estudiar el movimiento de la civilización durante el siglo que termina, los datos é informaciones que se publiquen respecto á la ciencia, letras, artes, costumbres, estado social, en general, de los pueblos occidentales del globo, en esta centuria.

Gran parte de ese estudio corresponderá, indudablemente, al siglo anterior, que dio origen, sobre todo en sus últimos años, á todas las manifestaciones progresistas del presente.

Una nueva contribución á ese grande y trascendental proceso ha de ser la serie de memorias, monografías, relatos de determinadas épocas que han aparecido este año y á las cuales viene á sumarse la obra póstuma de Jacobo Nicolas Moreau, *Mes Souvenirs*.

Poco recordado es el autor entre los literatos de la presente generación. Fue, sin embargo, brillante su nombre, notable su personalidad entre los brillantes nombres de la Monarquía francesa y del mundo intelectual europeo. Redactor de los tratados de educación que sirvieron á los hijos de Luis XV, bibliotecario de la reina, historiógrafo de Francia, dejó apreciables obras que han servido de base ó consulta al análisis de su época; entre otras: los *Discursos sobre la Historia de Francia* y la *Exposición y defensa de la constitución francesa*.

Moreau tomó parte activa en los acontecimientos, tanto internos como externos, de la política francesa. Favorito del viejo mariscal de Noailles, fue encargado por Luis XV para defender los intereses de su país en América y llamar la atención de Europa acerca de los manejos de los ingleses. Agregado al Ministerio de Negocios Extranjeros, fue designado para informar á los ministros en todo lo relativo á las grandes cuestiones de política exterior; consejero del conde de Provenza, miembro del tribunal de cuentas, explicase que en tan larga carrera ha podido Moreau ver y saber mucho de su tiempo: útiles enseñanzas, curiosas revelaciones, rasgos hasta ahora inéditos figuran en los *Souvenirs* del bibliotecario de María Antonieta.

BIOGRAFÍA

M. CHAMBERLAIN.—Nos parece útil que los lectores venezolanos tengan idea del carácter y de las condiciones de uno de los Ministros británicos que más ha tenido que hacer con nuestro país en los últimos años, con motivo de nuestras fronteras orientales.

M. Chamberlain es el Ministro de Colonias del Imperio Británico. Un redactor de *Le Gaulois* ha hecho un estudio íntimo del político inglés, evocando las palabras de Dumas, hijo, relativas á las revelaciones que pueden dar los retratos de los personajes célebres.

El autor de *La dama de las camelias* decía que al oír hablar de un hombre se procuraba su fotografía. «Analizo sus líneas, y al cabo de poco tiempo sé si es acertado ó no lo que se dice, si los acontecimientos en que ha tomado parte concuerdan con su ser fisiológico, si puede dominarlos ó resistirlos; á qué héroe de la antigüedad, á qué dios de la fábula, á qué animal corresponde.»

Dumas escribía esas líneas á propósito del retrato de Bismarck, cuyos rasgos le parecían significativos á primera vista. «Este es un hombre! exclamó. Cuando se tiene semejante adversario político, es preciso asesinarlo, corromperlo ó vencerlo.»

El retrato de M. Chamberlain habría servido admirablemente al análisis de Dumas. El rostro está completamente afeitado como el de un clergymán. La frente despejada, ancha, bajo una fuerte cabellera negra como azabache, peinada con exquisito cuidado. Los ojos grandes, duros y penetrantes; el derecho, al parecer inmóvil bajo el monóculo, tiene como una expresión satánica. Los labios gruesos, pero firmes; labios que se abridrán sin duda para sonreír, pero raras veces para reír.

Ese rostro tiene la expresión del luchador definido, enérgico y audaz, que se ha levan-

tado desde las filas del radicalismo más democrático hasta el puesto de ministro de Estado en un gabinete presidido por lord Salisbury. La frente, los ojos y la boca inquietan: al contemplarlos, se piensa en el *quo non ascendam* del Superintendente Fouquet. Lo único que tranquiliza es la nariz.

Aquella no está en armonía con el resto de la cara: debería ser aguileña. Es al contrario, gruesa, de forma irregular, de ventanillas carnosas y dilatadas, propia más bien para la caricatura.

Dumas habría encontrado en ella razones que explicasen la frecuencia de los discursos de M. Chamberlain, quien continúa siendo *l'enfant terrible* del ministerio inglés.

Se dice que lord Salisbury no duerme la víspera del día en que M. Chamberlain debe hablar en alguna reunión, pensando en las inconveniencias que puedan escaparse á su colega el Ministro de Colonias.

Ello depende de que M. Chamberlain nunca ha dejado de ser radical: nadie ha creído jamás en Inglaterra, menos que él, en las ideas conservadoras. En el gabinete de lord Salisbury, M. Chamberlain es un perpetuo punto de interrogación. Todavía se conserva el recuerdo del alarma que produjo su entrada al Ministerio, hace tres años. M. Chamberlain era la personalidad más notable del partido radical inglés, el adversario más detestado del partido tory. A pesar de ello, combatió rudamente la política del *home rule* inaugurada por Gladstone, en la cuestión irlandesa. Sea por reconocimiento de lord Salisbury, sea simple táctica parlamentaria, es lo cierto que el antiguo aprendiz de zapatero ha ido á sentarse en el banco de los Ministros, al lado del duque de Devonshire.

M. Chamberlain mismo ha referido que al salir del Colegio fue aprendiz de zapatero y luego entró como socio industrial en una fábrica de tuercas, que á poco tiempo giró bajo la razón social de Nettlefold & Chamberlain. Las aptitudes comerciales de éste no tardaron en manifestarse de la manera más evidente y de proporcionarle rápidamente una fortuna.

En realidad, M. Chamberlain pasa por uno de los hombres de negocios más ingeniosos y más astutos del Reino Unido. En 1874 abandonó el comercio y adquirió cierta importancia en las asambleas políticas de Birmingham, no solamente por sus ideas avanzadas, sino también por su pasmosa facilidad de elocución. Pronto llegó á ser alcalde de Birmingham y luego fue electo para el Parlamento, en donde ocupó puesto de nota, ingeniándose con gran habilidad para imponer siempre su opinión. En suma, el antiguo radical es un hábil miembro del gabinete conservador, en donde apenas era tolerado al principio y en donde habla hoy en alta voz.

Como orador tiene grandes cualidades: muy dueño de sí, de un método seguro, de un espíritu desenvuelto. Nunca se levanta hasta las cuestiones de moral y de pura especulación, porque es antes que todo un hombre de negocios: se le conoce en su andar vivo y rápido. La divisa: *Time is money* parece hecha para él.

En la Cámara de los Comunes nunca se le ha visto con el sombrero puesto, ni dormirse, ni aun reír. Se entrega por completo á sus funciones de diputado ó de ministro. Muy pronto para la réplica, se incorpora recto como una pínula. Los que lo conocen le aplican la frase de lord Rosebery sobre Pitt: «No amaba sino la política: era la dama de sus pensamientos; su cuadra, su caza, su cubilete; era su ambición, su biblioteca, su fe.» Fuera de la política no se le conoce otra pasión á M. Chamberlain.

Sin embargo, fuma como un veterano; pero á diferencia de éstos, el tabaco que ofrece es siempre de excelente calidad.

Bien fácil es hacerlo á quien administra el más vasto imperio colonial del globo.

MARINA

Las cámaras francesas han considerado ya el anexo al presupuesto que les ha remitido el departamento de Marina.

Para este año 1899, estarán terminados el *Carlo-Magno*, el *San Luis* y el *Gaulois*, acorazados de escuadra de 11.275 toneladas. Para 1.900 estarán listos el *Henrique IV* y el *Jena*,

y el *Suffren* para 1.901. Su tonelaje respectivo es de 8.948, 12.052 y 12.728 toneladas. La velocidad calculada es de 17 nudos para el *Henrique IV* y de 18 para los otros.

El crucero acorazado *Entrecasteaux* se concluirá este año; seis más, de 9.500 á 11.270 toneladas se concluirán en 1.901 y otros cuatro para 1902.

Están al terminarse cinco cruceros de estación, el *Estrées*, *Guichen*, *Châteaurenault*, *Protet* é *Infernal*; el año entrante estará concluido otro del mismo tipo; así como un aviso, dos contratorpederos de escuadra de 23 nudos y siete de 26.

En la misma época se armará un torpedero de escuadra de 30, y seis de 26; en tanto que este año se procederá al armamento de 22 torpederos de 3ª clase de 24 nudos, seis torpederos de embarque y dos cañoneras.

Próximamente, dentro de pocos meses, estará del todo terminado un submarino y entrarán siete en los astilleros, para 1900. Uno de estos submarinos es eléctrico; los otros son de vapor: tendrán 34 metros de longitud, desalojarán 106 toneladas, su velocidad será de 12 á 13 nudos é irán provistos de cuatro tubos lanzatorpedos.

En resumen: la escuadra francesa se aumentará este año con 48 unidades, y con 21 el año entrante.

SOBRE LETRAS AMERICANAS

Nuestro compatriota Pedro-Emilio Coll, al referirse á la vida literaria en los pueblos latino-americanos, comienza la sección de que está encargado en el *Mercure de France*, con estas palabras:

«En la América latina no existe el literato de profesión; esto es, el escritor que vive exclusivamente del producto de sus obras. En nuestros países los artistas no constituyen una secta aparte; son individuos que se mezclan en el tumulto diario, que se ven obligados á ganar la vida como empleados, en el comercio, en las industrias, en la administración. Hay algunos, y son los más felices, que administran sus propiedades en la ciudad ó en el campo.

«Un libro casi nunca es un negocio; se pueden contar con los dedos las obras que han dado para cubrir los gastos de edición. Los directores de periódicos dan poco ó nada por los artículos literarios; aun hay casos en que el que desea publicar un ensayo, cuento ó poesía, tiene que pagar al director del diario ó de la revista en donde aparezca. Si por una parte esta costumbre tiende á perjudicar la cantidad, favorece en cambio la calidad de las obras; puesto que el artista no tiene que someterse á las exigencias y á los gustos del público, sino á su propio gusto é instinto. Así se explica la desproporción entre el autor y la mayor parte de los lectores.

«A pesar de todo, tenemos muchos literatos, como con frecuencia se ha dicho; «el amor á la gloria» y la necesidad invencible de comunicar nuestras emociones bajo formas más ó menos armoniosas, compensa el gozo del resultado pecuniario que en otros países conocen los escritores. No es raro encontrar personas que se imponen privaciones por economizar y llegar á publicar en volumen sus versos ó su prosa.

«El literato de Centro ó Sud-América es como he dicho, un hombre que condensa sus emociones bajo formas estéticas,—llevando al mismo

tiempo la existencia «vulgar» de los otros,—con el objeto de hacernos visibles lo que considera como la mejor parte de sí mismo.»

De Santiago de Chile nos ha llegado un poema titulado *Angel Caído*, de que es autor el señor Tito V. Lisoni.

Trae un prólogo del señor Pedro Pablo Figueroa. De aquel, y de la Introducción del



A FALTA DE MADRE! — Cuadro de Rojenthall

autor, copiamos algunas líneas que dan idea de la obra poética del señor Lisoni.

«Al joven poeta lírico que presentamos en este proemio, don Tito V. Lisoni, acontece este contraste: anhela conquistar el lauro glorioso de la victoria en la poesía, llevando el alma adolorida por la orfandad.»

Dice, además, el señor Figueroa que una de las poesías más delicadas y sentidas del autor del poema, es la intitulada *Mi Musa*, de la cual copia «tiernas estrofas»:

Es soñadora y bella, como un ángel;
Sufre ella insomnios como el alma mía;
Y cuando lloro me preludia endechas,
Y cuando canto me preludia silvas.

Igualmente sentida, continúa el señor Figueroa, es la inspirada composición *Mi Testamento*, que dedica á sus hermanos:

Abandonadme en el sepulcro oscuro
Que el sol de lo alto me dará su luz:
Que el hombre muerto necesita solo
Su pálida mortaja y su ataúd!.....

«*Angel Caído* es un poema sencillo, asegura el señor Figueroa, tal vez vulgar, porque es un canto de amor, y el amor es hoy en día un vulgar sentimiento de ternura ó de pasión.»

Y el propio señor Lisoni agrega: «No quiero ser un mal padre con los hijos de mi alma..... Son feos y raquíticos..... Apenas me atrevo á lanzarlos á la luz del día..... Quieren caminar por el mundo; y no se imaginan que tienen que sufrir ó los crueles desdenes de los necios, ó los insultos de los envidiosos, ó el látigo severo de la crítica sana;..... Idos, pues, á cumplir vuestra misión.....»

Alzase lejos de la turba multa,
Con todo su esplendor, un gran palacio
Que, con su lujo sin igual, insulta
Las luces celestiales del espacio.

Así continúa la descripción por espacio de 47 páginas.

Nos extraña que un hombre serio, como el señor Figueroa, nos haga recomendaciones (en su prólogo), tan hiperbólicas.

—No nos ha traído, pues, el correo del Pacífico en la última quincena, muy consoladoras noticias acerca de los caminos que lleva la poesía por aquellas regiones; puesto que también *El Crepúsculo*, de Guayaquil, presta una de sus páginas á un poeta que firma con pseudónimo versos como el siguiente:

¡Yo el polluelo ser quisiera
Que abrigara el duello mío!
Y en lugar de *pló, pló*,
Te amo, te amo le dijera.....

LOS LITERATOS FRANCESES Y EL ESTADO

José-María de Heredia, Anatole France, Sully-Prudhomme, Henri Houssaye, miembros de la Academia francesa; Maurice Faure, vicepresidente de la Cámara de diputados; Maurice Barrès, Leon Dierx, Fernand Mazade, Henry Bauër, Edmond Lepelletier, Jean Richepin, Mistral, Paul y Victor Margueritte, Rodenbach, Jean Lorrain, Georges d'Espèrès, el duque de Dino, Ogier d'Ivry y Clovis Hugues han regalado al Gobierno francés el notable retrato de Verlaine con que los obsequió el pintor Edouard Chantalat.

Se ha dispuesto que aquella obra sea colocada en el museo del Luxemburgo.



SECCION RECREATIVA

El "Balzac" de Falquière

Hé aquí la descripción del bosquejo que servirá de modelo para la estatua del escritor.

Balzac, está cubierto con su bata y sentado un poco de lado en un banco de un jardín. La pierna izquierda la tiene cruzada sobre la derecha. La mano izquierda está colocada sobre una pierna, y en ella tiene una hoja de papel sobre la cual se apoya la otra mano que sostiene un lápiz.

La cabeza es fuerte, la fisonomía serena, los ojos profundos: considera las múltiples escenas de la *Comedia humana* que, reflejadas en el interior, se convierten en pensamientos.

Puente chino de bambú

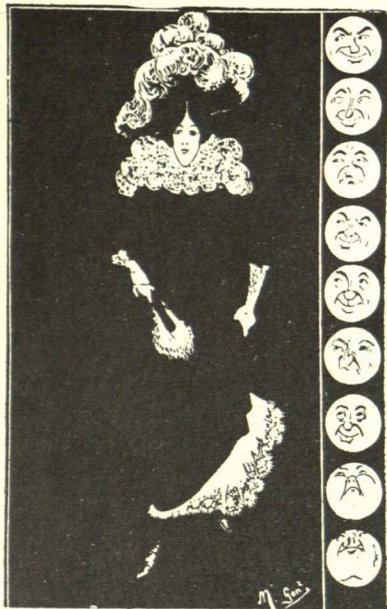
En Shi-Tsuen se encuentra un puente de bambú de un tipo bastante curioso. Tiene 90 metros de extensión y está formado por ocho cables hechos de varillas de bambú retorcidas en conjunto; cada cable es de 30 centímetros de diámetro y no están atesados, sino, al contrario, bastante flojos. Van doblados en las extremidades, las cuales penetran en un grueso poste de madera, clavado sobre un poyo de mampostería: este poste puede girar sobre sí mismo, á manera de cabrestante, lo que permite tesar más ó menos los cables. Las piezas del puente están hechas de gruesas vigas de bambú, fijas á los cables á una distancia de 150 metros unas de otras; sobresalen á los lados de manera que pueden atarse á otro cable que sirve de antepecho.

Este género de construcción es muy usado en ciertas regiones de la China y presta grandes servicios, bien que está sujeto á oscilaciones longitudinales y transversales que inquietan á los neófitos.

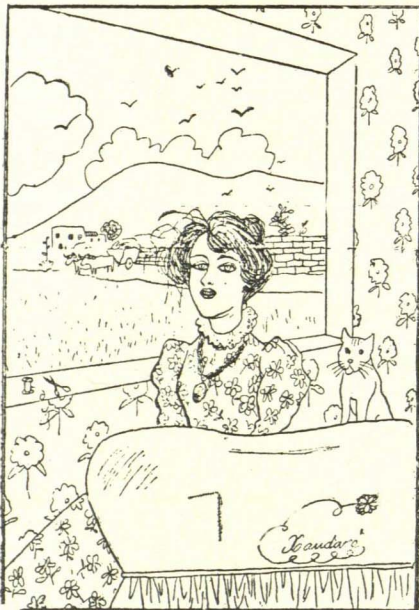
El azúcar en la alimentación de las tropas

Vemos en una revista europea que durante las últimas maniobras del ejército alemán se han hecho ex-

ESCUELAS MODERNAS



Decadente



Detallista



Impresionista

perimentos relativos al valor que podría ofrecer el azúcar como alimento para las tropas.

Se sabe que es muy lógica, en principio, esta modificación en el régimen de los individuos que tienen que gastar mucha fuerza muscular. El azúcar es un alimento muscular de primer orden; es un excitante tan poderoso como el alcohol, sin presentar los inconvenientes de éste, y provee a las combustiones musculares de todo el carbono que necesitan. Suprime, además, la sensación de fatiga que producen los grandes esfuerzos; efecto el último tan conocido de los adestradores ingleses, que hacen absorber fuertes dosis de azúcar a sus discípulos antes de las luchas, carreras a pie, regatas, etc.

Por otra parte, se ha observado que las personas sometidas al régimen del agua, son muy aficionadas a los alimentos azucarados; y esta sustitución del azúcar al alcohol responde, en suma, a una necesidad fisiológica.

En los ensayos practicados en el ejército alemán, los individuos sometidos al régimen zacarino recibían diez pedazos de azúcar por día, y comparados a sus camaradas, demostraban notablemente tener mayor vigor durante las maniobras; presentando, además, un aumento de peso excepcional.

Cuando se está en marcha, un pedazo de azúcar calma el hambre y apaga la sed: es el mejor medio para evitar las insolaciones.

El doctor Leitenstorfer, encargado de la dirección de estos ensayos, se propone introducir el azúcar en la ración diaria del soldado, a fin de mejorarla, y, antes que todo, hacer parte integrante de los víveres de reserva: con ello se consigue reavivar el vigor del soldado en todas aquellas circunstancias en que se necesita de su parte un esfuerzo excepcional.

La desinfección y los periódicos

Una epidemia de viruelas ha hecho estragos recientemente en la ciudad de Belfast. Esta epidemia era de una violencia extrema y hacía numerosas víctimas, pues en el Reino Unido la vacuna no está tan generalizada como en la mayor parte de los países del continente. Un ingenioso director de un periódico ha sabido sacar de esta desgracia pública un provecho considerable. Tuvo la admirable idea de hacer desinfectar todos los números de su periódico, el *Porthern Daily*, antes de venderlos. ¿Hasta qué punto era necesario ó suficiente esta precaución? No lo sabemos; pero el efecto moral estaba producido. Innumerables pregoneros recorrían las calles de Belfast, ofreciendo la hoja al grito de: "Comprad el *Porthern Daily* desinfectado!" Y los habitantes de la ciudad, a quienes los progresos de la epidemia inspiraban creciente inquietud, no compraban sino el *Porthern Daily*. Hoy día la epidemia ha cesado, pero ha quedado la costumbre: los que leían el *Porthern Daily* durante la peste han seguido leyéndolo después.

Imitación experimental del fenómeno de las manchas solares

Un sabio suizo, M. Th. Lullin, ha observado, en el curso de investigaciones muy curiosas acerca de los



Naturalista

fenómenos de deformación que acompañan la caída de una gota de agua, que cuando una masa líquida se rompe contra una superficie plana sobre la cual se halla extendido un líquido viscoso, éste toma, alrededor del punto de caída, formas completamente comparables a las que presentan las manchas solares.

M. Lullin da, en su trabajo, fotografías de dichas formas, que comparadas con las solares resultan singularmente notables.

Piensa el autor que esas analogías no son fortuitas; al contrario, cree que puede dar alguna nueva indicación acerca del origen de las manchas del sol y que éstas resultan de alguna caída de materia sobre la superficie de aquel astro.

M. Lullin recuerda, a ese propósito, que M. H. Gosse, en sus investigaciones médico-legales, observando las huellas dejadas por la expansión del gas a la salida de un cañón de fusil, cuando se descarga contra una superficie plana, notó que en ciertas circunstancias, esa expansión presentaba grandes analogías con la de los líquidos y ofrecía la apariencia de un anillo de rayos.

Esta observación es interesante, puesto que según todas las probabilidades, la materia se encuentra en estado gaseoso sobre la superficie solar.

Ciencia universal

Dice la *Independencia Belga* que se ha descubierto una curiosa muestra-aviso, del siglo pasado, perteneciente a un cirujano-barbero, que a estas dos profesiones principales unía una serie de oficios accesorios.

Dice así la muestra:

"Isaac Macaire, barbero, peluquero, cirujano, escribano, albéitar y comadrón. Afeita por un cuarto, corta el pelo por dos, empolva y peina a precios sin competencia a las señoritas bien educadas, enciende las lámparas por contrato anual ó por barrios. Enseña la lengua madre a los jóvenes hidalgos. Pone gran cuidado en la educación, modales y arte de agradar. Compone y limpia botas y zapatos, enseña el oboe y la trompa, corta los callos, pone y cuida vejigatorio a bajo precio, enseña el canto llano, coloca herraduras de manera maestra, da lecciones de cotillón y otros bailes, vende por mayor y al detal toda clase de perfumería, expende papeleras, lacre, arenques salados, especias, cepillos, confituras, rafes cordiales, ratoneras, queso fresco, salchichas, patatas y otras legumbres."

Post-scriptum:

"Enseña geografía y artículos extranjeros los miércoles y viernes. Con la ayuda de Dios: ISAAC MACAIRE."

La erupción del Vesubio

Tales proporciones ha tomado la erupción actual del Vesubio, que va a resultar una de las más importantes en la historia del célebre volcán.

Además del cráter central, que vomita sin interrupción una espesa lluvia de ceniza y de piedras análogas a las de la erupción de 2872, se han abierto otras siete bocas nuevas, que vierten lava en gran abundancia por las faldas de la montaña, alcanzando principalmente a la parte S. O.

El pequeño valle de Vetrano está ya casi enteramente cegado.

La lava, que destruye todo a su paso, quema los bosques de la falda del monte y modifica radicalmente su aspecto.

El observatorio ha descendido varios centenares de metros; las estaciones del ferrocarril funicular han quedado destruidas, después de haber dejado de ser utilizables hace tiempo, efecto del bombardeo de piedras volcánicas.

Nuevo proyecto para la travesía del Paso de Calais

Los periódicos ingleses hablan de un nuevo proyecto para la travesía del Paso de Calais, que consiste en establecer un ferrocarril eléctrico sobre rieles submarinos, es decir, algo análogo a lo que existe en una línea de Brighton a Rottingdean, en Inglaterra.

El valor de esta empresa no pasará de 350 millones de bolívars y bastarán cinco años para llevarlo a cabo.

Cables submarinos

Según una estadística de la Oficina internacional de las administraciones telegráficas de Berne, existían en la superficie del globo, á fines del año pasado, 1.459 cables submarinos, de 301.930 kilómetros 148 metros de longitud.

Los cables de las administraciones oficiales entraban en este total por 36.823 kilómetros 763, y los de las compañías privadas por 265.106 kilómetros 309.

El número de las primeras es sin embargo mayor que el de las segundas: existen 1.141 cables oficiales y únicamente 318 pertenecen á Compañías privadas.

Los cables de la administración oficial inglesa tienen una longitud de 3.879 kilómetros 763, y los de las Compañías tienen 184.955 kilómetros 786.

La administración francesa es la que posee en el mundo entero mayor número de kilómetros de cables, ó sea 9.325 kilómetros 236; pero sus Compañías privadas son relativamente pobres, pues no tienen sino 15.282 kilómetros 687.

Desde hace poco tiempo, Francia posee entre Brest y New York un nuevo cable, completamente independiente de Inglaterra. La primera línea, creada en 1869, llegó á ser efectivamente propiedad de una Compañía inglesa.

El nuevo cable es el más largo y el más grueso de todos los cables submarinos en servicio. Su longitud alcanza 5.700 kilómetros.

La administración alemana posee 4.119 kilómetros 870 de cables.

Respeto á los ancianos y á nuestros mayores

Honrad la imagen de vuestros padres y de vuestros abuelos en todas las personas mayores. La vejez es venerable para el que es de noble condición.

En la antigua Esparta—una ley prescribía que los jóvenes se levantasen al aproximarse un viejo, que callasen cuando hablara, que le cedieran el paso cuando lo encontrasen. Lo que no hace la ley entre nosotros, hágalo, y será mejor, la decencia.

Encierra tanta belleza moral este obsequio, que aun aquellos que se olvidan de practicarlo, no pueden menos que aplaudirlo en los otros.

Un viejo ateniense buscaba puesto en los juegos olímpicos, y la gradería del anfiteatro estaba repleta. Algunos jóvenes conciduanos suyos le hicieron señal de acercarse, y cuando cediendo á la invitación hubo llegado, no sin trabajo, hasta donde estaban, en vez de acogida sólo halló indignas risotadas. Expulsado de una parte á otra, el encanecido viejo llegó al sitio que ocupaban los espartanos. Fieles éstos á las costumbres sagradas de su patria, se levantan con modestia y lo colocan á su lado. Aquellos mismos atenienses que le habían escarnecido, fueron los primeros que reconocieron la generosidad de sus émulos, y los más vivos aplausos partieron de todos lados. Las lágrimas se desprendieron de los ojos del anciano, que con entusiasmo exclamaba:—¡“ Los atenienses conocen lo que es bueno: los espartanos lo practican!”

El corte y el crecimiento del cabello

Parece ser una cosa muy conocida la influencia del corte sobre el crecimiento del cabello. La opinión corriente es unánime: el corte aumenta el crecimiento.

Pero siempre hay que desconfiar de esas cosas incontestables que generalmente no reposan sobre ninguna observación precisa.

De este modo ha pensado el señor Jean Pader, quien ha hecho algunas experiencias, tanto en el caballo como en el hombre. Sobre este punto que parecía indiscutible. Escogió cierto número de cabellos y de pelos, de los cuales unos fueron enteramente cortados á intervalos regulares, y los otros escrupulosamente respetados, para poder servir de testimonio.

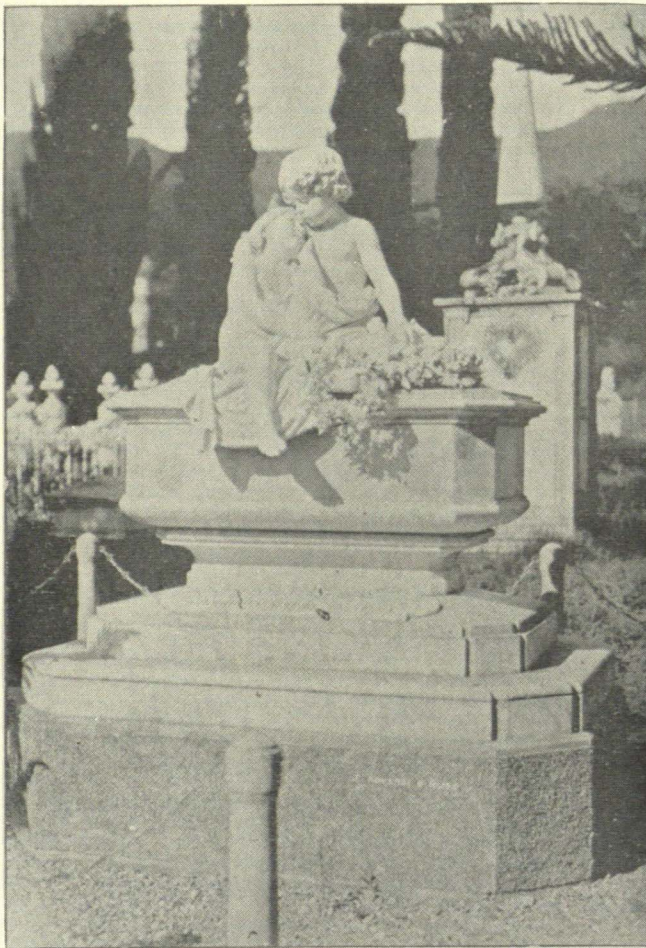
El corte se hacía cada quince días, y los fragmentos se unían unos á otros y se pegaban sobre un cartón.

El resultado de esta experiencia, simple pero ingeniosa, no ha sido favorable á la opinión admitida. El cabello y el pelo cortados habían crecido exactamente lo mismo que los que no lo habían sido.

Animales que no beben

Hay en el mundo, según el *Chasseur Illustré*, varias especies de animales que durante su vida no beben ni una gota de agua; en este número se encuentran las llamas de Patagonia y ciertas gacelas del Extremo Oriente.

Un loro vivió cincuenta y dos años en el Jardín Zoológico de Londres sin tomar una gota de agua, y algunos naturalistas creen que los conejos no be-



Monumento de la familia del señor Luis Castillo. — (De la casa de Roversi é hijo)

ben sino el rocío que tiene la hierba algunas veces.

Gran número de reptiles, serpientes, lagartos, y algunos batracios viven y prosperan en lugares completamente desprovistos de agua. Se señala igualmente una especie de ratón que vive en los valles áridos de la América occidental, á pesar de la ausencia de humedad. En fin, existen en Francia, rebaños de ovejas y de vacas que no beben casi nunca y producen sin embargo la leche con que se hace el magnífico queso de Roquefort.

Progresos del consumo de algodón en el mundo

Estas cifras tomadas de una revista técnica americana, demuestran el aumento de 300 por 100 en el consumo del algodón en el mundo, durante este último medio siglo.

Hé aquí cuál era el consumo en 1860-61 y en 1897-98 (las cifras expresan millares de fardos, y cada fardo vale 500 libras inglesas, ó sean 225 kilos).

	1860-61	1897-98
Gran Bretaña.....	2.091	3.330
Europa continental.....	1.379	4.576
Estados Unidos.....	807	3.040
Indias orientales.....	52	1.058
	4.329	12.504

China, el Japón y Méjico no están comprendidos en esta valuación.

Actualmente, se estiman en 100 millones el número de broches en actividad, en los países nombrados más arriba. Se cuentan 44.900.000 en Gran Bretaña, 31.350.000 en el continente europeo, 17.570.000 en los Estados Unidos y 4.100.000 en las Indias Orientales.

Lluvia y neblina

Muchas personas se sorprenderían si se les dijese que hay más agua en un metro cúbico de aire cargado de neblina que en un metro cúbico de aire atravesado por una fuerte lluvia.

Sin embargo, ésta es la exacta realidad.

Cuando llueve á torrentes, parece que uno está sumergido en el agua; y esa cantidad de agua es mínima. Hé aquí el cálculo hecho, sobre este punto, por un colaborador del Boletín de la Sociedad belga de astronomía:

Figurémonos un aguacero que dá 60 milímetros de agua en una hora: esta capa de 60 milímetros representa 60 kilos por metro cuadrado, ó sean 60.000 toneladas por kilómetro cuadrado.

Esta masa de agua, caída en 3.600 segundos, da por segundo y por metro cuadrado, cerca de 16 gramos.

Si la velocidad de la caída fuera de un metro por segundo, no habría en la atmósfera, durante la lluvia considerada, sino 16 gramos ó 16 centímetros cúbicos de agua; para una velocidad de 2 metros, no había sino 8 gramos, para una velocidad de 3 metros, 5 gramos, etc.

Además, se puede calcular esta velocidad, que es proporcional al grueso de las gotas y que varía de 1,784 por segundo para gotas de un milímetro de diámetro á 4,708 para gotas de un diámetro superior á 5 milímetros.

En las lluvias copiosas, el diámetro de las gotas que sean por lo menos de un milímetro, la densidad de la lluvia no pasa de 10 gramos por metro cúbico; y como el agua contenida en un metro cúbico de aire saturado á 15°, representa 13 centímetros cúbicos, queda probado que la densidad de la lluvia no iguala nunca la del vapor saturado.

El teatro antiguo español

El tan célebre teatro de la edad de oro de la literatura española no sólo abasteció de tema á los ingenios franceses, sino que, según un interesante y concienzudo estudio de León Bahlisen, publicado en la *Zeitschrift Für Vergleichende Literaturgeschichte*, los poetas anteriores y posteriores á Shakespeare y hasta el mismo autor de *Otelo* y *Macbeth* han aprovechado asuntos del teatro español.

Cosa no difícil de explicarse si se considera que en aquella época se hablaba corrientemente el español en Londres, debido á varias causas: primero, á haber sido la legítima esposa de Enrique VIII, Catalina de Aragón, Princesa española; segundo, haber sido Rey consorte de Inglaterra D. Felipe II; y tercero, á la influencia que ejercía en la corte de Jacobo I el Embajador español conde de Gondomar, á quien se le llamaba *el segundo Rey de Inglaterra*.

Shakespeare tomó el argumento de la *Duodécima* noche de una obra española en Florencia de otra de igual título española.

Flecher sacó su *Island Princess* de la *Conquista de Malacca*, y el Hermano Mayor de la comedia de Calderón *De una causa dos efectos*. La duquesa de Amalfi, de Webster, es un plagio del *Mayordomo de la duquesa de Amalfi* de Lope de Vega, y la lista podría continuarse indefinidamente hasta llegar al casi contemporáneo poeta norteamericano Longfellow, que escribió su drama *El estudiante español* aprovechando el tema de una novela ejemplar de Cervantes.

Los que comen arroz

Según una publicación oficial de los Estados Unidos, el arroz constituye el principal y á veces el único alimento de la mitad de la especie humana.

En efecto, entre los países que comen arroz, se encuentran: 1º, China, con 404 millones de almas, ó sea 27,5 por 100 de la población total del globo; 2º, la India, con 273 millones de habitantes, es decir, 18,6 por 100 de la del mundo entero; 3º, el Japón, que tiene 39 millones de almas; 4º, algunos otros países de Asia ó de Africa con 80 millones. Es un total de 800 millones de hombres, ó sean los 54 centésimos de la población de la tierra.

También se come arroz en América, en Australia y en Europa, aunque es verdad que no forma sino una parte mínima en la alimentación.

En Francia, el consumo del arroz sigue las alternativas de la cosecha de papas y del producto del ganado.

Carta célebre

Ahora, cuando el trágico fin de la Emperatriz de Austria hace recordar las desgracias que han pesado sobre esta dinastía, nos parece oportuno reproducir la carta que dirigió la desgraciada viuda de Maximiliano a María Victoria, duquesa de Aosta, en el momento en que su marido Amadeo de Saboya fue electo rey de España. Dicho documento contiene severas enseñanzas y juiciosas apreciaciones sobre un hecho importante de la historia contemporánea:

Hija mía:

Permíteme que te llame hija; ya porque soy viuda, ya porque mis dolores me dan derecho a emplear contigo el sagrado nombre de madre.

Te vi en Italia cuando eras bella, joven y feliz: yo era también feliz y joven, aunque no hermosa como tú.

Te vi otra vez cuando eras dichosa y yo muy desgraciada.

Te escribo ahora para anunciarte que puede llegar el día en que seamos infelices las dos.

¡Yo también fui reina, María Victoria! ¡Yo también sonreí... y me engañé!

Sabes que he perdido el juicio; y Dios te ama tanto, que me envía esta hora de lucidez para decirte la verdad, ya que tanto ambicioso, tanto adulator, tanto hombre indigno, tanta boca embustera, tanta lengua idiota, tanto corazón depravado, te mentiré.

¡Yo he sido reina, duquesa de Aosta; yo conozco el oficio!

—Sí. ¿Me entiendes?

Ahora falta que tu corazón de mujer no te venda.

Soy Carlota, la antigua Emperatriz de México, la esposa de Maximiliano.

Tengo prisa por comunicarte mis temores, porque no sé el tiempo que la locura me dejará libre.

¡Quién nos había de decir lo que ha pasado, cuando nos vimos por primera vez entre la arboleda de Frascati y de Tívoli!

¿Te acuerdas de aquellas tardes apacibles? ¡Ay! María, fíjate con atención en lo que mi desgracia va a señalarte! Esa buena ventura, dicha por una infeliz esposa a quién ha enloquecido el dolor.

Una comisión fué a Viena para ofrecer a mi marido la corona de México.

—Carlota, me dijo Maximiliano, me ofrecen el imperio de un pueblo famoso de América.

No quiero fingirte ni engañarte, María: aquella corona me deslumbró!

Comprendiéndolo Maximiliano, me dijo que me entendiera con la comisión.

Así lo hice, y acepté.

Empezaba el aprendizaje de Emperatriz.

Maximiliano me dirigía frases cariñosas.

Ya soy reina. ¡Oh, tristes ilusiones, negras vanidades, cuánto me costáis!

Sigue leyendo, María Victoria, sigue.

La comisión me besó la mano, asegurándome que México vivía en la anarquía y nos esperaba como a sus ángeles tutelares.

Maximiliano y yo nos mirábamos absortos; la comisión ponderaba las bellezas de México.

Mi marido y yo estábamos en Babia.

Sigue leyendo, duquesa, y verás en qué vino a parar tanta complacencia, tanta poesía.

Aquellos comisionados nos burlaron con mil mentiras.

Nos embarcamos alucinados por glorias desconocidas. Al abandonar las costas alemanas sentí una punzada en el corazón, y allí dio principio la desventura que debía enloquecerme.

Al fijarme en un punto lejano, blanco, y saber que eran las playas del Báltico, mi espíritu se oprimió; sin embargo, no lo dejé comprender por no afligir a mi esposo. ¡Hombre desgraciado! ¡yo también lo engañaba!

¡Extrañas que haya perdido la razón!

Sigue leyendo.

Nos esperaba la corona.

Estaba tan celosa de mi diadema, que cada ola embarrada me parecía un escollo.

¿Por qué el mar no abrió entonces para la nave sus senos misteriosos?

Llegamos a México.

¡Cuánta gente! ¡cuántos victores! ¡cuántas flores en el camino y en las calles! ¡cuántas colgaduras! ¡cuántos himnos! ¡cuántas luminarias! ¡cuántas alegrías! ¡cuánto amor!

Y, sin embargo, ¡horrorízate, María Victoria, México nos odiaba, México nos aborrecía!

Si alguna vez sales de Italia, si el resplandor de una corona te ciega los ojos y el corazón, no fíes en el número de personas que rodean la portezuela de tu coche. El pueblo ve a los reyes y a los emperadores como presencia un espectáculo teatral, como ve a los ajusticiados.

No fíes tampoco en la sonrisa de los grandes.

¡Si los vieras desnudos de pompa, como yo los he visto!

No olvidaré nunca que un magnate de México cayó de rodillas a nuestros pies, y besó la tierra que nosotros pisábamos.

Aquel fue el primer traidor, el que primero vendió a mi marido.

Mi marido fue fusilado en suelo extranjero.

No lo asesinó México; lo asesinaron aquellos hombres que nos vinieron a buscar y que me besaron la mano.

Colgaduras, himnos, luces, arcos de triunfo, victores, flores, todo pasó.

Llegaron noticias de la guerra y Maximiliano me miró siniestramente.

El Emperador habló con un personaje de Gobierno; sorprendí oculta la conversación, y extremece me de horror. ¡Los pobres mexicanos fueron sacrificados!.....

Antes que morar en ciertos palacios, prefiero vivir en cueva de gitanos.

La comisión nos dijo que México se encontraba en plena anarquía.

¡Era falso, María!

La anarquía estaba en la comisión y en los hombres que la enviaban para perdernos, quienes se hacían tocar a su paso la marcha real; conciencias podridas, miseros plebeyos, metidos de rondón a reyezuelos!

Los comisionados vinieron en grandes buques, haciéndose los opulentos, derrochando el dinero, mientras que poblaciones importantes de México se veían azotadas por la fiebre amarilla y la miseria.

Si en estos instantes se hiciese la anatomía de mi cuerpo, verían que mis entrañas están secas.

Maximiliano no dormía; yo tuve una horrible pesadilla.

Se la expliqué a mi marido. He visto—le dije—las sombras de tres hombres sin cabeza: el emperador Maximiliano y los generales Miramón y Mejía.

¡Sálvate y sálvame, esposo mío, estamos perdidos.

Me vestiré de luto y me volveré a Europa; te dejo mi alma, pero se va mi cuerpo.

Maximiliano quedó mudo, cubrióse el semblante con ambas manos y lloró.

Partí sin que ninguna comisión me ponderara ya aquel paraíso terrenal.

Dije a mi esposo en el momento de partir:

—¿Te quedas?

—Es mi destino.

Ya en Europa, recibí una carta suya concebida en estos ó parecidos términos:

“Lo adivinaste, Carlota: el rayo de luz que entra en mi morada es mi último sol. Estoy en capilla, arrodillado ante la imagen de Jesús. Dentro de una hora caminaré al suplicio entre el sacerdote y el verdugo.”

¡Al separarme de Maximiliano tuve el horrible presentimiento de que me separaba para siempre de mi único amor en el mundo!

El buque parte y en todas ocasiones me parece ver el rostro de mi esposo.

—¿Qué es aquel punto blanco que se descubre en el horizonte?

—Las Playas del Báltico, señora, me respondió el capitán.

¡Playas del Báltico, arenas de mi patria, aquí me tenéis: vuelvo a vosotras vestida de luto, me dije en mi conciencia!

Llegué a París, corrí a las Tullerías: Napoleón me recibió como una estatua de granito.

Empero, yo divisaba una cruz y volé a Roma; fui al Vaticano, puse mis labios en los pies de Su Santidad, y en aquel instante vi de nuevo aquellas tres sombras de los tres personajes: perdí toda esperanza, me acordé de un hombre y enloquecí.

Me condujeron a Viena y luégo a este castillo donde vivo con la soledad, el silencio y una memoria admirable.

Aquí me traje on una caja que contenía los restos

del hombre a quien amé; caja que abrí un día sin que nadie me viera.

La mano derecha de mi esposo estaba cerrada como si fuera de bronce.

Mis manos abrieron las suyas, encontré un papel que decía:

“Carlota: tu lo adivinaste, perdóname. Yo que he vivido mal quiero morir bien. Mi último suspiro es para tí.”

¡Extrañarás, María, que haya perdido la razón?

No soy Carlota, no tengo vida, voló mi alma.

Napoleón III ensalzado me perdió a mí; Napoleón III caído te perderá a tí.

He de terminar esta carta.

Adios! María Victoria, siento que se turba mi mente, que mi alma vuelve a rodar por los abismos insondables de la locura.

Vuelvo a ver aquellas sombras.

¡María Victoria, no abandones tu patria!

Mira que te engañan como a mí me engañaron; que te venden como a mí me vendieron.

Te he dado la prueba más grande de amistad al hacer tales revelaciones.

Tu infortunada y leal amiga,

CARLOTA.

Ex-Emperatriz de México

ENTRETENIMIENTOS FILOSOFICOS Y LITERARIOS

TRIÁNGULOS

Eternidad, poder y sabiduría, forman el triángulo, ó delta (Δ), representativo de la Divinidad.

Hay casos en los cuales el triángulo forma una especie de trípode, semejante a la de las sacerdotisas de Apolo. Veámoslo en los siguientes:

Inteligencia, cordura y moralidad, bien equilibradas, forman la trípode sobre la cual asienta el hombre superior; y de ahí ofrece al mundo sus opimos frutos. Al fallar una de estas tres bases, falsea el edificio; y aun se derrumba.

Torpeza, demencia y maldad, forman otra trípode funesta, contraria a la anterior: en ella asienta el error; y de ahí esparce por el mundo sus fatales frutos. Por lo regular andan las tres reunidas en grata hermandad.

Inteligencia, laboriosidad y buena fe, constituyen la trípode sustentáculo del acreditado comerciante moderno.

Codicia, arrojío y mala fe, forman la trípode contraria; esto es, la del detestado pseudo-comerciante de todos los tiempos.

En otros casos el triángulo semeja un pabellón, a manera del que se forma con tres fusiles entrelazados por las bayonetas, de suerte que sosteniéndose mutuamente puedan mantenerse en pie. Hé aquí algunos:

Calumnia, ingratitud y rencor, son tres furias que, formando un triángulo infernal, se apoyan mutuamente.

Adoración, gratitud é indulgencia, forman un triángulo celestial, opuesto al anterior.

Forman triángulos igualmente celestiales, que se apoyan, cada uno, en sus respectivos tres puntos.

Las tres virtudes teológicas: *Fé, esperanza y caridad*.

Las tres potencias del alma: *Memoria, entendimiento y voluntad*.

Las virtudes llamadas cardinales son también, esencialmente, tres: *Prudencia, justicia y fortaleza*.

La templanza queda virtualmente comprendida en la prudencia.

Es de observarse la circunstancia de que estas virtudes y potencias no pueden funcionar, en su plenitud, las unas sin el auxilio de las otras, de la misma especie.

En contraposición tenemos: Los tres enemigos del alma: *Mundo, demonio y carne*.

Fanatismo, superstición é hipocresía, triángulo nefando y tenebroso; opuesto a este otro diáfano y sagrado:

Religión, piedad y sinceridad.

Respeto a sí propio, sentimiento del deber y vergüenza, constituyen el triángulo que sostiene la dignidad personal del hombre.

La carencia de estas condiciones produce el monstruo falto de respeto a sí propio, abandonado y cínico.

Soberbia, avaricia y envidia.
Lujuria, gula y ociosidad.
 Son trincas de caballos indómitos que nos llevan en volandas á la perdición.
 En contraposición á estas trincas existen dos triángulos de virtudes sublimes:

Humildad, generosidad y caridad.
Castidad, sobriedad y diligencia.

Constituyen triadas mitológicas:
 Los tres jueces: *Eaco, Mínos y Radamanto.*
 Las tres furias: *Tisifona, Megera y Alecto.*
 Las tres parcas: *Láquesis, Cloto y Atropos.*
 Las tres gracias: *Aglai, Eufrosinc y Thalia.*

La religión presenta algunos otros triángulos.
 La Santísima Trinidad: *Padre, Hijo y Espíritu-Santo.*
Cielo, purgatorio, infierno.

En las bellas artes forman triángulo las siguientes:
Pintura, escultura y arquitectura.
 Los colores fundamentales de la pintura son: *Amarillo, azul y encarnado ó rojo.*
 En la música tenemos: *Tiple, tenor y bajo.*
Arte, ciencia y poesía, forman un triángulo ideal.

El hombre presenta tres manifestaciones distintas de su ser: *Física, moral é intelectual.*

Un tribunal se constituye ordinariamente con tres personas: *Un juez y dos conjuces.*
 Un arbitramento igualmente con tres: *Dos árbitros y un tercero en discordia.*

En las empresas amorosas concurren con frecuencia tres: *Él, Ella y un confidente ó confidenta intermediario.*

Las razas humanas principalmente son tres; á saber: *Blanca, india y negra.*

La raza blanca, denominada también caucásica, se subdivide en tres variedades: *Rubia ó blanca, castaña y morena.*

La india en otras tres: *Mangólica ó amarilla, malaya ó aceitunada y americana ó rojiza.*

La negra igualmente en tres: *Etiópica, hotentota y congoleña.*

Del cruzamiento de estas razas y sub-razas se deriva una variedad infinita de matices intermedios; que parten, en graduación insensible, desde el blanco rubio hasta el negro ébano.

El hombre casi no puede andar sin el apoyo de un bastón; el cual forma triángulo con sus dos piernas.

Lo mismo pasa, y con mayor razón, con los animales antropomorfos; como el orangután, el gorila, el chimpancé.

El que ha perdido una pierna anda con el auxilio de dos muletas, las cuales forman triángulo con la pierna restante.

Una pared que se desploma, se apuntala formando un triángulo.

TRIÁNGULOS RELATIVOS Á LA GRAMÁTICA

A veces las reglas gramaticales se encadenan entre sí, apoyándose mutuamente las unas en las otras, como sucede en las matemáticas. Y esto, con frecuencia, formando triángulos, á semejanza del pabellón, mencionado hace poco, que se arma con tres fusiles.

Los números gramaticales rigurosamente son tres: Singular, dual, plural.

Verdad es que en nuestro idioma castellano sólo se cuentan dos números: singular y plural; mas no por eso dejamos de tener el dual refundido en el plural.

Los géneros principales son tres: Masculino, femenino, neutro.

Y otros tres accesorios: Común, epiceno, ambiguo.

Las personas gramaticales son tres: *Primera, segunda, tercera.*

Los pronombres personales son tres, correlativos á las tres personas: *Yo, tú, él.*

Los llamados pronombres posesivos, de acuerdo con los personales, son igualmente tres: *Mío, tuyo, suyo.*

Los esencialmente demostrativos son también tres: *Este, ese, aquel.*

Las conjugaciones de los verbos son tres, numeradas: *Primera, segunda, tercera.*

Los órdenes de formas afines en los verbos irregulares son seis; esto es, tres y tres.

Los tiempos primordiales de la conjugación son tres: Presente, pretérito, futuro.

En prosodia existen tres categorías principales de acento: Agudo, grave, esdrújulo.

Las reglas primordiales de la acentuación ortográfica son tres. (*)

Los signos principales de puntuación son tres: Coma, punto y coma, punto.

Los dos puntos no son más que una variante del punto.

Los signos de entonación son tres: Interrogación, admiración, puntos suspensivos.

Las palabras constan de tres partes: Inicial, medial, final.

Forman tres categorías: Simples, yuxtaposiciones compuestas.

Para explicar la pronunciación de las vocales hebreas es usado en las escuelas el artificio llamado: Triángulo de Orshell.

Constituyen este triángulo las vocales *a, i, u*; considerándose las demás como sonidos intermedios.

La prosodia ó ortología castellana, coincidiendo con lo anterior, se basa igualmente en dos triángulos.

Hé aquí como explica este punto el aventajado filólogo venezolano doctor Carlos Guerra:

"Todas las consonantes son modificaciones, más ó menos extensas, de la gutural, *k*, de la dental *t*, y de la labial *p*; así como también todas las vocales no tienen otro carácter que el de variaciones de la gutural *a*, de la dental *i*, de la labial *u*."

BALDOMERO RIVODO.

(*) Véase en nuestras "Entretenimientos Gramaticales", tomo segundo, página 39.

NUESTROS GRABADOS

Correos y Telégrafos

El Congreso Nacional, con fecha 9 de marzo último, creó nuevamente el Departamento de Correos y Telégrafos y por Decreto Ejecutivo dictado el día siguiente fue elegido para desempeñar aquella Cartera el joven juriconsulto doctor José Loreto Arismendi, quien en el Despacho de Fomento acababa de dar pruebas de conocer el ramo y de ser activo é iniciador.

En su nuevo cargo, el doctor Arismendi se desenvuelve de manera satisfactoria para el país. Acompañarlo, como Directores del Despacho, los doctores Rafael Domínguez y Gonzalo Picón Febres, jóvenes de reconocida ilustración.

El Ministerio de Correos y Telégrafos promete provechosas reformas.

La Virgen

En el lienzo de Palmaroli aparece de relieve la amable conjunción de lo divino con lo humano. Tiene esa Virgen la serena castidad del cielo y la conmovedora simpatía que arranca del concepto de la maternidad.

Juana de Arco

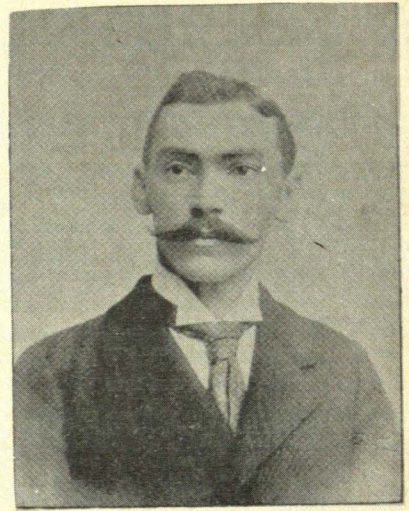
El magnífico cuadro de Ingres hace mantener viva la admiración que debe la posteridad á la Doncella de Orleans.

La célebre heroína francesa, al decir de uno de sus biógrafos, fue hija de un aldeano y nació en 1410. Sintiéndose inspirada, se presentó á Carlos VII y le pidió soldados para batir á los ingleses que asolaban al país.

El rey, en un principio, sólo le confió algunas compañías, con las cuales rechazó la joven guerrera un numeroso ejército inglés que sitiaba á Orleans. Desde entonces fue su vida una serie de hazañas prodigiosas, venciendo muchas veces á los enemigos, y consiguiendo que el rey Carlos fuese reconocido en todas partes. Logrado su objeto quiso retirarse, y sólo se detuvo á ruegos del monarca, que no la dejó marchar, creyendo perder su principal apoyo. De aquí provino su desgracia; pues habiéndola cogido prisionera los ingleses, la quemaron viva, "por brujería," el 30 de mayo de 1431, en Ruan. La sentencia fue dictada por un obispo y varios clérigos.

Caracas

El grabado de la página 75 representa el patio de una casa de familia al Norte de la ciudad. Esa ilustración, como varias otras de la misma índole que se encuentran en la colección de EL COJO ILUSTRADO, demuestran que algunas de las nuevas construcciones de la capital se van apartando de la rutina.



Señor H. Avril

Se concibe la suma de constancia, de aplicación, de entusiasmo y de esfuerzos que tienen que emplear los que se consagran al cultivo y perfeccionamiento de un arte ó al estudio de una ciencia, en aquellos medios que por peculiares circunstancias carecen de los elementos indispensables á la realización satisfactoria de un propósito ó al completo desarrollo de una idea.

A las pocas capitales que en el país cuentan con los aludidos elementos, raras veces pueden concurrir aquellos ingenios que revelan felices disposiciones para obtener general reputación en algún ramo científico, artístico ó industrial. Intelectualmente es precaria la vida en casi todas las ciudades en donde sólo de tarde en tarde, y á través de innumerables dificultades, llegan las noticias é informaciones del movimiento civilizador. La vasta extensión del territorio, la cifra relativamente exigua de sus pobladores, la incipiente natural de nuestras vías de comunicación, multiplican los inconvenientes y dificultan ó retardan el saludable contacto de los pueblos. Y si la rapidez con que marchan las modernas conquistas del progreso hace posible que la prensa lleve á toda hora y á todos los ámbitos el informe y las referencias de los últimos adelantos y de los últimos descubrimientos, no es, en cambio, tan fácil hacer llegar los medios por los cuales se establezca la comprobación ó se labore en el perfeccionamiento.

A veces, empero, la lucha de los bien inspirados es tan sostenida en ese campo estéril, que sus esfuerzos se hacen notables y dignos de recomendación y aplauso.

A ese título traemos á nuestras columnas el retrato del señor HENRIQUE AVRIL, cuyos trabajos fotográficos no necesitan ya ser encarecidos. Durante siete años ha venido prestando su más asidua colaboración en las páginas de nuestra Revista, contribuyendo al mejor conocimiento de las ricas y hermosas regiones de Venezuela por las cuales él viajado, con el constante envío de copias interesantes por su disposición artística, por su pureza y por el atractivo de su conjunto.

El señor AVRIL es joven, inteligente y laborioso tiene excelentes condiciones para adquirir con su arte, una situación próspera y merecida.

EL COJO ILUSTRADO le protesta una vez más su aprecio y su agradecimiento por las muestras de deferencia que siempre ha tenido para con esta Revista.

Maracaibo

La ciudad de Maracaibo, llamada en su origen Nueva Zamora, fundada por Alonso Pacheco en el año de 1571, á la orilla izquierda del lago de su nombre, á nueve metros sobre el nivel del mar, ofrece la más lisonjera perspectiva por la especial disposición de sus casas, los extensos palmares y cocotales que la decoran, el hermoso aspecto de su bahía y la varia situación que presentan las diferentes demarcaciones de la ciudad, cada una de las cuales se extiende hacia distinto punto del horizonte.

Entre sus edificios notables figura el Palacio donde celebra sus sesiones el Concejo Municipal. De ese edificio aparece una vista parcial en el presente número.

El Catecismo

Se conserva en el Museo de Luxemburgo este magnífico cuadro de Muenier, que es una manifestación brillante del realismo en el arte.

Udalrico y Bozena

La preciosa escena que describe el lienzo de Zenisek evoca el recuerdo del antiguo monarca de Bohemia, guerrero constante y esforzado, que hizo frente á innumerables dimensiones internas y alcanzó en el exterior diversas victorias sobre los polacos. Udalrico fue hijo del gran Boleslao, llamado el Benigno y el Casto; y subió al trono por efecto de una conspiración contra su hermano Jacomiro, á quien hizo sacar los ojos y encerrar en la prisión de Lissa.

Descansando

En pleno campo, sobre hierbas y flores, descansan de su fatiga, á la hora del crepúsculo vespertino, los protagonistas del cuadro de Ferraguti: dos graciosas campesinas, flores de selva, que piden el acento del caramillo ó la estrofa tierna de la égloga latina.

Cámara de Comercio de Valencia

Al pie de los retratos de los señores que la forman se lee el artículo que dice relación con ella. Hacia dicho artículo llamamos la atención de nuestros lectores.

Villa de Cura

Esta simpática ciudad, fundada por un ascendiente del Libertador en la fecunda región de los Valles de Aragua, es importante por su situación a la entrada de los Llanos guariqueños—con los cuales sostiene activo comercio;—por la feracidad de los campos que la circundan, y por los innumerables yacimientos de oro que existen en sus cercanías. Hasta hace poco fue capital del extinguido Estado Miranda, categoría política a la cual debe su embellecimiento y ornato. Entre sus buenos edificios públicos se encuentra el Palacio de Gobierno y la Iglesia Parroquial. En su principal plaza se levanta, sobre pedestal de mármol, la estatua de bronce del Mártir de la Carraca.

La Casa de Gobierno y la Calle Bolívar son las vistas de Villa de Cura que publicamos hoy.

Cementerio del Sur

Obra de indiscutible mérito artístico es la que, tallada en mármol por el afamado escultor venezolano señor Eloy Palacios, se levanta sobre la tumba de la inolvidable niña Julieta Blanco, cuya muerte, acaecida en 1886, a la edad de doce años, hirió para toda la vida el corazón de su padre, el ilustre autor de *Venezuela Heroica*.

Otro monumento tumulario que aparece en el presente número es el de la familia de nuestro amigo el señor Luis Castillo y representa dos ángeles tristes sobre la losa del sepulcro.

Río Caribe

Las nuevas vistas que de la floreciente capital del Distrito Arismendi aparecen en la presente edición, reproducen cuatro de los más bellos paisajes del Nibaldo, cuyas aguas tranquilas, sombreadas por frondosos javiños y altos bucares, fertilizan las vegas más cercanas a la población.

Un secreto

La escena que representa el cuadro es candorosa—mente picaresca. Al mérito de la intención que aparece de relieve en el asunto, se hermana el no menos apreciable del efecto de luz que quiso producir y que en efecto produjo, admirablemente el artista.

Sport

Ilustran las páginas del presente número tres grabados que representan la última excursión velocipedista a los Valles de Aragua, realizada por los jóvenes caraqueños que componen la asociación denominada *Veloz-Sport*.

A falta de madre

La obra de Rosenthal commueve por la idea que entraña, y satisface el gusto más exquisito por la sencillez de la ejecución y la amable realidad en que se desenvuelve el asunto.

En el tocador

Con toda la gracia del arte, Roussin traslada al lienzo la figura de una elegante dama a quien sorprende colocándose una flor, en tanto que el espejo aprueba la manera delicada con que lleva a cabo su objeto.

SUETOS EDITORIALES

Doctor Ricardo Ovidio Limardo.

Llamamos la atención a los amantes de los estudios filológicos acerca del que nos ha obsequiado nuestro ilustrado colaborador y respetado amigo, el señor doctor Ricardo Ovidio Limardo. El autor de este estudio dedicado a la Real Academia Española, es un escritor que cuenta largos merecimientos en la carrera del profesorado, en Europa como en nuestra patria, y que posee vastos conocimientos en materia de lenguaje.

Con gusto damos cabida en nuestras columnas a esta nueva contribución a la pureza y esplendor de la lengua castellana.

Otros libros.—La bibliografía nacional promete ser fecunda en el año que comienza. A los libros de Díaz Rodríguez y Blanco Fombona, que anunciamos en nuestro número anterior, hay que agregar un tomo de poesías de Torres Abandero, actualmente en prensa en las oficinas de EL COJO ILUSTRADO y la segunda y tercera serie de artículos de *Jabino*, que comenzarán a circular dentro de poco.

Son, pues, cinco libros,—salidos de nuestros talleres,—con que las letras venezolanas saludan al año de 1899; obras que, sin duda, se verán no tarde acompañadas por las de otros de nuestros prosadores y poetas.

Díaz Rodríguez.—CUENTOS DE COLOR.

—Un presente venido de manos del autor de *Confidencias de Psiquis* había de ser, como este nuevo libro, delicado y selecto.

El artista de sensaciones exquisitas, la mente de los altos y nobles pensamientos, el maestro de la dicción impecable, nos tiene acostumbrados a imaginarlo frente a sus concepciones gloriosas, surgidas en región muy alta, lenta y armoniosamente, como un himno que sube a los cielos del Arte. El no concibe y cincela sino para esas excelsitudes; la expresión adusta, ceñuda, de cuyas contracciones sombrías amenazan saltar centellando las cóleras, el gesto cruel, las líneas forzadas en violentas retorsiones dolorosas de iras inapagables, no son las actitudes de sus creaciones. Y sin embargo, bajo sus formas albas, tersas, armoniosas, palpita casi siempre como un sostenido dolor de la miseria humana, la miseria más recóndita y cruel, la que sólo se queja en el fondo del espíritu, la que tiene amarguras que no matan ni enferman sino esotra vida que bajo la vida material llevamos y que va ocultándose y desapareciendo agobiada por esta tenacísima vegetación de abrojos del diario cuidado, del perennal forcejeo por la existencia.

Díaz Rodríguez va a cultivar las flores de ese huerto que no fue dado a todos los hombres; y, pálidas ó vívidas, es con ellas que engalana y perfuma el ara y los ábsides del arte. No se ha acercado a los santuarios a profanar su religión. No sabe de supersticiones, ni de sobresaltos de misterios: es su iniciado, su oficiante. No va en peregrinaciones, porque son caminos odiosos, infestados de carbonarios de las Letras, los que hay que pisar; son los cardizales estériles de la diatriba los que hay que atravesar; y no es el denuesto para sus labios, hechos a pláticas señoriles; ni podría su pluma—estilo de diamante para burlar sobre tablas de oro,—seguir los rasgos que en hampas literarias son fáciles a los gitanos del Arte.

Su temperamento refinadísimo, de otros tiempos y otro suelo; su manera elegante, aristocrática, grave y serena como tomada en las más puras fuentes de la cultura ateniense; la expresión de infrangible dignidad, el lenguaje sin manillas con que dice de las más delicadas sensaciones que hayan hecho palpar el alma de un artista, lo han consagrado una de las más brillantes y legítimas reputaciones literarias del continente; son de eminente realza sus blasones y está inscrito, en la grandeza de las letras hispanas,—entre los escritores de estirpe esclarecida.

Cuentos de color serán colocados, junto con *Sensaciones de viaje*, *Confidencias de Psiquis* y *De mis romerías*, en anaqueles guarnecidos de olorosos tafiletes, al lado de los mejor repujados joyeles de las letras americanas.

J. Núñez Meneses & C^a.—Hemos sido obsequiados por esta firma con un bello cromó contentivo de un calendario anunciador de las fábricas de cigarrillos *El Cojo* recorte N^o 17 y *La Confianza*, que dirigen dichos señores en esta ciudad.

Les damos nuestras cumplidas gracias por el presente.

La Electricidad.—Con el número 9 de esta Revista hemos recibido la *Guía de la Red Telefónica de Venezuela, para 1899*. Viene exornada con los retratos del Ministro, del Director y del Sub-Director del ramo, señores doctor J. L. Arismendi, Carlos M. Velázquez y José Manuel Capriles, este último Jefe también de la Estación Central. Trae datos relativos al establecimiento del telégrafo en el país, las estaciones telegráficas en actividad, dirección de las líneas, jefes de oficinas, abreviaturas de servicio, cartilla empleada para la correspondencia, tarifa del telégrafo y tarifa del cable.

Damos las gracias por el envío al señor Director de *La Electricidad*.

Lamentable.—El estimable joven M. A. Matos, hijo, fue herido gravemente en un pie, la semana anterior, durante un lance de cacería. Bien asistido por algunos facultativos que practicaron las primeras curaciones, ha venido mejorando notablemente y esperamos que en breve estará del todo restablecido.

Al hacer estos votos, enviamos a nuestro distinguido amigo el señor M. A. Matos y a su respetable familia, las más sinceras protestas de nuestra pena por el desgraciado incidente de que ha sido víctima su hijo.

Tulio M. Cestero.—NOTAS Y ESCORZOS.—Santo Domingo.

Cuando no sea una obra de talento,—advierde su joven autor,—es una obra de buena voluntad, sinceras expresiones de un temperamento de adolescente, ligeras noticias literarias; labor de vulgarización.

Siendo así, es justamente la labor que necesitamos; pero trabajo de honradez y de conciencia, culto a la Verdad, tributo a la Justicia, para poder alcanzar a la inefable Belleza; obra de serenidad, de amor. Por ella no más podrá venir en cuenta del genuino pensamiento de América intelectual, de su alma, de su fe.

El gallardo prosador dominicano afirma haber sido esa su inspiración y nos trae noticias de las impresiones que le han producido las obras de su compatriota López, de Díaz Rodríguez, Coll, Blanco Fombona, Domínci, Arciniegas, Rodó, Vargas Vila.

Acertada ó nó la interpretación, constituye en sí otro dato acerca del pensamiento y espíritu del nuevo número intelectual que ha de contribuir a la valorización moral del continente. Y es un servicio más en obsequio de la solidaridad. Ya Pedro-Emilio Coll advierte en el *Mercurio de Francia* que hace ocho ó diez años se decía Venezuela, Méjico, Chile; y hoy, casi sin darnos cuenta de ello, decimos América. De manera que, si subsisten las fronteras políticas, han desaparecido casi las demarcaciones intelectuales y vamos respirando en medio de una amplia atmósfera moral, fácil ya a hacernos tropezar y conocer por todas las diarias vibraciones de nuestro espíritu; estableciendo esta consoladora fraternidad que de Méjico al Plata nos trae en amable y fecunda camaraderie, como si nacidos bajo el mismo techo nos hubiésemos repartido en liberal convenio la heredad paterna, para hacerla, en simultánea y constante labor, regalada y lozana.

Tengamos esa fe y trabajemos bajo esa inspiración, sin que nos ofusque ni halague la feracidad de la tierra y nos dejemos llevar de pueril entusiasmo: sea serio el trabajo, escogida la mies, aunque en los comienzos sea poco pero rico el grano, y extirpemos desde ahora esos gérmenes de *filoxera* que amenaza difundirse, si nuestra obra de vulgarización se torna, como lo advierte Rubén Darío, en «la propagación de esa insoportable charlatanería internacional de dentistas inspirados, con que se bombardean mutuamente y periódicamente las repúblicas de San Martín y de Bolívar y paisitos de los contornos y lejanía.»

El mismo autor de *Notas y Escorzos* ha escrito: «Pasó, felizmente el tiempo en que la Crítica era el paje de la Literatura;» América, en estos días, no tiene, pues, que temer el imperio de estas palabras de Víctor Hugo: *la crítica no tiene más que un derecho, el derecho de callarse*.

La palabra de orden la están dando, por consiguiente, los mismos reveladores del pensamiento americano: ayer Berisso, en el *Mercurio de América*; luego Darío, en el *Sol del Domingo*; ahora Cestero en su libro.

El joven autor de *Notas y Escorzos* se encuentra desde hace pocos días en Caracas y al darle nuestro saludo de bienvenida, le enviamos nuestras gracias por el obsequio de su obra.

Compagnie Générale Transatlantique.—Acompañada de atenta esquila nos han remitido los señores C. Hellmund & C^a la Guía ilustrada de los vapores franceses, contentiva de cuantos datos é informes pueden interesar á los viajeros; tales como la nómina de agentes y corresponsales de la Compañía en Europa, Africa, América, las Antillas y el Pacífico; flota, línea de New York, línea de las Antillas y del Mediterráneo; precios y condiciones de viaje al rededor del mundo; viajes combinados por Francia Estados Unidos, Antillas,—New York, Alejandría,—París, San Francisco; puertos en que tocan los vapores, etc. etc.

Damos las gracias á los señores agentes generales de la Trasatlántica.

Koninklijke West-Indische Maildienst.—Los señores Leseur, Römer & Baasch, Agentes de los vapores holandeses en esta capital, nos han remitido el itinerario para el año 1899—1900.

La Compañía cuenta con ocho vapores: Prins Maurits, Prins Willem I, Prins Willem II, Prins Willem III, Prins Willem IV, Prins Willem V, Orange Nassau, Pr. Frederik Hendrik, que hacen el servicio entre Amsterdam y New York, tocando en Paramaribo, Demerara, Trinidad, Carúpano, Cumaná, Guanta, La Guaira, Puerto Cabello, Curaçao, Jaemel, Los Cayos y Puerto Príncipe.

Damos las gracias á los señores Agentes por su envío.

Licores italianos.—Los señores Julio Roversi é hijo nos han remitido algunas muestras de vinos italianos,—*Barbera, Vermouth di Torino, Aleatico, Old Brandy*,—que se hallan de venta en el establecimiento de dichos señores y que proceden de la afamada casa de Canelli, de que son propietarios los señores Fratelli Gancia & Compañía, premiados con el título de Proveedores de S. M. el Rey de Italia.

Enviamos nuestras gracias á los señores J. Roversi é hijo por su obsequio.

Juan Giuseppe Monagas.—Ha fallecido en esta capital, tras dolorosa y larga enfermedad. Estimado y querido, la muerte le reclamó su tributo cuando más halagadora se ofrecía á él la esperanza.

Días de dolor ciernen sus alas sombrías sobre aquella familia descendiente de Próceres, á la que acompañamos sinceramente en su pena, en especial al señor Pablo Giuseppe Monagas.

Almanaque Ilustrado.—Ha llegado á nuestra oficina de redacción el ejemplar correspondiente al segundo año de este órgano anunciador del comercio y que editan en esta capital los señores Valeri Rísquez y C^a.

De acuerdo con su índole, viene nutrido de anuncios y recomendaciones de importantes casas comerciales de esta plaza y engalanadas sus páginas con producciones en prosa y verso de algunos escritores nacionales.

Ocupan una de esas páginas apuntes biográficos con que honran los galantes editores del Almanaque la labor del Director de EL COJO ILUSTRADO, por lo cual expresamos en estas líneas nuestro reconocimiento.

Condolencia.—A las familias Peña y Bolet, en particular á nuestro apreciado amigo el señor Nicanor Bolet Peraza, enviamos la cordial expresión de nuestra condolencia por el fallecimiento de la señorita AVELINA PEÑA BOLET, acaecido en esta capital el día 7 del mes corriente.

Grandes y pequeños . . .

Todos deben tomar la Emulsión de Scott, especialmente los pequeños. Muchos sufren por no recibir la grasa suficiente de los alimentos ordinarios. Todos ellos están expuestos á la anemia y al raquitismo. La Emulsión de Scott contiene aceite de hígado de bacalao que enriquece la sangre, é hipofosfitos de cal y de sosa, tónicos excelentes para el cerebro, los nervios y sistema óseo. La combinación de esos elementos, tal como se encuentran en este remedio-alimento por excelencia, forma el mejor reconstituyente que se puede obtener, y por consiguiente es insuperable para combatir el raquitismo. Crea carnes, purifica la sangre, tonifica los nervios y rejuvenece el sistema entero. Las impurezas de la sangre desaparecen cuando se usa la Emulsión de Scott, y el cuerpo se coloca en tal estado de vigor y salud que desafía las enfermedades.

No solamente debieran las madres tomar la Emulsión de Scott y darla á sus hijos con regularidad, sino hacer que las nodrizas también la tomen.

La Emulsión de Scott es un remedio de que se puede depender para que los niños anémicos y raquíticos se conviertan en fuertes, rosados y rollizos.

Hay que tener cautela con las imitaciones y falsificaciones. Desconfíese igualmente de las "preparaciones" y "vinos" llamados de aceite de hígado de bacalao pero que no lo contienen. La legítima lleva la etiqueta del hombre con el bacalao á cuestas pegada al envoltorio.

De venta en las Droguerías y Farmacias. **SCOTT & BOWNE, QUIMICOS, NUEVA YORK.**

Pésame.—Ha fallecido en la semana anterior la digna señorita CAROLINA GONZÁLEZ DE LINARES, hermana del señor don Nicanor G. Linares, á quien enviamos la expresión de nuestro pésame.

Duelo.—El hogar del señor doctor Aristides Tello está de duelo por la eterna ausencia de JULIETA MERCEDES, uno de los ángeles que hacían risueños y felices los días de aquél apreciado amigo.

Enviamos al afligido padre la expresión de nuestro pésame.

Saludo.—Lo enviamos muy atento y cordial al señor Diódoro Alvarado, Agente de nuestra Revista en Maracaibo, y que se encuentra transitoriamente en esta capital.

Folletos recibidos.—*Canto á la Patria*, por Félix Matos Bernier.

Boletín del pan de San Antonio, cuaderno número 5, correspondiente al mes de diciembre.

Revista de la Instrucción pública, cuaderno número 59, correspondiente al mes de diciembre.

Discurso de orden, pronunciado por el doctor Villanueva Mata, el 11 de diciembre de 1898, en el banquete con que la sociedad de Caracas obsequió al doctor José Manuel de los Ríos por su incorporación á la Academia Nacional de la Lengua.

Allocución del general Nicolás Rolando, Presidente provisional del Estado Sucre.

La Distracción, valse cantáble, letra de Luis M. Monasterio y música de F. Luis Moreno.

Gaceta Médica de Caracas y Anales del Colegio de Médicos, refundidos, número 24, de 31 de diciembre.

Mensaje que dirige el Presidente constitucional de Los Andes á la Legislatura del Estado, en sus sesiones ordinarias de 1898.

Mensaje que el Presidente constitucional del Estado presenta á la Asamblea Legislativa del Zulia en el año de 1898.

Gloria al bravo pueblo, Himno nacional de Venezuela, obsequio de los señores Hernández Franco & Ca.

Damos las gracias á los señores remitentes.

EXCESO DE CABELLO

Las mujeres que sufren á consecuencia de tener demasiado cabello en la cara se alegrarán mucho al saber que recientemente se ha descubierto un tratamiento que para siempre destruye la erizada de tales cabellos, sin dolor ni causar algún daño al cutis. Esto lo garantizamos nosotros. No es una preparación para quemar el cabello, sino que lo mata por absorción, es un procedimiento enteramente nuevo. Enviaremos un frasco de dicha medicina para uso inmediato, por correo y en cajas muy bien arregladas, recibiendo seis pesos oro, los que remitirán por órdenes postales ó por cartas certificadas.

The Monogram Co. N. 107 Pearl Str. New-York. City

El ilustrado doctor D. Francisco B. Basora, de Mayagüez, emplea con frecuencia la Emulsión de Scott, y la considera como un reconstituyente de primer orden.

No tengo inconveniente en asegurar que la preparación de los señores Scott & Bowne, conocida universalmente con el nombre de Emulsión de Scott me ha dado, siempre que la he prescrito, (lo que sucede con mucha frecuencia) excelentes resultados. Es un reconstituyente de primera calidad muy recomendable en todos los casos de debilidad orgánica.

DR. FRANCISCO B. BASORA.

Mayagüez, Pto. Rico, Junio 24 de 1894.



QUIERE USTED ENGORDAR?

Tome Usted el

AVENA - CACAO

de LA INDIA, cuyas excelentes propiedades y magníficos resultados certifican los mas notables facultativos de Caracas.

Unicos fabricantes con privilegio en Venezuela:

Fullié & Ca.—Caracas

Indigestion!

¿Pierde usted las fuerzas? ¿Le falta el apetito? ¿Le causa malestar el alimento que toma? ¿Padece usted de entorpecimiento del hígado? Para vencer estos trastornos convendrá fortalecer el estómago, vigorizar los nervios y entonar todo el sistema.

La Zarzaparrilla del Dr. AYER

ha curado muchos enfermos de aquellas afecciones y de igual manera le curará á usted. Una señora desde un punto de la América Central escribe lo siguiente:



"Por muchos años estuve padeciendo de indigestión, flaqueza y falta de apetito y también estreñimiento. Todo mi sistema parecía estar desreglado. En estas angustiosas circun-

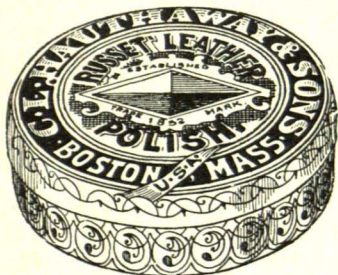
stancias un amigo me dijo que tomase la Zarzaparrilla del Dr. Ayer; seguir su consejo y ahora he de confesar agradecida que me curé con sólo tomar algunas botellas."

LAS PÍLDORAS DEL DR. AYER

comunican actividad funcional al hígado y regularizan el vientre. Curan la jaqueca, la biliosidad y el estreñimiento. Téngase presente que para obtener toda la eficacia de la Zarzaparrilla del Dr. Ayer precisa que ocurra una exoneración diaria ó dos del vientre.

Preparada por el Dr. J. C. Ayer y Cia., Lowell, Mass., E. U. A.

6 a



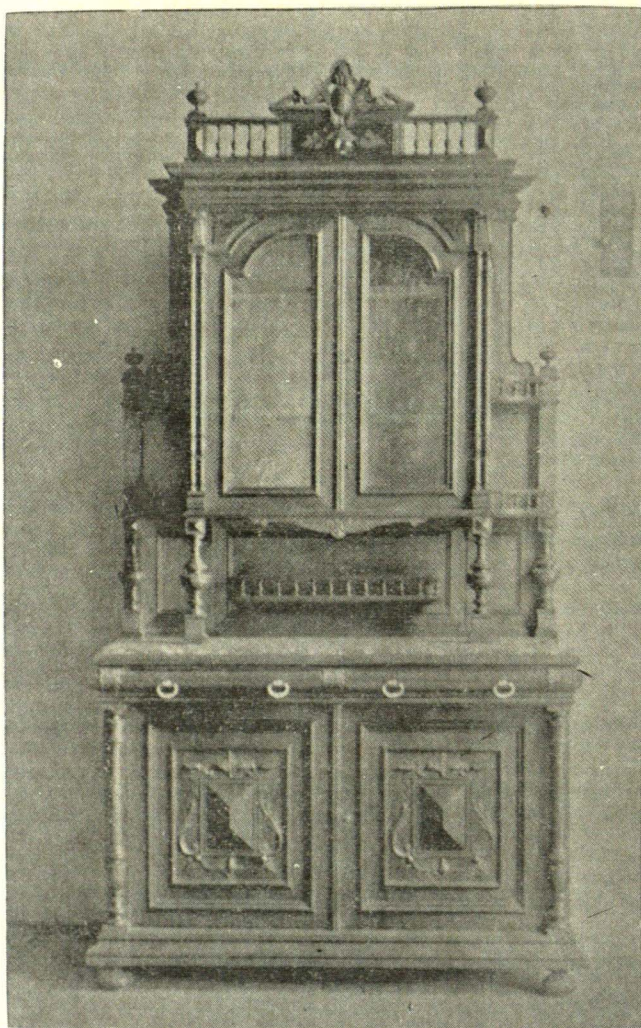
PATENTE DE HAUTHAWAY PARA PULIR CUEROS

Sencillamente usado es una patente para volver los zapatos de cuero nuevo. Muy útil para dar lustre á las cajas de piel.

73

SE NECESITAN AGENTES

En cada población: una persona inteligente para trabajar como nuestro Agente. No hace falta conocimiento especial ó dejar la ocupación actual. Sueldo y comisión de primera. Es ocasión excelente para un joven ó señorita lista y activa.—Morse Manufacturing Company, Red Lion Court, London, E. C. (Inglaterra).



MUEBLERIA MODERNA

S. MARTINEZ EGAÑA & CA.

El presente *side-board* forma parte de los lujosos juegos de muebles para comedor, que se fabrican en los talleres de

S. MARTINEZ EGAÑA & CA.

Estos muebles compiten en elegancia, solidez y duración con los más recomendados de Europa y Norte-América, y tienen la ventaja de la modicidad de su precio y su fácil transporte. Seguiremos publicando en EL COJO ILUSTRADO muestras variadas de muebles, á fin de que se tenga perfecta idea del grado de adelanto que esta industria ha alcanzado en nuestros talleres.

POND'S EXTRACT

(EXTRACTO DE POND).

CURA REUMATISMOS, CATARROS, AFECCIONES DE OJOS, HERIDAS, CONTUSIONES, MORDEDURAS DE INSECTOS, INSOLACIONES, ALMORRANAS, TODA CLASE DE DOLORES É INFLAMACIONES Y LAS HEMORRAGIAS.

Usado por los más eminentes Médicos y en los principales Hospitales de Europa y América.

1848.

Es admirable el efecto del Extracto de Pond para aliviar el dolor. Es un remedio de un precio inestimable: tan calmante y an curativo es su acción. No solamente alivia, sino que también cura toda clase de dolores é inflamaciones.

JOHN C. SPENCER,
Ministro de la Guerra, E. U. de A.

ES LA MEJOR LOCIÓN QUE SE CONOCE PARA USARLA DEPUÉS DE AFEITARSE.

Se Vende en Todas las Boticas pero sólo en nuestros propios envases.

POND'S EXTRACT CO., 76 FIFTH AVE., NEW YORK, E. U. de A.

75

1895.

Mi esposa y yo hemos usado durante tanto tiempo y con tanta constancia el Extracto de Pond, que podemos hablar de él con entero conocimiento de causa y recomendarlo en los términos más entusiastas.

Rev. CHAS. H. PARKHURST,
Doctor en Teología, y gran reformador de Nueva York.

ALMANAQUE DE PARED

Astronómico y religioso

PARA 1899

arreglado al meridiano de Caracas por astrónomos competentes y revisado en la parte eclesiástica por la autoridad de la arquidiócesis.

PROPIEDAD DE J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Está ya á la venta.

EL COJO ILUSTRADO

En contestación á las preguntas que frecuentemente nos hacen personas del interior de la República, acerca de la manera de tomar directamente suscripciones de EL COJO ILUSTRADO, decimos: que pueden efectuarlo enviándonos el valor por trimestres anticipados (\$ 3) en estampillas de correo.

Plumas y Portaplumas de Oro
CARTERAS, PORTAMONEDAS Y CIGARRERAS
De venta en EL COJO



SEÑOR DON JUAN ANTONIO LOPEZ DE CEBALLOS
† 14 de Enero de 1899

IN MEMORIAM

Con el título de estas líneas nos ha remitido el señor doctor Ricardo Becerra un artículo, en homenaje á la memoria del señor don JUAN ANTONIO LÓPEZ DE CEBALLOS, cuya desaparición ha lamentado con sincero dolor la sociedad caraqueña.

El literato y cumplido caballero recoge y publica en la hora luctuosa del postrero dolor para la familia y la sociedad, cuanto punto fue notable en la vida del amigo por siempre ausente, del huésped hidalgo y cariñoso de nuestro país.

Aquí formó hogar y fijó residencia el noble Representante de la heroica é infortunada España; aquí vio bendecidos sus constantes esfuerzos por la solidaridad de la gran familia hispana; aquí fue acatado y querido; y, en la patria de sus hijos, ha descansado, en descanso perdurable, el diplomata honrado y justo, el ciudadano correcto y probo.

Mejor que pudiéramos nosotros expresar en ligeras notas los penosos sentimientos que nos ha producido esa muerte, lo hace, por sí y por todos los que trataron y apreciaron al señor López de Ceballos, el señor doctor Becerra, á quien enviamos nuestras gracias por su sentido y justiciero artículo.

La sociedad caraqueña pagó ya su último tributo de estimación y respeto á la memoria del señor don Juan Antonio López de Ceballos, muerto cristianamente en su casa de habitación de esta ciudad el 14 de enero, acudiendo, entre otras manifestaciones de aquel género, á cerrar la tumba de familia en que bajo el signo de la cruz reposarán eternamente los despojos mortales del distinguido caballero. Toca ahora á la amistad recoger y publicar algunos datos sobre la vida y el carácter del hombre, no para exaltar éstos con el grosero incienso de la literatura necrológica ordinaria, sino con propósito más digno del dolor de la familia y del interés social, como es el de exhibir sencillamente los méritos y virtudes que fecundaron aquella existencia y la hicieron digna de grata memoria. Los muertos no hacen parte de nuestra vida moral, sino á condición de que, como lo aconsejaba el antiguo, sólo se recuerde de ellos la verdad y nada más que la verdad.

Era el señor López de Ceballos un antiguo y cariñoso huésped de esta República, en la que fundó su hogar, y donde vivió discretamente asociado á la vida nacional los dos tercios de la suya propia, desempeñando en distintas ocasiones, y siempre con exquisito tacto y la hidalguía propia de su raza y linaje, los importantes puestos diplomáticos que el Gobierno de España, su patria y nuestra heroica abolenga, tuvo el acierto de confiarle.

Relevantes prendas personales, más bien que los títulos y valimiento de su respetable familia, abrieronle desde muy temprano la carrera de los empleos y de los públicos honores. Rayaba apenas en los 21 de su edad, cuando una vez perfeccionados en Inglaterra los buenos estudios que de lenguas vivas, literatura, historia, diplomacia y demás ciencias políticas hiciera en los colegios de Francia, fue llamado al servicio diplomático en calidad de adjunto á la Plenipotencia acreditada en Londres, y de la cual era jefe á la sazón uno de sus tíos maternos, el Marqués de Viluma. Hechos allí con buen éxito los primeros ensayos de la carrera que debía ser la de toda su vida, ascendiólo el Gobierno de Madrid á la categoría de Secretario de tercera clase, destinándolo á colaborar con el plenipotenciario don Sinibaldo de Más, en la difícil cuanto laboriosa tarea de plantear relaciones de amistad y co-

mercio con el imperio chino, cuyo tradicional aislamiento acababa de romper á cañonazos la política siempre imperativamente codiciosa de la Gran Bretaña. La transición no podía ser más ruda para el joven secretario, pero le ofrecía al propio tiempo un interés de novedad irresistible, para quien sabía que iba á estar en contacto con una civilización enteramente extraña, en un país envuelto hasta entonces en el misterio, y al frente de usos y costumbres de los cuales sólo se tenía hasta allí la vaga cuanta incierta noción suministrada por algunos viajeros. La negociación en prospecto encerraba además una gran importancia para un poder que era dueño de colonias tan populosas y naturalmente ricas como los que forman el Archipiélago filipino. Pero el cañón inglés no había logrado franquear sino muy corto trecho en el interior del imperio Amarillo, y estaba aún distante la época en que los representantes de los poderes occidentales gozarían del honor y la preeminencia de ser admitidos á compartir la atmósfera en que respira el hijo del cielo, por lo cual los enviados españoles hubieron de detenerse en Cantón, donde puestos al habla con el virrey chino lograron concluir felizmente el primer tratado comercial, en que al lado de los caracteres chinos, figuran los del alfabeto de nuestra lengua. Sólo al favor de un disfraz magnánimamente consentido pudieron el Ministro y su Secretario penetrar luego hasta Pekín, y contemplar aunque muy someramente el espectáculo que ofrece aquel emporio de la inmóvil civilización china. Fruto de esa excursión fue el libro que el Plenipotenciario español publicó algunos años más tarde, bajo los auspicios de Napoleón III, y en el cual es natural suponer que puso alguna parte el joven secretario, una de cuyas características cualidades fue siempre el de su extrema modestia.

Trascurridos tres años en aquella ruda excursión, recibió López de Ceballos el ascenso á Secretario de segunda clase, con destino á la legación española acreditada en Venezuela, volviendo así, no sólo á su natural centro de cultura sino á gozar en cierto modo del ambiente patrio, pues que venía á tierra hospitalaria, donde sus abuelos dejaron simientes de civilización, que los naturales fecundaban orgullosamente á la sombra de la libertad y bajo propia bandera. La onda sonora de la amplia cláusula castellana les serviría para comunicar directamente sus ideas y sentimientos. Compartiría con poetas, literatos y humanistas de buena escuela y altos estudios, el placer de cultivar las letras. Poseedor de un gusto refinado, y con vastos conocimientos en la literatura española y en más de una extranjera, podría juzgar con acierto la prosa de Baralt y de Fernán Toro, la música natural de las estrofas de Lozano, la intensa sensibilidad de Maitín, los primeros fulgores de José Antonio Calcaño y de Yepes, así como la vigorosa armonía, aún no interrumpida, de Martín de la Guardia. Diplomático de escuela, y con buenos estudios profesionales, leería notas redactadas en el propio estilo oficial, y trataría con estadistas tan capaces y avisados como Aranda y Jacinto Gutiérrez. Acostumbrado á la etiqueta de Londres y á la elegancia de los salones de París, los centros sociales caraqueños iban á recordarle aquellos refinamientos unidos á la franca gallardía y sabor caballeresco de las genuinas costumbres castellanas. En toda la fuerza de su juventud, dotado de poderosas facultades afectivas, y acalorada su imaginación con los romances de Saavedra, las leyendas de Zorrilla y el lirismo byroniano de Espronceda, sentiría aquí aquel amor que fijó para siempre el destino social de su vida. El teatro era demasiado propicio para no arraigar en él por largo tiempo, lo cual explica su residencia continua por siete años en el mismo puesto, no obstante el mérito de sus aptitudes y el valimiento que ellas alcanzaban ante el gobier-

no de su patria. Al fin fue llamado á desempeñar funciones de mayor importancia en puesto de más alta categoría en el escalafón diplomático, y esto ocurrió precisamente en los días en que la irritable incapacidad del tercero de los jefes de legación á cuyas órdenes le tocó servir, preparaba en mala hora para las relaciones de ambos países un rompimiento á todas luces injustificado. Por fortuna para el señor López de Ceballos, cuando el Encargado de Negocios, señor Romea, provocaba tamaño conflicto, él se hallaba en camino para México, donde al lado del general Prim se le presentaría ocasión oportuna de servir con más inteligencia y tacto que su antiguo jefe los intereses de España en América. Como Secretario de primera clase acompañaría al afamado caudillo español, quien iba á México investido del doble carácter de jefe de un cuerpo de ejército y de Plenipotenciario, dualidad que revelaba el previsor pensamiento de la política española en aquel conflicto, conforme al cual debería negociarse antes de desenvainar la espada. Asombra que entregada la solución del dilema á un soldado impetuoso, formado en la escuela de la guerra civil, donde la violencia y el anhelo de una falsa gloria reciben á diario incentivos capaces de romper todo freno, Prim hubiese tenido, como tuvo no sólo la sagacidad sino la cordura y el raro valor de preferir la paz á la guerra, renunciando á los laureles militares á trueque de cimentar sobre muy sólida base el interés superior y permanente de su patria en México. Negoció y firmó en consecuencia el célebre tratado de la Soledad, y se retiró en seguida, legando á los más audaces pero no á los más sabios y verdaderamente fuertes, la tremenda responsabilidad de una intervención usurpadora, que á vuelta de poco tiempo terminaría en pavorosa catástrofe para sus principales autores. En aquel interesante episodio de la política internacional contemporánea, no sólo los procederes, sino también las íntimas convicciones de López de Ceballos concordaron fielmente con las de su ilustre jefe, en razón de lo cual y de las aptitudes que éste había reconocido en su joven Secretario, dejólo en el país investido de poderes suficientes para proteger los valiosos intereses españoles allí radicados, encargo de arduo desempeño en aquellas circunstancias, que poco después se hizo extensivo en favor de los súbditos ingleses, cuando el gobierno de la Gran Bretaña rectificó él también su política.

Al cabo de año y medio de semejantes quehaceres, llamáronlo de nuevo á Venezuela los reclamos de su corazón y la equidad remunerativa de su gobierno. Con su alta razón, Calderón Collantes que firmó con Toro el Convenio de Santander, por el cual se puso término á la grave disidencia ocurrida entre las dos naciones, dejando á salvo la dignidad y los derechos de Venezuela, comprendió que la obra de la reconciliación quedaría incompleta, si no se enviaba á Caracas un Ministro capaz de fecundarla por una conducta hábil á la par que prudente. López de Ceballos estaba designado de antemano para semejante misión, y sobre él recayó el nombramiento de Encargado de Negocios y Cónsul General, cuyo título no tardó en poner en manos del Ministro de Relaciones Exteriores venezolano. Doloroso espectáculo de análogo carácter al que dejaba en México le ofreció entonces esta preciosa porción de la gran familia española desparramada en el Nuevo Mundo. La República exhausta, apenas podía incorporarse sobre el vasto campo de batalla, donde durante cinco años habían peleado como leones sus dos grandes partidos históricos. Llegaba la hora de la responsabilidad internacional, y la liquidación de ésta podía ser abrumadora, según el espíritu que presidiese en los respectivos gobiernos y en sus representantes. El que guió la conducta del Encargado de Negocios español fue, como era de esperarse, el

de una severa probidad, difícil no obstante, según lo diera á entender el señor López de Ceballos, diciendo al que esto escribe con ocasión de los artículos que él mismo diera á la prensa sobre la cuestión de indemnizaciones extranjeras: "Ha de saber usted que nuestro trabajo no consiste tanto en recabar el respeto de los tratados y el de los derechos que éstos garantizan á nuestros nacionales, cuanto en evitar que el fraude ó el abuso se cobijen bajo nuestra bandera." Palabras llenas de honradez y de verdad, que explican por más que ello duela á nuestro espíritu nacional y á nuestro patriotismo, las humillaciones y sacrificios que solemos atribuir exclusivamente á la codicia y rapacidad de los extraños. No queremos advertir, aunque ello salta á la vista, que los valores ingentes reclamados por el extranjero al término de cada una de nuestras funestas guerras civiles, representan en sus dos terceras partes cuando menos, propiedad del reguicola sin amparo que ha ido á buscarlo bajo extraña bandera, ó el fraude obra de la propia desmoralización. Y qué remedio? La paz y el orden á todo trance, como lo demuestra experimentalmente Chile, la única República hispano-americana que no ha rendido su dignidad y su bolsa á las reclamaciones internacionales, tan costosas al resto de nuestra América.

No necesitamos exponer al pormenor la conducta del señor López de Ceballos durante aquel lapso de su carrera diplomática, pues para presentarla en conjunto y bajo su verdadera luz, nos bastará copiar, como lo hacemos en seguida, la nota que innovando en esa ocasión los usos internacionales propios del caso, dirigió el Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela al de España, en respuesta al oficio en que éste anunciaba el retiro del señor López de Ceballos.

"Caracas: marzo 1º de 1869.

Excmo. señor:

Motivo de intensa y justa pena ha sido para el Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela la noticia del retiro del señor don Juan Antonio López de Ceballos, que por mucho tiempo ha ejercido en Caracas, con mutua satisfacción de ambas partes, las funciones de Encargado de Negocios y Cónsul General de España.

En casos análogos la Administración se limitaría á deplorar en silencio el hecho acaecido; mas las circunstancias del presente son tan señaladas, que el Encargado del Ejecutivo, no ha podido resistir al deseo de obrar esta vez excepcionalmente. Bien lo justifican á la verdad las ventajas que el señor Ceballos reúne como hombre público y particular; ventajas que ayudándose en feliz combinación, le dan una aptitud especial para servir con acierto á los fines de su amistoso encargo. En ocasiones difíciles él ha logrado poner á cubierto los intereses de la buena correspondencia, que de ellas ha salido siempre incólume; y acaso no sea aventurado añadir que, aun cuando sobreviniese en las relaciones de los dos pueblos un cambio extraño é inesperado, su presencia en la Legación bastaría para restablecer la concordia, cediendo todo obstáculo sólo á sus esfuerzos. Tanto es el respeto y deferencia que se le guardan, tanta la consideración de que se ha hecho digno, tanto el anhelo de corresponder á su mesurada conducta. Tales triunfos están reservados al que, conducido por una alta ilustración y sólido juicio, y penetrado de que los cargos diplomáticos sólo deben redundar en beneficio de la paz y amistad de los individuos de la familia humana, desdén objetos mezquinos y nunca pierde de vista el subido aprecio en que los Estados tienen los miramientos á su dignidad, igualdad é independencia. La grande y general estimación que se dispensa al señor Ceballos no reconoce otro origen que la invariable manifestación de esas cualidades en su trato con el Go-

bierno de Venezuela, quien se ha complacido en observarlo en él al par de una honradez acrisolada. Si la República pierde en la separación de él, España no gana ciertamente cuando se priva de los servicios de un sujeto tan amante de su patria como hábil conocedor del país en que vive, y que aspira á estrechar y hacer fecundos los vínculos de toda especie que la naturaleza formó entre naciones consanguíneas.

Celebro que me haya tocado á mí, que por propia y larga observación he podido conocer á ese distinguido caballero, pagarle el tributo de justicia que debe la República á su constante solicitud por unir á Venezuela y España en fraternidad cordial, estable, de utilísimos resultados.

Aprovecho la oportunidad para reiterar á V. E. los votos del Gobierno por el afianzamiento de la paz y la prosperidad de España, suscribiéndome con muestras de elevada consideración,

Su más atento servidor.

Unión y Libertad.

RAFAEL SEIJAS."

Ni fue ésta la única manifestación de su género que el Encargado de Negocios de España recibió en Venezuela. Algunos años antes ó sea en 1856, y con ocasión del doble conflicto que el Gobierno de Holanda provocara entonces, pretendiendo resolverlo bajo el apremio de los cañones de una armada, el señor López de Ceballos, que como Encargado de Negocios ad-interim contribuyera discretamente á la eficaz mediación del cuerpo diplomático residente en Caracas, mereció que la elegante y autorizada pluma de Cecilio Acosta le dedicase con tal motivo la siguiente semblanza:

"El señor don Juan Antonio López de Ceballos, Encargado de Negocios de S. M. C., tiene entre nosotros tales simpatías, que ha sabido hacer tan adictas, que en las unas y las otras está sin duda la índole é historia de sus sentimientos. Joven como es tiene instrucción en los libros y en el mundo, y cuesta trabajo saberlo cuando no ha llegado la ocasión solemne, no de manifestarlo él, sino de que se sepa á su pesar. El no sabe esto porque la modestia es el único sentimiento que no tiene conciencia de sí propia. Hombre de afectos sentidos y galante en el trato, más que amigos alcanza partidarios. Poniendo en su punto las glorias de su patria, sabe honrar las nuestras sin ofenderse ni ofender; y discursos suyos he oído que me han dejado encantado. La dulzura y suavidad de su índole lo habilita para todas las condiciones sociales, con las cuales al parecer se identifica. Cuando así no es las recorre como un piano, y, ó las conoce ó las complace: ventaja ésta grande para la diplomacia, que como todo arte de efecto sobre las voluntades debe principiar por vencer el corazón."

Más señalado servicio fue aquel que prestó á la familia venezolana en la época de su segundo regreso á estas playas, cuando dados en buena hora á la paz, federales y centralistas, un puñado de valientes cuanto obsesos partidarios de esta última causa intentó prolongar la lucha tras los muros del castillo de Puerto Cabello. López de Ceballos no sólo puso á disposición de los comisionados de paz del nuevo gobierno la nave de guerra española *Isabel II*, sino que intervino personalmente hasta obtener con su autoridad y su palabra la extinción voluntaria de aquella última chispa del incendio. Muy vivas y con impresión de profundo respeto conservó en su memoria la actitud y las palabras del anciano General Páez, quien fué á contribuir al desarme de aquellos hombres con el espectáculo elocuente del suyo propio y la majestad de sus canas. A los que lo aclamaban nombrándolo con sus antiguos títulos, advirtióles que él no era ya sino un simple particular presto á hundirse de nuevo en la sombra

de la emigración y que aquellas murallas que ellos juzgaban inexpugnables apenas lo eran contra la patria nó respecto del extranjero, puesto que bastaría para abatirlas la artillería de un buque como el que tenían al frente.

También el Club de Caracas, centro el más selecto y respetable que para entonces tuviera organizado esta sociedad, dirigióle en abril de 69 una alocución de despedida altamente honrosa y lo nombró su presidente honorario á perpetuidad; verdadero pergamino de familia el de este documento que la pluma de Ramón Bolet convirtió por añadidura en exquisita obra de arte, digna por tanto de doble aprecio.

Por lo demás, el retiro del señor López de Ceballos no tuvo otra causa que la soberbia con que la revolución española de 69, bien así como todas las transformaciones de ese género, se apresuró á romper en los primeros momentos, no sólo con la tradición sino con los hombres que de alguna manera podían representarla, aun cuando ellos no estuviesen dentro de la corriente política, y por más que su experiencia y servicios fuesen necesarios á la nación. Resignóse buenamente y en silencio el señor López de Ceballos, aprovechando el período de su cesantía, para visitar la tierra natal en compañía de su joven esposa y de sus primeros hijos, hasta que impelido por su amor al hogar caraqueño, acogióse á él de nuevo, no sin haber antes declinado aceptar la plenipotencia en México, que próximo ya á su trágica muerte le ofreció su antiguo jefe y amigo el general Prim, por entonces alma y brazo del gobierno español. Era López de Ceballos del número de aquellos que encauzando conforme á su conciencia una modesta ambición, prefieren sacrificar ésta á salvarla por caminos torcidos ó que les parecen irregulares.

Los largos años que duró su cesantía pasaron para él breves y felices en el recinto del hogar y en el círculo bastante extenso de sus amigos, espacios de actividad cariñosa y humana, que él llenaba con la suave luz de su bien equilibrada inteligencia, ponderaba á menudo con su práctico buen sentido y alegría constantemente con su donairoso conversación, y esa gracia socrática que mueve á pensar y hace sonreír al propio tiempo, hasta que en 1890, un Ministro de Estado más advertido, si no más justiciero que sus predecesores, el marqués de la Vega de Armijo, notó el olvido y postergación en que había quedado el antiguo servidor y se apresuró á reparar la falta nombrando á López de Ceballos, Ministro Residente en Atenas. Desempeñó este puesto hasta que llegó el término de edad hábil para el servicio, y se retiró de allí con goce de pensión y la Gran Cruz de Isabel la Católica. El declive de su vida que llegó á ser más que septuagenaria transcurrió en los goces íntimos de la familia, en el cuidado de su salud ya bastante quebrantada y en el trato con algunos de sus más íntimos amigos, hasta el momento en que puesto en paz con Dios y rodeado de todas las atenciones de que sólo es capaz un entrañable cariño, rindió tranquilamente su jornada, pudiendo decir como Pablo, que había peleado bien y bajo buenas banderas su parte de batalla.

La dolencia que lo llevó á la tumba fue con él en cierta manera piadosa, pues le evitó á la par con las precauciones de su familia el hondo dolor de saber que su patria había caído vencida, que era mutilada y se retiraba del Nuevo Mundo, descubierta y civilizada por ella, bajo la brutal intimidación de codiciosa raza enemiga. Admirable esfuerzo de filial ternura aquel que en medio al bullicio y sonoridad de nuestra época pudo sustraer á su copa de agonía semejante amargura.

Presentamos estas líneas á la familia en testimonio del aprecio en que tuvimos á su digno jefe y del que ella nos merece.

RICARDO BECERRA.

Caracas: enero de 1899.